

*Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau
Ediciones La Memoria
Director: Víctor Casaus.
Coordinadora: María Santucho.
Editor Jefe:
Jefe de diseño: Héctor Villaverde.*

*Edición: Denia García Ronda.
Diseño de cubierta:
Emplane: Vani Pedraza García.*

© Arístides Vega Chapú, 2011.
© Sobre la presente edición:
*Ediciones La Memoria
Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau, 2011.*

ISBN: 959-

*Ediciones La Memoria
Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau
Calle de la Muralla No. 63, La Habana Vieja,
Ciudad de La Habana, Cuba
E-mail: centropablo@cubarte.cult.cu
www.centropablo.cult.cu
www.centropablo.org*

C E N T R O C U L T U R A L



P A B L O
de la Torriente Brau

A la memoria de Guillermo Vidal

No hay que llorar: la sobrevida contada por los sobrevivientes

Un correo urgente de Arístides Vega Chapú me lleva de inmediato a escribir acerca de un libro que soñé, que predije y propuse, al menos en su esencial propósito: narrar cómo sobrevivimos al Período Especial en Cuba, en la última década del siglo xx. Y aclaro de inmediato el inevitable equívoco: no soñé ni predije este libro, No hay que llorar, absolutamente original, del poeta, narrador y entrañable amigo Arístides, sino uno, imprescindible, que se enfrascara con las vicisitudes de a pie, las del ciudadano que debía alimentar a su familia al contado y en el más heroico esfuerzo de sobrevivencia de toda nuestra historia. En varias ocasiones y de diversos modos, amables, corteses y elegantes, como suele hacer Vega Chapú, fui cominado a colaborar con el proyecto; lo acepté, sinceramente, y postergué el testimonio, hasta que fue ya demasiado tarde. Acaso no sea lo mismo sentarse a escribir acerca de esos difíciles momentos, que compartirlos en conversación, como tantas veces lo hemos hecho. De ahí un mérito esencial de esta compilación: los escritores no hablan precisamente como escritores que dependen de la habilidad del oficio, aunque sus virtudes profesionales se reflejen, sino como las personas naturales que son.

Se trata de un recorrido por los modos de socialización de la sobrevivencia en esos años infiustos, fuera de toda manipulación ideológica. Se trata, además, de una expresión cultural viva, basada en los modos de comportamiento, en el testimonio que, acaso, no hubiera conseguido un entrenado equipo de antropología.

Uno encuentra, junto al abismo de la indefensión, junto a la insólita vivencia capaz de convertir a Kafka en imaginador discreto, un sentido del humor raigal, naturalizado, hecho cultura; un sentido del humor que brota, más allá de cualquier intención satírica, más acá de la acidez del lamento, para humanizar la existencia, para dignificar la resistencia; resistir como personas,

para ser mejor como seres humanos. Es algo a lo que los cubanos estamos tan acostumbrados, que olvidamos alguna que otra vez hacerlo explícito.

Vega Chapú es un conversador empedernido, detallista y simpático. Partiendo de tales virtudes, consigue el testimonio de escritores de varias generaciones, con modos diversos de expresión, creencias y credos religiosos y políticos. Así, unos se explican a sí mismos, otros intentan entender qué ha sucedido y cómo, en tanto otros se esfuerzan en revelar al oyente cuanto quisieran que aprendiese. Vocablos del habla cotidiana en uso como Paladar o merolico, originarios de telenovelas, se emplean como si siempre hubiesen existido en nuestra lengua de a diario. Así prolifera además una serie de términos surgidos al pie de esa inventiva angustiosa, irrenunciable, a la que todos nos vimos impelidos. La marca de haberlo vivido en circunstancias de sobrevivencia, parece eximir a los testimoniantes, simbólicamente al menos, de explicar significados: son vocablos anclados en el legítimo trauma de habernos enfrentado al peligro de la descomposición.

Cuba regresó a una especie de sociedad primitiva en el Período Especial. Los testimonios, de acuerdo con el estilo y los propósitos de alteridad, se refieren al diario objetivo de la subsistencia, aun en medio de sus profesiones entradas en la postmodernidad. Una sociedad que, en efecto, había logrado transformar el país y que quedaba, de golpe, ante una insospechada nada. Pero ese estatuto primitivo cubano se ve signado, una y otra vez, por la responsabilidad con la familia; no una familia sagrada, sino vital, existencial. Los sobrevivientes se declaran incluso dispuestos a rendirse por sí mismos; su familia, sin embargo, los impele, los obliga a postergar barreras éticas, a convertirse en héroes y heroínas que camuflan su mérito.

Las estrategias de sobrevida se desarrollan entonces en grupos familiares, con mecanismos que la propia sociedad transformada va incorporando como suyos. A veces, y sin proponérselo, los testimoniantes dan fe de los innobles valores de la especulación comercial, al tiempo que confiesan haber dependido de ella para alimentarse al menos ese día. Dos elementos signan sus deseos: alimento y cultura. Ambos pasan, cada vez, por las funciones sociales del trabajo. La mayoría, al detenerse en las vicisitudes,

revelan la incompatibilidad del escritor con la maquinaria racional y productiva del capitalista.

Se hallan, pues, testimonios directos, brotes de recuerdos que no buscan asiento literario y, además, relatos literarios que dan fe de esas terribles circunstancias de Período Especial. Y textos de acusación, de culpabilidad, de angustias y de fe. Perfectas reacciones humanas que intentan resarcirse del golpe de desgracia.

Aunque hay menos testimonios de escritoras, casi todos son básicos a la hora de entender la fuerza natural del cubano —en neutro, es decir, en ambos géneros— para esas circunstancias. Desde su trascendido rol de soporte familiar, de lleno en la apuesta por emanciparse, estas mujeres demuestran su capacidad de sostener familia, amigos, costumbres, relaciones y oficios, su ánimo de resarcir cualquier agresión que la vida les depare y, con ello, su propia honestidad para el razonamiento, para reconocer los más entrañables valores del espíritu humano.

Desde el primero, de Lidia Meriño, marcado por detalles estrictamente femeninos, vitales y, como sucede en el siempre prolongado patriarcado, sepultados en lo obvio, hasta el de Zaida del Río, con su cabeza llena de pájaros y su descubrimiento de las carencias a través de sus visiones del prójimo, el testimonio femenino se desmarca, se reconstituye y, genéricamente hablando, se vindica.

Este es, por tanto, un libro revelador, un documento valioso para muchos, desde quienes aspiran solo a disfrutar, sentir, conmoverse con la anécdota, hasta quienes buscan desentrañar explicaciones que sobrepasen cifras, conceptos y estructuraciones y, de ser posible, el anecdotario mismo. Y es, además, un libro que llama a la evocación, a la memoria incómoda que vamos ocultando en los desvanes, postergándola, con el secreto deseo de que se volatilice.

Cada lector encontrará en esta obra los elementos que por sí mismo sea capaz de rescatar, a pasos y ritmos diferentes, a diferente calibre de mirilla. Es, también, el mérito de un libro disímil como este, donde los juicios contrapuntean, acaso sin proponérselo. Como aprendimos de José Martí, en sus comentarios a propósito de la ambiciosa *Masicas*, las circunstancias difíciles extremas definirán el valor de las personas. De ahí que cada uno con sus resultados de definición haga de su testimonio carta de

presentación tras la terrible, dura, contingente circunstancia histórica del llamado Período Especial.

«No hay que llorar», nos dice Vega Chapú, apropiándose de una canción popular; y, en efecto, los testimonios no resuman llanto, sino capacidad de sobrevida, inventiva y sentido del humor. De una dificultad extrema, en efecto, puede nacer una iluminación radiante. Del tortuoso camino de esos años, de esos días terribles, henchidos de hambres y apagones, puede surgir, entonces, la luminosa llama de un amanecer en el que hemos sido mejores y sinceros. No es baldío que el texto que concluye sea un poema. Cerrar con poesía es apertura.

JORGE ÁNGEL HERNÁNDEZ PÉREZ

Convocatoria a recordar el Período Especial

Intento escribir estas líneas a sabiendas de que hoy he sido perdonado: el anuncio de que estaríamos sin corriente eléctrica después de las nueve de la mañana no se ha cumplido. Cuando uno carece de ese esencial servicio queda imposibilitado de hacer muchas de las cosas que había planificado.

Sin embargo, en los años 90, cuando el fluido eléctrico era interrumpido por más de doce horas diarias, los cubanos supimos hacer la mayoría de nuestras obligaciones domésticas y profesionales, ideando maneras de realizarlas sin contar con este servicio, o trasladándolas para el escaso horario en que se restablecía. De cierta manera, supimos paliar la escasez energética por la que atravesó el país, sin dejar de cumplir la mayor parte de las rutinas que hasta entonces definían nuestra vida diaria.

Pero en aquel entonces no fue la falta de electricidad nuestra única dificultad. Alimentarnos, mantener una higiene adecuada (primordial en un país tropical como el nuestro), vestirnos y calzarnos, estuvieron entre los retos que tuvimos que vencer, con la seguridad de que sería posible rebasar un tiempo hostil y volver a soñar con ese futuro a que cada cual aspira según sus motivaciones y necesidades.

Aun cuando la economía cubana ha sido poco estudiada desde la perspectiva de la economía política, ya existen algunos textos que se refieren al Período Especial. El disparador y la causa fundamental de la crisis económica que vivió el país en los años 90, la más profunda desde el triunfo de la Revolución en 1959, fue sin dudas el colapso de la URSS a finales de 1991. Antes, ya habían caído algunos países del llamado socialismo esteuropeo, y luego todo el sistema socialista en el continente. Fueron borrados de la noche a la mañana los fuertes vínculos forjados durante más de treinta años de relaciones políticas estrechas entre el primer país socialista del planeta y el nuestro, pequeño y subdesarrollado, que habían permitido una relación económica preferencial.

Otros acontecimientos políticos, a partir de este suceso, vinieron a afianzar con mayor fuerza la crisis económica cubana. En 1992 se recrudece el bloqueo económico de los Estados Unidos contra nuestro país con la Ley Torricelli. Cuatro años más tarde, la Helms-Burton intensifica estas ya injustas medidas de bloqueo, también político y comercial. Internamente, el país vivía una crisis estructural y funcional. Las estructuras socioeconómicas de la transición socialista anuncian signos inequívocos de un visible embotellamiento.

Todos estos fenómenos internos e internacionales desataron un proceso recessivo en la economía cubana a partir de 1985, después de la vertiginosa bonanza que había comenzado a dar sus primeros signos a partir del año 71.

En 1990 se agudiza la crisis económica en el país, por lo que este debió pasar a lo que se nombró Período Especial; es decir, a una política económica de guerra en tiempos de paz, como manera de enfrentarla y promover los ajustes pertinentes sin renunciar a las conquistas sociales y el curso socialista de la historia cubana.

La ingesta diaria de alimentos por habitante, en aquellos años, cayó a su nivel más bajo: 1 940 kilocalorías y 48 gramos de proteína.¹

De cómo un sector tan sensible como el de los escritores sobrevivió a esa difícil etapa trata este testimonio que intenta dejar constancia de ese período en el que la mayoría de los cubanos demostramos el temple que nos define y salva. Ha sido el resultado de una convocatoria abierta a todos los escritores a los que pude avisar del presente proyecto y los que quisieron y pudieron sumarse. Faltarán aquí miles y miles de anécdotas. Las que aparecen son solo una provocación al recuerdo, para que los nacidos en esos años y los posteriores sepan que sus padres, abuelos y hermanos mayores supimos sobrevivir también por ellos.

*ARÍSTIDES VEGA CHAPÚ
En el caluroso verano de 2009*

¹ Víctor Figueroa Albelo, *Economía política de la transición al socialismo. Experiencia cubana*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2009, p. 390.

Mi doble Período Especial

Félix Sánchez Rodríguez
(Ceballos, Ciego de Ávila, 1955)

*A mis compañeros de aula
en la Escuela Superior del Partido de Moscú*

Como viví en la URSS entre 1987 y 1990, en la Escuela Superior del Partido de Moscú, mi período especial es un poco más largo, con dos fases, una europea (introductoria) y otra insular. Es decir, le entré al cubano con «entrenamiento».

Cuando llegué a Cuba de regreso, en junio de 1990, ya había comprado mucha azúcar por «cupones» (dos kilogramos para el mes) en Moscú, y caminado mis buenas cuadras tras una tienda donde quedaran aún medias para hombres, algo increíble en una ciudad que me había deslumbrado en 1987 (caso clásico del cubano que se enfrenta a la venta liberada) con aquellas tiendas por departamentos y especializadas, donde se podía comprar cualquier cosa.

En 1989 mi mapa comercial de Moscú era un documento ya obsoleto. Y comenzaba el «voy a salir a ver si encuentro...» y la sana práctica de averiguar el teléfono de las tiendas para hacer una pregunta aprendida en Cuba: «¿Sabe si sacaron o van a sacar pronto ...?».

Mi compromiso familiar de traer una hornilla eléctrica estuvo a punto de quedar incumplido. Dar entre tantas tiendas, en una ciudad cuya superficie le permite albergar unos ocho millones de habitantes, con la tienda donde venderán esa mañana hornillas era como tirar los dados. Y teníamos en contra la competencia de los estudiantes vietnamitas, alumnos cuya carga docente era, al parecer, más que estudiar, «cargar». Contaban con una red de comunicación que les permitía movilizar hacia las tiendas a centenares de ellos en minutos.

Las necesidades golpean los sentimientos. Vi a muchas damas educadas en las ideas del Gran Octubre profiriendo improperios

discriminatorios, llamando plaga de ladrones, a aquellos casi pigmeos hijos de Ho Chi Minh.

El gobierno metropolitano dispuso una medida protectora para su población. Solo podían adquirir productos de gran demanda en las tiendas de Moscú las personas que vivieran en él. Así se evitaba que ante la escasez se viajara a la capital a arrasar con mercancías que luego venderían a mayor precio en las ciudades periféricas. Comprar, fue desde entonces un proceso que contemplaba dos operaciones: mostrar identificación y entregar dinero. Una mezcla de aduana y comercio minorista.

En ese «vivir en Moscú» se consideraba a los estudiantes residentes en la ciudad. Así que mi carné de alumno cubano que ha cruzado el Atlántico para estudiar el socialismo marxista en los libros de los fundadores, y el socialismo real en la cotidianidad de la capital del primer estado de obreros y campesinos del mundo, me sirvió.

La Escuela del Partido también adoptó medidas para aliviar a sus internos en esa etapa difícil. Elegimos en democrática asamblea de grupo a un «activista cárnico», por orientación puntual de nuestro decano, y una vez a la semana encargábamos a la administración de la escuela, a través de él, picadillo, hígado, carne de res. Armandito, elegido por unanimidad, hacía el listado los lunes, cobraba, y el miércoles pasaba por cada habitación distribuyendo. Así dependíamos menos de las cada vez peor abastecidas tiendas moscovitas. Aquello, en verdad, nos olía un poco a privilegios de la «nomenclatura», pero también, de un modo más noble, lo aceptábamos en el acápite de «atenciones especiales con los camaradas extranjeros».

Cumplí con la hornilla eléctrica, tras unos cuantos viajes fallidos a los barrios moscovitas. Pero no con un hermoso juego de copas al que le había echado el ojo desde mi llegada y que cometí el error de dejar siempre para más adelante. De un pestañazo, la tienda especializada en todo tipo de cristalería, un palacio del vidrio y la porcelana, que se podía recorrer como si se tratara de un museo o una exposición, cerró sus dos plantas superiores y se concentró en la planta baja. Luego la planta baja se fue arrinconando. Y cuando a principios de 1990 entré a ella, me encontré un panorama que ya conocía de otras latitudes y volvería a encontrar aquí en Cuba en los 90. El estante que

antes mostraba variedades de copas, ahora cubría sus huecos con un único tipo de jarra, el mismo tipo de jarra, para cubrir todo el espacio, lo que se podría denominar como «adornación en serie». Y las dependientas, una plantilla inflada, de la época en que la tienda funcionaba a plenitud, charlaban animadamente matando el tiempo tras un mostrador, sin hacer caso de aquel cliente solitario que entraba seguramente buscando algo que ya ellos no ofrecían.

Recuerdo bien mi regreso a la escuela esa tarde, porque la escena de la tienda derrumbada económicamente por aquel derrumbe que a nivel político ocurriría unos meses después, se me quedó grabada de una manera especial. No sé si por el frío de ese enero, el frío es muy depresivo, o si por lo absurdo que transmitían aquellos centenares de jarras iguales tratando de embellecer una pared. Si había vivido situaciones similares en las tiendas de zapatos (todavía en 1988 un monumento a la prosperidad), buscando medias para hombres, arroz (el arroz no estaba por talones pero vendían una cantidad limitada, un modo de regulación primaria, que afectaba en primer lugar a quienes lo debíamos consumir dos veces al día), fue aquella tienda uno de los símbolos del período especial ruso que traje a Cuba más claramente dibujado en mi memoria.

Ella ocupa el lugar número dos en un ranking de mis tristezas eslavas. El número uno, sin discusión, es para una escena de otro tipo, y más desgarradora. Una escena que también forma parte de aquel vuelco que la sociedad soviética empezaba a dar de modo irreversible, y para peor al menos en sus resultados inmediatos.

Ese día, lo recuerdo, no andaba solo, y eso dio más fijación a la escena, porque Rider López, otro avileño, condiscípulo, la recordaría en las ocasiones en que yo trataba de olvidarla. Ya habíamos visto a mujeres, gitanas y no, pidiendo limosna en los *pirijod* (pasos peatonales por debajo de las calles principales), y a jóvenes jugando un tipo de lotería a la entrada de las estaciones de metro, pero aquel niño sin piernas, de unos cuatro o cinco años, acomodado en su cochecito, detrás de la vasija donde los transeúntes arrojaban caritativamente monedas, a solo unos metros de la Plaza Roja, no lo esperábamos y nos sacudió el alma. Hacía frío, y llevaba él un gorro felpudo y unos guantes

pequeñitos, y no miraba hacia las personas, miraba a hacia abajo, por vergüenza, o porque no quería creer todavía que allí donde los niños llevan piernas para correr terminaba su cuerpo.

Ríder dijo una mala palabra. Y a mí se me salieron un poco las lágrimas. Luego hubo otras muchas malas palabras y lágrimas cuando llegamos a la escuela y lo contamos al grupo.

¿Cómo comparar esa escena terrible, por ejemplo, con la casi de comedia de la tarde en que Tamayo, el holguinero, llamó desde un teléfono público: «Estoy en una tienda donde sacaron medias. Corran. Apúrense que hay tremenda cola». Cola. Sacaron. Palabras de nuestra infancia que ahora renacían en otro contexto.

Fui corriendo, no era lejos. Existía el peligro de que volviera a Cuba sin medias nuevas. Confiado en el carácter irreversible del socialismo había regalado todas las que llevé a Cuba en las vacaciones de 1988, como si se trataran de un souvenir para los pies. Llegué tarde. La cola era larga a pesar de que vendían un solo color, directamente de unas cajas colocadas junto al mostrador, y el *koniecs*¹ de las películas rusas me sorprendió sin haber traspasado la puerta.

Luego terminamos las clases, con buenas notas, y la alegría por el regreso definitivo, por el viaje a Karelia, con el cual nos despediríamos de la URSS agonizante, atenuó esa imagen del niño mendigo. Karelia era una república autónoma de la Federación Rusa, situada a la misma altura geográfica de Finlandia. Hicimos el viaje en tren, toda una noche. Mientras viajábamos, sabíamos que el país se encaminaba hacia su autodestrucción como nación socialista. Boris Eltsin continuaba maniobrando bien en sus propósitos y el Partido Comunista retrocedía en los terrenos de la confianza ciudadana.

En Karelia permanecimos once días. Conocimos uno de los lagos más grandes de la URSS, y una iglesia de madera erigida sin emplear un solo clavo, y una casa campesina de la época del huso y la rueca, como nos repiten los cuentos clásicos rusos. Parecía una región que no vivía en igual grado de crudeza el período especial moscovita.

Llegamos a una tienda de zapatos para niños y respiramos felices al ver la oferta. Aquello significaba poder traer zapatos

¹ *Koniec*: «Fin» en ruso.

de todos los números que necesitarían nuestros hijos hasta la adolescencia.

Tomamos las cestas y nos dimos gusto. En Moscú no había ya ni una tienda de estas funcionando, pero aquí el derrumbe económico parecía avanzar más lentamente.

Cálculo apresurado y optimista el nuestro. La alegría duró hasta que el primero de nosotros puso su cesta repleta junto a la cobradora, y esta le dirigió esa pregunta aduanal, insólita en cualquier otra tienda del mundo.

—¿Puede mostrarme su pasaporte?

Había notado ella que éramos extranjeros y nos pedía identificación. No le interesaba de nuestros documentos nada más que aquella parte donde se indicaba el lugar de residencia.

Cuando vio el «Moscú» en los documentos de Froilán o Mario, o de Víctor (nuestro Vituja), no recuerdo, sonrió apenada y nos dijo amablemente que solo los ciudadanos con residencia fija en Karelia podían comprar allí. La medida moscovita también se aplicaba ya en el noroeste del país.

Siete cubanos. Siete cestas repletas de zapatos para niños sobre el largo mostrador. (Debían ser ocho, pero José no había hecho el viaje pues convalecía de un suceso de violencia urbana y nocturna en una estación de metro, unas semanas atrás).

Yo todavía conservaba en 1990 mi radicalismo militar. Me opuse a pedirle nos gestionara una excepción al compañero de la dirección del partido de Karelia que nos acompañaba. Debíamos dar ejemplo de austeridad y disciplina. El pobre funcionario no sabía qué hacer. Nos entendía pero se trataba de una ley. Devolvimos los zapatos a sus puestos. El período especial soviético había llegado a Karelia. Seguramente al día siguiente la cajera de la tienda nos reconoció en la foto que publicó en primera plana el periódico oficial de Karelia, el *Karielskaya Pravda*, con la información de que un grupo de dirigentes partidistas cubanos, alumnos de la flamante Escuela Superior del Partido de Moscú, visitábamos en delegación oficial la ciudad.

(Una escuela flamante, necesario añadirlo, que también se extinguía con el regreso precipitado de alemanes, checos, búlgaros, polacos, a sus países, a mantener a sus familias, porque ya sus Partidos Comunistas no podían mantenerles un salario de «cuadros en superación»)

Fueron aquellos once días, de despedida de la URSS y del socialismo real europeo. En el encuentro oficial con las autoridades de la república de Karelia (sí, a nivel de ministros y secretariado partidista y esas cosas), se habló sobre todo de calamidades y zozobras: desabastecimientos, descontrol, huelgas, ya nadie parecía esperar nada bueno de la *perestroika*.

Ah, en Karelia tampoco encontramos medias para hombres. Tampoco las encontraron los de nuestro grupo que visitaron en esa misma fecha a Kiev (el convenio, casi suscrito en reunión del grupo, fue que los de Karelia compraran para los de Kiev si las hallaban, y a la inversa). Si ambos grupos compraban para el otro ya nos las arreglaríamos con el excedente. Táctica aquella propia de cubanos, y de período especial. Entrenamiento para la década del 90 que mucha falta nos haría.

Karelia y Kiev. Estuvimos fatales en el aspecto comercial con las K de nuestra última salida fuera de Moscú. Las K ya hechas tan famosas por Karpov y Kasparov. En las noches invernales soviéticas mi compañero de cuarto, el habanero Luis López Taylor, y yo, nos sosegábamos ante tanta incertidumbre con unas largas partidas que casi siempre ganaba él. Entre jugada y jugada intercambiábamos preguntas sobre los destinos de aquel inmenso país, casi sin percarnos de nuestro privilegio de testigos de años que a su manera «estremecerían el mundo».

Bueno, por algo debe ser que para muchos un tablero de ajedrez se parece demasiado a la guerra... y a la vida.

«La vida que quemé con la inseguridad y la nostalgia»

Lidia Meriño
(Pinar del Río, 1968).

*A mis padres y hermanos
A la memoria de Zaida y Gilberto*

Hace apenas unas semanas, Laura, mi hija más pequeña, que dentro de poco cumplirá catorce años, llegó de la escuela pre-guntando qué cosa era «el Período Especial». Le explicamos, a grandes rasgos, que había sido un tiempo muy difícil que, desde hoy, parece increíble haberlo sobrevivido.

Por sus comentarios y expresiones se veía que le resultaba insólito, fantástico, como si le estuviéramos narrando una historia de ficción, sobre todo porque ya se cuenta como un hecho del siglo pasado. Solo así caigo en la cuenta de que la distancia temporal, evidente en la edad de mi hija (acostumbro, por cierto desorden de memoria, asociar las fechas y etapas vividas con las edades de mis hijos), me dejará lagunas insalvables de hechos que bien vale la pena memorizar, con toda la nitidez que el caso merece. Incluso, creo, por determinado mecanismo intrínseco de autosalvación.

Lo primero sería definir mi verdadero Período Especial, si es que puedo limitarlo a una sola etapa de las vividas en mis ya comenzadas cuatro décadas, pues más de una podría entrar en esta categoría que el cubano asociará, en primer orden, con la precariedad alimentaria, o el transporte casi nulo, la ausencia de almohadillas sanitarias —en particular para la mujer cubana—; por solo citar los ejemplos más primarios entre aquellos que afrontó la población de distintas maneras.

Algunos no se enteraron, pero como la mayoría creyó que todos estábamos pasándola igual, entonces elijo un punto denominador común —del que, a mi entender, escaparon muy pocos— para ceñirme a esa temible palabra: «apagón», y a la

falta de combustible para cocinar, para contar mi experiencia de ese Período Especial.

Ahora que intento rememorarlos, me parece que fueron largos, muchos, aquellos años, cuando recuerdo el tiempo que anduve en bicicleta, o la preferencia alimentaria para con los niños, o el reciclaje de la ropa a partir de la que ya otros miembros de la familia no usaban. Así mi hijo Kikito —mi hija aún no había nacido— y yo tuvimos «shortpants», aquella especie de short largo, apenas dos dedos encima de las rodillas, a partir de vestidos y sayas en desuso de Zaida, mi suegra, aunque a él todavía le tocaron pijamas y algunas telas o zapaticos, y aquellos culeros irrepetibles de gasa que vendieron en Bebito y La Canastilla, en lo último de los años 80.

Me gradué en el Instituto Pedagógico en el año 90 y ya Kikito tenía un año. Hija del proletariado, la mayor de tres hermanos, yo tenía guardadas viejas carencias de adolescente para realizar con mi soñado salario. No sé si lo escuché o lo leí en alguna parte, pero me he agarrado a la (¿auto?) definición de que este fue el año cero de mi generación.

Bastaron uno o dos años de experiencia laboral, de servicio social, para que comenzara el éxodo masivo de profesionales, los más privilegiados, hacia el sector del turismo. Otros alternaron el aula o la consulta con el trabajo en alguna finquita con el fin de autoabastecerse; sin contar los que dejaron definitivamente el país o la profesión.

En lo particular, aun cuando disfrutaba el acto de enseñar, también emigré laboralmente. Primero había dado clases de Español y Literatura, por un curso, en una secundaria, y después de Historia de la Moda y el Maquillaje (la asignatura seguramente no se llamaba así, pero era eso en esencia) a los peluqueros(as), en una escuela que ni sabía que existía, hasta ese momento. A la par, matriculé en la escuela de idiomas, donde mejoraba mi inglés «por lo que pudiera aparecer». No tenía ubicación fija por no haberme ido al municipio Sandino, en el extremo más occidental del país, a cumplir el servicio social, por mi condición de madre de hijo pequeño.

Recuerdo que para ese entonces ya había abierto La Casa del Oro¹ en La Habana y allá me fui con dos de mis más entusiastas

¹ La Casa del Oro: Casas recaudadoras de divisas que tasaban prendas y objetos de oro y plata, cuyo valor se retribuía con unos certificados

alumnos peluqueros, después de recorrer lugares nunca vistos, dormir en una terminal de ómnibus, montarme en algo que iba para Artemisa, regresé a Pinar del Río, a donde llegué como a las doce del mediodía siguiente, con los ojos super irritados y con apenas una muda de ropa para el niño y un par de tenis negros, que eran el furor del momento, que intercambiaríamos, según la ocasión, el padre de mis hijos y yo.

Durante esos años, él era el director de un preuniversitario en el campo, de donde venía con ideas de recetas propias del momento: dulce de berenjena o de col y otras cosas que lamentablemente ya no recuerdo. Sus padres llevaban el peso de la casa haciendo mil inventos: «arroz microjet»² (igual que al plátano, a todo lo que crecía se le llamaba así). Comprábamos las hamburguesas que vendían con carnet de identidad, para prepararlas en casa, sin aceite, a la parrilla. Fregábamos con agua de arroz. Lavaba los cuellos y axilas de la ropa con un viejo cepillo de dientes para ahorrar el detergente!!! que la madre de una vecina le enviaba de Chile, y ella vendía a quince pesos «la latica de leche condensada» (medida «universal» cubana).

El más insufrible de todos estos inventos fue un fogón de aserrín (que recolectábamos Zaida y yo en un aserrío cercano), y que pegaba un tizne resinoso a los calderos, los cuales, después de ello, eran insalvables. Esto fue con posterioridad a haber cocinado con leña, pues el carbón era casi un lujo. En medio de todas estas carencias, a la gente aún se le ocurrían chistes como aquel que decía: «Van a repartir jabón angolano», y ante la pregunta ingenua del interlocutor, respondían: «Échate el agua y pásate la mano».

En las noches reuníamos a los muchachos en la azotea de la casa con juegos de dominó y otros de mi entonces no tan lejana infancia, para entretener al nuestro, agotarlo, y así quedara dormido, después de tanta sánsara, debajo del mosquitero,

que permitían adquirir ropa, zapatos, productos electrodomésticos y autos de uso, entre otros artículos desaparecidos del mercado.

² Microjet: sistema de riego por microaspersión, practicado, sobre todo en el cultivo de plátano fruta. Durante el Período Especial, muchas personas cocinaban el arroz con una cantidad de agua mayor que la necesaria, para que creciera más.

abanicándolo todo el tiempo hasta lograr vencer la gran batalla, a oscuras.

Los viajes a casa de mis padres en San Juan y Martínez se distanciaron cada vez más. Mi hijo comenzó a nombrar a las rastras de la Base de Camiones, cercana a donde vivíamos, como «los camiones de ir a San Juan», por las reiteradas botellas³ que nos daban.

Por una parte, el transporte público casi no existía; por otra, ya era una complicación aparecer con un niño y las manos vacías en una casa donde la mayor parte del tiempo comían sopa de arroz. Hace muy poco tiempo mi madre me confesó que una vez solo comieron col hervida, sin sal, pero que incluso su día más triste fue aquel sábado de «alumbrón», cuando instaló la Aurika⁴ con la intención de lavar la ropa de mi hermano menor, que estudiaba, por suerte, Licenciatura en Inglés, en el Instituto Pedagógico pinareño, y se percató de que solo tenía dos piezas de vestir.

Mi otro hermano —que había regresado de su servicio militar en Angola hacía muy poco tiempo— cuenta a veces, entre risas y ojos húmedos, de cuando se fueron los dos, junto a mi padre, a desmontar, a pico y coa, una tierrita en un monte cercano. Árida, solo les dio unas tristes yucas, malogradas después de cargar el agua del riego. Siempre estuvo también la iniciativa de sembrar en canteros, en la azotea del edificio, ajíes, orégano y otros pequeños cultivos, sobre todo para sazonar.

Entonces fue cuando decidieron él y mi padre irse a trabajar al Contingente Blas Roca, de donde venían los fines de semana con dieta, salario, estímulo⁵ y plátanos, hasta que mi padre, puro militante él, regresó a casa infartado, y con otros males del cuerpo y el espíritu.

Los mejores momentos «nutricios» ocurrieron cuando comenzamos a visitar la filial de la Asociación Culinaria, donde el padre

³ Botella: Cubanismo popular que se refiere a que el que conduce lleva a alguien sin costo en su vehículo. En otros países se conoce como «aventón», «auto-stop», «empujón».

⁴ Aurika: Marca de lavadoras domésticas producidas por la desaparecida URSS y comercializadas en Cuba.

⁵ Estímulo: Dinero extra o artículos que entregan algunos organismos a los trabajadores que cumplen o sobrecumplen su plan de trabajo.

de mis hijos tenía algunos amigos. Allí consumíamos algún que otro invento culinario de los que se estrenaban a menudo por aquellos días. No puedo enmarcar con exactitud la fecha de aparición de las jajas de nylon en la vida del cubano, denominadas «chillonas» en Pinar del Río, lo cierto es que un amigo cercano aseguraba que en la segunda parte de cualquier festividad comenzaba «la llovizna», por el sonido (general y colectivo) que estas producían en el momento en que todos los participantes comenzaban a cargar con cuanto comestible fuera permitido.

De pronto apareció un contrato para mí en otra secundaria, hasta que en el año 93 encontré la única opción que se me brindaba como puente a otros mundos (no sabía entonces cuáles, pero imaginaba que algo mejor aparecería, es obvio que ni soñaba con la escritura). Por increíble que parezca, de la noche a la mañana era funcionaria de la UJC, que empezó a nombrarse en esos años Ujotacé.

Ya había vivido la experiencia de recorrer los campos para intercambiar productos. Muy lejos fuimos, con la única recompensa de unas ristras de ajos o algún «producto marino», mi inseparable amiga Elizabeth y yo. Hasta el pueblo de Cortés llegamos, «desde donde podíamos divisar las luces de México», le decíamos en tono jocoso a Cecilia, nuestra compinche de los tiempos de la Vocacional,⁶ que vivía en el extremo del extremo. Sinceramente, reconozco haber olvidado cómo llegamos hasta allá, supongo que sea por aquel mecanismo intrínseco de auto-salvación que mencioné al principio.

Desde mediados del 93 y principios del 94, después de sanciones y análisis en el Comité de Base por malentendidos, rozaduras y encontronazos en la esfera en que trabajaba, me trasladaron a la Facultad de Ciencias Médicas, como Secretaria del Comité del Área Básica (primer y segundo años de las carreras de Medicina, Licenciatura en Enfermería y Estomatología). En un primer momento, aquellos incumplimientos me hicieron sentir el ser más trágico y desdichado. A quién podría importar que me hubiese aprendido cuanto bache tenía la calle Cavada, para poderlos vadear en apagón a las diez de la noche, sobre mi bicicleta; ni mi esfuerzo por conseguir un hombre para el batallón

⁶ Instituto Preuniversitario Vocacional de Ciencias Exactas.

de la caña, tarea en la que fallé siempre, a pesar de mi empeño, para llevarla como un estigma todo ese tiempo.

Así que cuando supe que Ciencias Médicas me esperaba, y que lo principal era visitar en el trimestre las reuniones ordinarias de los veintitrés Comités de Base, me dije: «Esto es pan comido». Lo que no sabía era que no tendría las armas humanas para exigirles cumplimientos incomprensibles a aquellos muchachos que estudiaban hasta bien entrada la madrugada, bajo el alumbrado de la Carretera Central, frente a la escuela, porque la Fisiología o la Bioquímica no entendían de apagones; que almorzaban, invariablemente, arroz, sopa de arroz y dulce de arroz con azúcar (remedio del arroz con leche) y que así y todo conservaban el entusiasmo para montar *performance* y mantener un taller literario, al que empecé a asistir hasta sorprenderme escribiendo unos textos que ojalá conservara para definir ahora de qué se trataban.

Ya que, no obstante todo ello, iban —además de hacer sus reuniones, aunque no fueran precisamente mensuales— a los desfiles y se enganchaban las cintas aquellas de los actos en la frente, se merecían alguna fiesta de vez en cuando. La escuela solo podría aportar una caldosa con los productos cosechados en la parcela del autoconsumo (cuestionado con vehemencia una y otra vez por los dirigentes estudiantiles, que aparte de otras cosas se debatían en distribuir bicicletas y reservaciones para el Campamento de los estudiantes en Varadero), así que comprar hamburguesas (salvavidas todo el tiempo), y alguna que otra oferta debía ir por nosotros, por lo que se me ocurrió confeccionar postales (la presidenta de la FEU hacía ciertos dibujos con versos) y venderlas en «los amarillos»,⁷ frente al Hospital Nuevo, en la misma frontera de la Facultad. Las vendimos todas y pudimos hacer la fiesta del 14 de febrero del 94.

Hasta yo me pregunto, desde ahora, cómo pude trabajar en un lugar que exigía una entrega sin mirar horarios, con un hijo pequeño y una vida cotidiana azarosa, como la de todos.

⁷ Amarillos: Empleados —llamados popularmente así por el color de sus uniformes— que controlaban que los vehículos estatales con asientos vacíos llevaran a personas que necesitaran trasladarse por su misma ruta.

Ya nos habíamos mudado (después de la muerte de Gilberto, el abuelo de mi hijo) a un apartamento cercano a la Facultad de Ciencias Médicas, por lo que podía ir y venir con frecuencia, siempre en bicicleta. El edificio tuvo balón colectivo de gas, racionado por horarios durante un tiempo, por lo que nos hicimos de un fogón criollo de kerosén que adaptamos a petróleo, con el que tampoco logré entenderme muy bien, así que estaría de más decir el color que adquirió el techo de la cocina.

No obstante encargar las tareas más engorrosas —como las Brigadas Técnicas Juveniles (que nunca entendí en concreto para qué eran) y las Brigadas Estudiantiles de Trabajo, en vacaciones— a dos profesores que eran miembros del Comité de la Juventud y en quienes encontré una fidelidad sin límites y apoyo incondicional, no me perdonaba que alguna vez llegara a la casa y mi hijo ya estuviera dormido. Su padre, que para ese entonces era el Secretario del Sindicato de Educación, Ciencia y Deportes, se ausentaba mucho más que yo. Por lo que al cabo de ese breve período ya estaba enferma de montar bicicleta, usar «sustitutos» de las almohadillas sanitarias, y la soriasis anunciándose peligrosamente; razones más que suficientes para cambiar de nuevo de trabajo.

Había empezado el año 95 y tomé la decisión de tener el segundo hijo. En abril del año siguiente nació Laura. Ya yo era asesora literaria de la Casa de Cultura Pedro Junco, de la capital pinareña, con la única experiencia de mi título de Licenciada en Español y Literatura, los intercambios en el taller de los estudiantes de medicina y, como única información de lo que se había escrito recientemente en mi ciudad, un libro «ideológicamente sospechoso» al decir de mis antiguos colegas de trabajo. Su autor y yo nos conocíamos de *nuestros años felices* en la Vocacional, cuando apenas era un muchachito flaco, y de quien había perdido el rumbo. Apenas leí aquellos versos publicados en el 93 supe que «el peso de la isla» nos era común a todos: «Y ahora que guardo mi país,/ sus dudas, sus mentiras tremendas,/ sus cielos desplomados,/ el ácido y podrido olor de ese misterio/ que brota de sus casas;/ mis amigos perdidos, convertidos en sombras/ lejos de la complejidad de mis hogueras;/ ¿quién recoge mis pasos, la vida que

quemé con la inseguridad/ y la nostalgia/ de quien quema las secas hojas de un almendro?».⁸

Parecía que algunas cosas de lo que conocimos como Período Especial iban quedando atrás, no creo que totalmente superadas porque, ya en planos más personales, otras etapas más o menos parecidas, casi todas huracanadas, nos han tocado a la puerta.

⁸ Nelson Simón González, «El peso de la isla», *El peso de la isla*, Ediciones Loynaz, Pinar del Río, 1993.

Acceso limitado

(Conversación con Justo Vasco
en la terraza del hotel Don Manuel)

Rebeca Murga
(La Habana, 1973)

Lo peor es la pesadilla, las murallas de ladrillos y ladrillos y la cola interminable para bordearlas como serpientes, que eso somos. Y, al final, el caldero y el cucharón y la caldosa. Yo también creo que eso de que nos quedamos divididos es un lugar común, otro panfleto de los que no nos quieren en ninguna parte. ¿A quién le va a gustar la santanica y el cartelito de No Pase CVP¹ o lo que es peor, Acceso Limitado? En cambio qué bueno cuando sobra el tiempo y uno se lo gasta atormentando al hombre que lee en tres idiomas el estructuralismo francés, ¿tú te ríes? Ahora dicen que nosotros no podemos darnos candela porque luego qué comemos y con el hambre que se pasa. Ríete que esto es serio. Sí, es lo que tú dices, hay que ser como Poe y descartar posibilidades; pero en lo del triunfo de la razón sobre las sombras, no sé, mi cabeza ha estado pobre en estos días; así son los defectos humanos, y tú tienes a tu pequeña del lado de acá del charco pero yo... yo prefiero no pensar, y pienso, pienso. Claro, el problema de mirar al futuro es que luego te revientas como un ratón de laboratorio. Eso, son defectos humanos. Mira cómo acabaron los adivinos, nota que en vez de la espalda inclinan el pecho.

¹ CVP: Cuerpo de Vigilancia Popular, formado por hombres y mujeres civiles que trabajan como porteros o custodios en diversas instituciones estatales.

Siempre tuve un sueño

Emilio Comas Paret
(Caibarién, 1942)

De esa etapa en la historia de mi país se derivan recuerdos que coinciden con la de mi historia personal. A raíz de derrumbarse el Muro de Berlín, o mejor dicho, desmoronarse el campo socialista, que es como realmente debe decirse, yo viajé a México: al DF y a Xalapa. Fui a realizar cierta actividad editorial con el Instituto de Antropología e Historia y a participar en una Feria del Libro en Xalapa, invitado por ARTEX,¹ que en aquel momento dirigía en México mi amigo Frémez. Fui junto a Helio Orovio.

Ya en Xalapa, después de una conferencia, algo exitosa, me propusieron quedarme un año en la Universidad de Veracruz impartiendo clases. La propuesta era seductora. Me permitiría estar un año en México, ganar alguna plata, tan necesaria entonces como hoy, y obtener, lo que era lo más importante, una gran experiencia en lo personal y como creador.

Aquello se acompañaba con cierto romance xalapeño que haría más atractiva mi estancia. Realmente, la invitación me sedujo de entrada, pero no respondí de inmediato. Me tomé unos días para pensar. En principio, yo no quería quedarme. Debía regresar a Cuba, arreglar ciertas cosas lógicas, y volver. Pero, además, me puse a valorar la situación de mi país.

En México, la prensa daba continuas predicciones sobre el futuro inmediato de la Isla. Todas eran desastrosas y algunas muy peligrosas. Y como tenía familia, y mi gente podría sufrir con cualquier imprevisto, decidí no aceptar y correr con ellos la misma suerte, fuera cual fuera. Expliqué lo mejor que pude —y creo que me entendieron— a mis amables amigos, realmente amigas, y volví. Fue lo mejor que he hecho en mi vida. No hubo el cataclismo político y social que se auguraba, pero si me aconteció

¹ ARTEX: Agencia comercializadora, en divisas, de productos artísticos y utilitarios.

una enorme tragedia en lo personal que hubiera sido terrible no poderla enfrentar por estar lejos. Pero esa es otra historia.

Siempre tuve un sueño, tener un bote para salir a pescar. Pescar como un pretexto, porque lo que realmente me gusta es navegar. La mar para mí es algo tan grande como mi propia vida. Cuando niño, en Caibarién, mi papá me compró un pequeño bote de remos, con un tanque que tenía el fondo de cristal. Era una maravilla ir viendo dentro de la mar mientras navegaba. Por supuesto, le puse El Nautilus. Con él y mis amigos, creyéndome un nuevo capitán Nemo, anduve toda la bahía de Caibarién y Cayo Conuco, que queda como a una media milla del puerto. Pero hasta ahí podía llegar.

Cuando me trajeron a trabajar a La Habana (porque soy de los que trajeron, no vine por mi cuenta), me sedujo la idea de salir a pescar la aguja en la corriente del Golfo, al estilo hemingwayano sí, pero todo hombre tiene dentro algo melodramático. Y para ello debía tener un barco. Algunas ideas organicé junto a cierto amigo ahora olvidado, pero nunca se pudo concretar nada. Despues vino el Período Especial y todo quedó en los sueños.

Ya tengo sesenta años, pero estoy vital y todavía aspiro, antes de morirme no a tener un barco, ello es irreal, solo a que alguna vez alguien con posibilidades me invite, aunque sea por una sola ocasión, a curricanear con la vara buscando un castero en la Gulf Stream.

Ya no podré subirme a una nave espacial

Dean Luis Reyes
(Sancti Spíritus, 1972)

Del Período Especial no he olvidado el Hambre. El hambre física que devuelve al hombre a su condición animal, a su hechura de vísceras y fluidos, de tripas y gases. El Hambre como angustia, locura casi, que te arroja a los deseos más primarios y oscuros, y te deja sin defensas morales ante la tentación de robar, saquear, acaparar golosinas, mordisquear por lo bajo sin que los demás hambreados oigan, estirar las reservas de comida a costa incluso de su putrefacción, todo con la ilusión de unas horas de seguridad, sin la congoja de encontrarte con la ausencia de alimento.

Nuestras conversaciones de becarios acababan invariablemente en el tema de la comida. Lo mejor de nuestras energías de universitarios se agotaron en la búsqueda enfermiza de comida. No había otro gobierno que el hambre, solo comparable a la voracidad sexual de unos cuerpos fatigados y a cada tanto seducidos por la muerte. En esos años descubrí que el Hambre acabaría siendo una suerte de miedo, una clase de miedo peor que el temor a sufrir, o el de la mismísima muerte: el hambre como miedo a padecer hambre.

Te sabes vivo en un país donde nada te salva de la posibilidad de padecer hambre. Todas mis razones se dispersan, cada uno de mis ideales se acoquina y el amor que siento por el mundo y los que quiero desfallece ante la posibilidad de padecer esa vaciedad del cuerpo; me pregunto si, a la hora terrible y decisiva del Hambre, tendré en cuenta aquello de que «lo que no pasa es la deshonra».

No dudaría un instante en asesinar, aniquilar, en vender mis principios máspreciados si mi hijo estuviese en peligro de ser presa del horror del Hambre. Es una criatura demasiado nueva para saber que ese Miedo te deja exánime para toda la vida, después de hacerte consciente de lo ilusorio de cada una de las verdades

humanas, de todas las religiones e ideales, de la pura y simple posibilidad de amar a una mujer bajo el Imperio del Hambre, ese que no deja sino desesperación y una furibunda angustia capaz de arrasar reinos, si ello garantiza un mendorugo tibio.

Después de padecer el Hambre, dejé de ser el titán que me pidieron para la sociedad. Ahora tengo tantos achaques que ya no podré subirme a una nave espacial. Con esta salud de mierda, mucho menos podrá llegar a ver el Mundo Nuevo. Con esta angustia, que me obliga a trabajar como un loco y a atesorar billetes como un vulgar tacaño, difícilmente pueda construir un mundo mejor. El Hambre me ha hecho demasiado consciente de mi inmediatez, del estado transitorio de todos mis credos.

Mas el Hambre también ha dejado sin fundamentos mis idealismos. Ya he visto qué es capaz de hacer el pavor que el Hambre provoca. Ninguna arenga o inminencia fue capaz de cambiar tanto el imaginario de un país como el sobreconocimiento ante el Hambre. Solo el Hambre, un Hambre terrible e intensa despierta al hombre, lo hace consciente de su esencia, que es la magnitud de su potencia.

Será paradójico, pero el hambre, que nos esclavizó, también nos ha liberado. A su clarín iremos como fuerza magnífica, pues solo ella es capaz de convertirnos en héroes. Cuando sea atroz el hambre torceremos la arquitectura del universo y fundaremos una utopía sobre la tierra. No será ese un mundo de abundancia, sino apenas de seres temerosos de padecer las dudosas esclavitudes del espíritu.

Supongo que a la pregunta de si conservo algún sueño que el Período Especial me ha impedido satisfacer, debería responder: «Yo solía ser un animal cándido que soñaba con hacerse director de cine, pero la escuela de San Antonio se puso a dos mil y pico de los verdes». Pero no; eso sería quejarme de la vida. Ahora escribo crítica de cine, que es soberanamente más fácil que hacer cine. Luego, siempre tendré trabajo. Luego, vivo de parásito. Pero no.

El Período Especial me dio la posibilidad de una vida menuda y feliz, que prefiguré mientras sobrevivía como periodista en Sancti Spiritus. Entre cuartilla y cuartilla, solía cuidar de un cerdo joven, a quien daba los buenos días con un cubo de agua hirviente y una escoba vieja con que desprender los pastosos

mojones que repartía por el piso de la jaula. Después lo dejaba machacando su sancocho.

Mientras entrevistaba a alguien importante, pensaba invariablemente en qué dar de comer al animal, quien me recibía alborozado: siempre supe que sus ojillos verdes hacían lo indecible por trasmítirme el amor que su ser me profesaba.

Los fines de semana guataqueaba largos surcos de arroz y conversaba con los sitieros del lugar. Por mi boca se enteraban de las fluctuaciones de la macroeconomía y de las nuevas matanzas en los Balcanes. Para ellos era como hablar del último salsero de moda. Su vida comenzaba antes del sol, ordeñando vacas y alimentando gallinas, repasando alguna siembra y pescando un ejemplar que asar para el almuerzo. Las horas ibanseles haciendo maldades; apenas se vestían de serios los fines de semana, cuando turnábanse para ir a ver a la familia, juguetear con los hijos y sacudirles las entrañas a sus mujeres. De paso, llevaban carnes clandestinas hasta el pueblo, gracias a las cuales resolver ropa y zapatos.

Viéndolos decidí que esa sería mi vida. Me iría bien lejos de las noticias y los eventos culturales, a ver crecer las tomateras y criar cochinos. Me olvidaría para siempre de los libros y dejaría que la vida fuese ese trasiego de lunas y soles, en el silencio de un rancho arrullado por el torrente del río vecino. Allí tendría todo lo que un hombre necesita para vivir, incluyendo la rudeza necesaria para despojarme de mi educación de niño bitongo encerrado en las ciudades. Me importarían un pito los apagones, la escasez de transporte o la tasa de cambio del dólar. Y si mi mujer encontraba duras las nuevas condiciones, ya me encargaría de buscarme una guajira recia, de esas que gritan cuando las montan bien, para alborotar de cuando en vez la soledad de esos montes.

Pero entonces mejoró el país. Las placitas se llenaron de plátanos baratos y los sitieros decidieron mudarse para el pueblo, arrendando su tierra a unos guajiros del lugar. En mi cabeza retumbaban aquellas palabras del profesor de Historia del Arte. Ante la diáspora hacia el turismo de compañeros de clase, en lo peor del Período Especial, nos advertía: «Estos tiempos duros van a pasar un día. Entonces ustedes tendrán el mejor capital con que puedan contar: su profesión».

Así que me fui de Sancti Spiritus, perdí de vista los terrenos roturados, para hacerme rico escribiendo y publicando donde quiera que paguen. Abandoné mi sueño para siempre, y a cada rato me pregunto qué hubiera sido de mí si hoy fuese ese sitierto anónimo y feliz asentado en la ribera de un río silencioso, asando truchas y ordeñando vacas y guajiras frondosas.

No obstante, no pierdo la esperanza de ver mis quimeras realizadas: cuando el país vuelva a empeorar, cuelgo la pluma y arranco pa 'l monte. Entonces podré contar que viví una vida errada, a la espera de que el Período Especial me dejara realizar mis más dorados sueños.

No puedo catalogarme como un sobreviviente

Virgilio López Lemus
(La Habana, 1946)

Los primeros años del Período Especial fue el tiempo en que, previamente, me convertí en el padre de mis padres, que pasaron su década de los 80 y arribaron a la de sus 90. Bastante encerrado, atendiéndolos, pude escribir más de una docena de libros, en prosa y verso, de los que publiqué, durante tan severo lapso, poco más de una decena, en Cuba y en el exterior. Trabajé duro y sin descanso, atendí mi hogar, mi vida profesional y laboral y no tuve «tiempo libre» o de diversión, como no fuese el placer de leer mucho y escribir un poco.

«Afuera» todo se hizo más difícil: conseguir un tornillo, un medicamento, un jabón, los comestibles... Fue para mí el más rico período de prueba que una persona pueda tener, y estoy seguro de haber salido adelante. Así pues, encuentro que el Período Especial de la década de los 90 resultó positivo para mi vida, porque luché en él, y lo viví intensamente, pero con optimismo y fe.

No puedo catalogarme como un «sobreviviente», sino como alguien que se impuso a la dificultad acrecida del medio y logró, logré, buena parte de mis propósitos vitales. Siempre lo recordaré (y ojalá sus secuelas económicas se evaporen en bienestar) como el lapso más creativo hasta ahora de mi vida, y me siento orgulloso de poder haber cumplido con el que creí mi deber.

Conservo sueños y metas desde la infancia. Quizás lo «especial» sea no dejarse vencer por la pereza, el deseo de irse de la realidad o el pesimismo militante. Aún no he escrito el libro que quisiera y creo todavía poder escribir, ni soy como escritor todo lo útil que deseo ser en la vida cultural de mi país.

La década de los años 90 y el llamado Período Especial fortalecieron mi espíritu y me hicieron resistente, ¿qué más podría sobrevenir que no pueda ser enfrentado con pasión y deseos de hacer, añadir, ser útil, como modo de hallar un poco de felicidad, o de alegría, en medio del vórtice social turbulento en que viví y en que vivo?

Soy un afortunado, un sobreviviente

Ricardo Riverón Rojas
(Zulueta, 1949)

El Período Especial es una tragedia que yo he preferido interpretar —en el sentido en que lo haría un actor— como tragicomedia: sacándoles el zumo a las situaciones absurdas que todos debimos enfrentar. Así lo cuento en la crónica «Nuestro período especial», en mi libro *Pasando sobre mis huellas*, Ediciones UNION, 2002, y de alguna manera así evalúo la línea total de mi vida.

Es cierto que en esa etapa me sucedieron, como digo en la propia crónica, «alguna de las mejores cosas de mi vida». Pero yo soy un afortunado, un sobreviviente, alguien que conservó «el decoro de haberle permitido solo un mínimo de concesiones a la despiadada lógica de la plusvalía». Otros testimonios serían —serán— seguramente más amargos y no menos auténticos.

Si me quedé en Cuba, ello obedece a distintas razones, casi ninguna deudora de lo racional. Son razones subjetivas en su mayoría, aunque otras tienen un peso lógico que no deja margen para dudas.

Cuando el Período Especial comienza, yo casi debutaba como trabajador de la cultura, pues antes estuve siempre vetado, no sé si por sospechas, por desconfianza, o porque no soy graduado de nivel superior, que fue el argumento que siempre utilizaron para negarme la posibilidad. Estaba ante mi primera oportunidad y debía demostrar —demostrarme— que todo el clamor anterior respondía a principios justos y no a pamplinas mías.

El nacimiento de la Editorial Capiro (septiembre de 1990) coincide con el Período Especial. Era mi posibilidad de realización y creo —modestia, no me jodas— que ahí están los resultados que puedo mostrar, como escritor y como promotor. Ahí estaba, de alguna manera, también mi venganza contra aquellos que hicieron mi camino más «largo y tortuoso» que el de los Beatles, mi desenmascaramiento —cosecha en mano— de los farsantes que durante tantos años nos machacaron la vida a los creadores.

En el Período Especial hasta viajé fuera de Cuba, como cuento también en la crónica, y nunca me pasó por la mente la idea de quedarme en parte alguna. Soy un hombre muy apegado a su memoria: una memoria de afectividad exacerbada y hasta cursi. No me veo lejos para siempre, o por demasiado tiempo, de los parajes que alumbran mi corazón desde la memoria.

No niego que algún matiz político tiene mi decisión de quedarme. No creo en lo que ocurre allá, aunque «allá» —allá es el capitalismo— en muchas cosas están en lo cierto, sobre todo en la lógica para el desarrollo de la sociedad, en la libertad para el debate, y en lo referido a la eficiencia de la economía, que se traduce en bienestar para las personas. Pero nos deben demasiadas cosas: su bienestar se ha formado sobre la base de usurpar el nuestro a través del saqueo y la intromisión, y eso es innegable.

Creo aún en el afán de justicia que lleva a un pueblo a enfrentarse con la crisis más dura de su historia, como quien se suicida para darle vida a una criatura más promisoria. Creo que, como pueblo, tenemos el derecho de labrar nuestro destino sin que nos lo dicten desde ningún sitio.

Lo más difícil para mí en el Período Especial ha sido la enorme cuota de tiempo que le he tenido que tributar a las minucias —vender aguacates, huevos, montar en el carretón, todas esas cosas a las que me refiero en la crónica—, pero también la incertidumbre, el desasosiego, la ilegalidad de la sobrevivencia, la angustia de no saber si, además de condenarme a muerte por inanición o por bala, condenaba también a mis hijos y a mi esposa, sin que estuvieran ellos amparados por una conciencia y una memoria como las mías.

En lo material, lo más duro fueron los apagones, que me roban el único tiempo para leer y escribir de que dispongo: la noche. Si los apagones no hubieran disminuido sustancialmente a partir de 1995, otro fuera mi testimonio ahora.

No me gusta especular sobre lo que hubiera sido mi vida —o mi obra— con otras condiciones, pues ambas cosas han sido lo que son, de manera plena, en el tiempo que me ha tocado vivir hasta ahora, que es cuarenta años mayor que el Período Especial. Antes, con mejores condiciones, no fui mejor escritor de lo que soy ahora, ni mejor promotor, pero en ese «antes» se cocció la masa

espiritual que me llevaría a ser lo que soy. Antes y ahora me han caracterizado la pasión y la tenacidad, el empecinamiento, al extremo de que ya, con los primeros albores de la tercera edad, casi se van convirtiendo en defectos que me acarrean problemas, incluso con quienes quiero.

Tal vez hubiera escrito más, aunque lo dudo, pues todos nosotros, en el pre-período especial, vivíamos en una especie de marasmo donde el devenir estaba calculado con regla y compás. En el Período Especial, con el derrumbe de los dogmas más sacerdotalizados, se activó el pensamiento. Nuestras posiciones, antes «disidentes» y «sospechosas», cobraron un nuevo sentido en el devenir social, pues se desautomatizaron, desde las instancias oficiales —con la UNEAC y el Ministerio de Cultura a la vanguardia—, muchos códigos de discusión para el debate de ideas. Y esa es la joya que debemos cuidar, y que peligrosamente está siendo tomada por asalto nuevamente por la intolerancia, la intransigencia y el pensar en una sola línea.

Mayoritariamente, con esos principios se nos convoca hoy a la batalla de ideas, desde la reiteración machacona de consignas. Me gustaría una verdadera pluralidad de enfoques para mejor salud de la Revolución y del país. Les estamos pagando a los ideólogos del enemigo su intolerancia con la misma absurda y antipática moneda que ellos utilizan: se ha diseñado una línea de opinión, desde las mesas redondas y las tribunas, con las que no se puede discrepar, públicamente, en forma ni en contenido, pues ello arrastra el riesgo del apartamiento, del sambenito, otra vez de la suspicacia, y si eso no para, es probable que regresemos al marasmo pre-período especial, pero con Período Especial, y eso sería lo peor.

Confío en la inteligencia de nuestros líderes para imprimirle otros matices a la «batalla de ideas». A ver si pasamos de período especial a período normal antes de la jubilación de mis hijos.

Catapultarse al décimo cielo

Reinaldo Montero
(Ciego Montero, 1952)

El dichoso Período Especial me trabó sin un centavo, y engordé. Yo era flaco, a ratos reflaco, y engordé. Y no por pura ansiedad, aunque ansioso estaba, sino porque mi mujer y yo comíamos cuanto se nos pusiera delante; engordé porque ni ella ni yo sabíamos cuándo volveríamos a comer.

El escritor y periodista alemán Hans Christoph Buch me preguntó si conservaba algún sueño que el Período Especial me hubiera impedido satisfacer. Por ser alemán mi interlocutor, cargué la mano en ejemplos de la cultura germana y ahora, al transcribir, no me permitió cambiar ni una coma: «Una de las revelaciones más importantes para mí fue comprender que Emmanuel Kant escribió una estética con todas las de la ley, incluidas las consideraciones sobre lo sublime, cuando su conocimiento de las obras de arte no rebasaba las retretas de la banda municipal de Königsberg».

Eso significa que debajo de una piedra se puede escribir *La muerte de Virgilio*. Al parecer, lo que está ocurriendo —y en este punto me autorretrato— es una hipertrofia, como hipertrofia fue la filosofía romántica alemana, que hizo la revolución en la cabeza; no se podía hacer en otra parte. Creo que en Cuba, en este minuto donde hay tantas carencias, donde resulta difícil hasta tomarse una taza de café, uno puede sentarse a escribir una novela de mil páginas, y también un *Fausto*. Creo que hay en eso un despropósito coherente.

Mi aspiración en el orden material, y es la misma de mucha gente de mi país, se reduce tan solo a comer y despertar al día siguiente. Por tanto, existe una zona, que se puede trabajar y elaborar hasta la excelsitud, que tiene que ver con Hiparión, por decirlo de un modo claro a la cultura alemana.

La vida reducida a un comer y despertar al día siguiente ilustra lo duro de la cotidianidad, y lo enajenante que puede ser esa gruesa franja de tiempo ocupada en satisfacer necesidades primarias, pero también muestra una enorme franja vacía, y esa franja es el espacio que permite catapultarse al décimo cielo.

Uvas reales, moradas, grandes...

Arturo Arango
(Manzanillo, 1955)

Me atemorizaba mucho la imagen que emanaba de la frase «opción cero» (temor que puede leerse en mi cuento «Bola, bandera y gallardete»), y en el año 1993 parecía, en efecto, que La Habana iba muriendo, desapareciendo. Un día de ese año tuve que caminar con mi esposa por lo que había sido el boulevard de San Rafael. En medio de la miseria, de la desolación, de la mugre, había, aquí y allá, personas que vendían algo.

Creo recordar unos jaboncitos de olor, y también unos racimos de uvas. No es una fantasía: no fue una fantasía. Eran uvas reales, moradas, grandes, no como las que se cultivan en nuestro patio. Fue una iluminación. Me di cuenta de que La Habana iba a sobrevivir, de que las personas que vivíamos en la ciudad teníamos vidas, voluntades, resistencias, más allá de los sacrificios o las órdenes que nos podían imponer.

Contradictoriamente, las consecuencias del Período Especial me permitieron cumplir uno de mis sueños más queridos: vivir de lo que escribo.

Me ocurrieron algunos milagros durante los años 91, 92, 93 y 94 que dieron vuelta a mi vida: primero para mal, y luego, ya para bien. Y espero, a estas alturas, que mis hijos hayan olvidado el sabor del cerelac¹ con jugo de naranja que les tuve que servir de desayuno durante, más o menos, un año.

¹ Cerelac: Especie de cereal lacteado, compuesto por soya, leche en polvo y colorantes saborizados, de mal sabor y consistencia arenosa, alimento básico de niños y ancianos durante el Período Especial.

Conejo de azotea o de cuando me dediqué a la pesca en seco

Yoss
(La Habana, 1969)

La pesca de gatos: año 93, Período Especial al duro y sin guante, y yo desesperado porque me faltaba la proteína. Yoyo, el bajista del grupo de rock Zeus, pescaba en el malecón habanero, y su método para saber si los pejes estaban ciguatos (después de que, por probarlos él mismo, por poco se va del aire) era echárselos a un gato de la vecina. Un día, viendo que acudían al reclamo del pescado no uno, sino varios felinos, fue la idea.

¿No dicen que es igual que el conejo? Le pedí a Yoyo unas mazitas, y con una pita y un anzuelo finito subí a una azotea y me dediqué a la pesca en seco. El primer día atrapé uno... lo duro fue matarlo, el pobre bicho debió olerse lo que le esperaba, y aunque el anzuelo le estaba haciendo tremendo daño y echaba sangre por la boca, tiraba unos zarpazos que ni una pantera. Pero un palo de escoba sirvió para aniquilarlo a distancia. Esa noche en mi casa se comió conejo...

Realmente, cortada la cola y despellejado, la diferencia no era muy grande. Mi madre, por supuesto, nunca supo que era conejo... de azotea, y estaba contentísima de aquellos animales que yo le decía resolvía en la Facultad de Biología, de donde me había graduado en 1991.

Mi padre, que no vivía con nosotros, un día, de visita en la casa, miró en la basura y luego me aconsejó «la próxima vez, córtale las patas... los conejos no tienen esas uñas». Pero tampoco le dijo nada a mi madre... y hasta 1995 estuvimos comiendo «conejo de azotea».

Siempre soñé con «La vuelta a Cuba», y en cuanto tuve dinero para darla, ya no quedaba mucho de aquella Cuba a la que yo quería darle la vuelta, sino un montón de zonas vedadas llenas de hoteles. Ahora, para siquiera intentar algo así hay que tener dólares, y muchos... No hay vuelta. Es duro que algunos extranjeros conozcan tu país mejor que tú, y eso que yo he recorrido bastante. Pero, por ejemplo, nunca he estado en la Isla de la Juventud.

Perros de la guerra

Guillermo Vidal
(Las Tunas, 1952-2004)

Viví los duros años del Período Especial en una cuartería. Veía a varias personas, por las tardes y noches, fumar marihuana. Se apartaban de todos, pero se sabía. En una casa, varias personas lo hacían y reían por cualquier motivo. El pasillo de la entrada hedía a rayos. Muchas veces había un niño gateando desnudo sobre el piso. Había un loco que intentaba mirar por los huecos de los baños colectivos.

Yo comía una sola vez y siempre lo mismo: arroz con frijoles (congrí), los frijoles eran de los que se les llama por aquí «levantapobres». Me bañaba con un jabón casero y me quemaba la potasa. Muchas veces ni siquiera comí, me moría de hambre. Por las noches no había luz y el calor y los mosquitos me enloquecían.

Me habían expulsado del trabajo en el Instituto Pedagógico por presuntos problemas ideológicos. Me llevaron a juicio. Gané el dichoso juicio y me largué a otro sitio. Fue humillante. Mi mujer y yo soñábamos con que aquella pesadilla acabara.

Escribí a pesar de todo, a pesar de mí mismo. La gente se veía muy desmejorada y me hacían sentir peor. Hacía poco había ganado el Premio UNEAC de cuento. Creí que me ayudarían a conseguir un cuarto mejor, a salir de aquello. No me ayudaron. Mis colegas no podían creerlo. Yo tampoco.

Odio hasta el nombre de Período Especial. De repente comenzaron las tiendas por dólares. Bañarse con jabón de rosas era un lujo, pero fue lo primero que hicimos: muchas veces me las he visto negras, pero no creo que logre vivir algo peor.

Si estás enfermo, hambriento, acosado, entonces vales menos que un perro. Fui un perro. Dormíamos en una cama sin colchón. Apenas una frazada y unos periódicos, pero así todo, por las mañanas teníamos las marcas del alambre en la espalda. Pude ser mejor hombre, mejor escritor, de no vivir el Período Especial. No creo que la miseria sirva para algo como no sea

para odiar. Lo he perdonado todo, pero no puedo olvidar lo que ocurrió. Fue peor que una guerra y es muy triste ver a la gente inventando platos mentirosos.

Hubo colas para comer una hamburguesa con sabor a plástico: había que llevar la libreta de racionamiento.¹ No me jodas. Gente peleando por la comida en un restaurante de mala clase. Frente al parque hay uno de pescados y mariscos: hice la cola dos días seguidos y no alcancé. Me estaba desmayando cuando me dieron un plato de comida que apenas pude comer, le pedí a esa hada madrina que me lo guardara para el día siguiente. Ya murió esa señora. Dios la guarde.

¹ Libreta de control de ventas para productos alimenticios normados. En el Período Especial se crearon varios controles para la venta de hamburguesas. En algunas ciudades había que mostrar la Libreta «de la bodega», como popularmente se la conoce; en otras regiones era imprescindible el carnet de identidad para registrar el número del consumidor y evitar que una misma persona comprara este producto más de una vez.

La percepción del «sálvese quien pueda»

Aramís Quintero
(Matanzas, 1948)

No veo nada claro en cuanto a los límites temporales del tan llevado y traído Período. A falta de referencias inequívocas (como serían indicadores económicos o sociales objetivos y comprobables, con rigor estadístico), solo puedo hablar en términos de experiencia y percepción personales. Y en estos términos, tengo que hacer algunas aclaraciones.

Supongo que por Período Especial se entiende un espacio de tiempo caracterizado por una penuria material más aguda que la de cualquier otro momento. Y con esta definición comienzan mis indecisiones, porque en mi memoria y percepción personales los años que van de 1968 a 1972 bien pudieran ser un período especial, que comenzó con la «ofensiva revolucionaria» y terminó, para mí, con el fin de mi vida de becado y mi regreso a Matanzas para empezar a trabajar.

Pero dejando eso de lado, para mí el Período Especial que todos mencionan abarca desde 1992 hasta 1999 ¿Por qué esas fechas precisas? Por razones, otra vez, personales. En 1992 exactamente, comenzaron mis dificultades para hacer lo que hasta entonces hacía normalmente: trabajar. Dejó de haber transporte y dinero y hospedajes para que La Seña del Humor¹ se moviera. Y cada vez hubo menos. El grupo se fue desintegrando. La moneda cubana fue convirtiéndose en el fantasma que es, y el dólar ocupó su lugar, como sabemos.

De modo que no se trataba de dejar un trabajo y tomar otro (profesor, asesor de Cultura o guionista de radio), porque en términos económicos ninguno tenía sentido. Solo tenía sentido ganar dólares, y La Seña no tenía acceso a estos, aparentemente por razones legales, jurídicas. (Pero es el caso que el equipo de

¹ La Seña del Humor: Grupo humorístico matancero, muy popular en los años 80.

«Sabadazo», el programa humorístico de la TV, por ejemplo, sí podía ganarlos sin ningún problema jurídico.

Durante los 90 me quedó claro que todo el trabajo, la creatividad de La Seña, el éxito, el reconocimiento ganado desde 1984, no valían de nada para que ese trabajo subsistiera. A nadie le interesaba. Nadie se acordaba. Me refiero, por supuesto, a quienes podían influir en los hechos: los dirigentes, las instituciones. Menos aún me valía a mí, personalmente, mi currículum literario.

La Seña quedó reducida a cuatro integrantes. No podíamos trabajar en Varadero y ganar dólares porque «no era legal». Otros humoristas venidos de La Habana, sí. Hubiéramos tenido que irnos a vivir a La Habana como pudiéramos y hacer el humor para turistas y alcohólicos que se hacía en los centros nocturnos. No podíamos hacer eso. No sabíamos.

Los últimos años 90 fueron para mí de una penuria material agudísima, agravada por problemas familiares de salud. Subsistimos gracias a algunos amigos, como el Padre Ramón. La paradoja es conocida: no teníamos problemas para obtener la mejor asistencia médica, pero sí para comer.

Al fin, a finales de 1998, la administración de Ruinas de Matasiete, centro nocturno de Matanzas, acordó pagarnos una pequeña cantidad en dólares por trabajar allí los sábados, a veces también los viernes. Era poco, pero algo, y sistemático.

Entre noviembre de 1998 y febrero de 1999 hicimos allí un público que antes no existía. A local lleno. Con nuestro humor de siempre, sin concesiones al alcohol; sin que ocurriera ni un solo altercado ni problema de ningún tipo. Ganaba la instalación, y ganábamos nosotros. Hasta que, el día 14 de febrero de 1999, después de una función especial con el local repleto y mucha gente que no cupo viendo el espectáculo por fuera, unos inspectores determinaron una vez más que aquello «no era legal». Y se acabó.

No cobramos ni siquiera esa función. Días después llamé a Pelayo —ex director de La Seña— a Chile, y le dije que estaba decidido a reunirme con él allá. Pelayo estaba en Chile desde 1991 y hacía años que insistía en que me fuera a trabajar con él. Yo hice todo lo posible por arreglármelas en Cuba, por miedo al cambio, porque para el trabajo con el humor solo el público

cubano me ofrecía garantía, y para el trabajo literario Chile me parecía muy pobre. En mayo de 1999 ya estaba volando. Terminó para mí aquel Período Especial, y empezó otro diferente.

Pero para mí lo más grave de este período tiene un carácter cualitativo: en él aparece un nuevo factor psicológico, condicionado por la situación económica: la inseguridad, la percepción del «sálvese quien pueda». Eso no existía antes.

La penuria mayor o menor siempre existió; pero, en sus pobres niveles, todo estaba asegurado, empezando por lo primero: el alimento diario. Con el Período Especial comenzó la angustia y el estrés de «resolver» el pan de hoy, «el de mañana, ya veremos». Estábamos acostumbrados a la pobreza inamovible, con su notable aburrimiento, pero no conocíamos el estrés.

Me sorprendí mirando los gorriones

Agustín Labrada Aguilera
(Holguín, 1964)

Mis recuerdos más desgarradores del Período Especial se relacionan con la comida, y en ese rumbo, 1991 fue un año difícil, tras la desaparición de muchas cafeterías y mercados. Mi esposa Norma es de Pinar del Río, yo soy de Holguín, vivíamos en La Habana sin libreta para alimentos, y así se nos iban cerrando los caminos.

Norma ejercía como investigadora en el Instituto de Literatura y Lingüística, yo coordinaba la sección literaria en la Casa del Joven Creador. Nuestros ingresos —a finales de los años 80— eran suficientes para sentirnos más o menos felices en Cuba, pero el trauma económico de los 90 limitó esa ilusión con sus penurias.

Una tarde me sorprendí mirando los gorriones en los parques de Miramar. Esa vez no quería convertir aquel vuelo profundo en escritura poética. Imaginaba una sopa humeante, un fricasé, un arroz con gorriones... y hasta fui a la casa de un señor que en la Habana Vieja tejía jaulas y trampas para cazar todo tipo de pájaros.

Me vinieron a la mente las crueles matanzas que protagonizaron los chinos cuando los gorriones invadían sus cosechas de arroz. Yo no podía matar ni una mariposa. Entonces intenté prepararme un bisté de toronja con las especies al alcance. El resultado fue aterrador: fibras con un gusto tan amargo que solo comí por vanidad.

El 15 de noviembre de ese mismo año, casi al amanecer, despedí a Norma que iba a los Estados Unidos y Puerto Rico invitada por la Universidad de Nueva York a impartir unas conferencias. Del aeropuerto me fui al trabajo y regresé a Santos Suárez, el barrio donde vivía, ya en la noche y con un hambre largo como aullido de lobo. En una cafetería de la calle Santa Catalina, hice una cola más larga que mi hambre con la esperanza de alcanzar

una hamburguesa y un refresco oscuro, pero en una hora se extinguieron. La hamburguesa costaba dos pesos. Le ofrecí a un empleado 20 por algún pedazo de pan. Buscó en todas partes y regresó con sus manos vacías.

En el apartamento no había luz. Me tomé un jarro lleno de agua al tiempo. Con la barriga inflada engañé esa noche al hambre y pude dormir en paz hasta el otro día, en que Margarita Masiñeira me invitó a desayunar en su casa. Nunca me supieron tan exquisitos un pan con mayonesa y un jugo de mango como esa inolvidable mañana.

Vine a México en febrero de 1992. Una semana después, la maestra Lilí Conde nos llevó a Odette Alonso y a mí a leer poemas en una cárcel. Nuestro público estaba integrado por asesinos, narcotraficantes y violadores. Leí para ellos un poema de Agustín Medina sobre su experiencia carcelaria y todos aplaudieron emocionados.

Al terminar la lectura, se me acercaron dos reclusos cubanos. Llevaban años allí desde que fueron detenidos en aguas mexicanas dentro de un barco con cocaína procedente de Colombia hacia los Estados Unidos. Me invitaron a su celda a comer: congrí, lechón asado, tostones, ensalada mixta, dulce de guayaba, queso blanco y café.

Aquellos reos perdidos en una prisión sureña habían preparado una comida cubana con todas las de la ley y con un sabor extraordinario para sorpresa mía, que llegaba de Cuba con una gran añoranza alimenticia, y comenzaba a descubrir los prodigios mexicanos de su vasta cocina. El encuentro se les volvió casi una fiesta.

La escena era un contraste, y un contraste fue la lectura que cinco años y medio más tarde —en Isla Mujeres— hizo Carlos Jesús Cabrera de su libro *El restaurador anónimo*, que obtuvo el I Premio Internacional de Poesía Nicolás Guillén. Era un auténtico poemario del Período Especial sobre los alimentos, sin bordes políticos.

Carlos Jesús leyó sus textos, conmovedores y apacibles, mientras sus amigos comíamos en un lujoso restaurante. Más allá del placer, Cabrera les concedía cierta espiritualidad a los sagrados alimentos. Al oír esos poemas, se me hizo un nudo en la garganta y oculté mis emociones, avivadas por la memoria, contemplando el mar.

Aún escucho algunos versos dedicados al huevo: «Desde la digestión te glorifico, / humilde soldado [...] como a granadas que mutilan/ las piernas de la muerte. / Voy a guardar tu cáscara/ como reliquia de una batalla/ en los museos de la abundancia, / para que los hombres no olviden esta época/ cuando te lanzamos al rostro/ de la miseria».

Esos y otros recuerdos aciagos pertenecían a la historia y su polvo conciliador hasta que fueron despertados, en diciembre de 2002, cuando Norma y yo paseábamos por Guadalajara con el crítico Enrique Saínz, recién venido de Cuba, quien al descubrir un puesto de pollos rostizados, dijo con voz asombrada: «Esto es una alucinación».

Decidí establecerme fuera de Cuba por dos motivos, uno económico, otro profesional. Se me volvía angustioso sobrevivir en espacios ilegalmente rentados, con poco y a veces nada que comer, entre múltiples carencias, elementales como el pan y el vino. En mi visita a México, me ofrecieron una plaza de periodista cultural con muchas libertades y opciones para escribir. Es una profesión con la que siempre había soñado.

Me quedé acá, he alcanzado esos y otros sueños, sin desligarme espiritualmente de Cuba. Añoro la vida cultural habanera y la literatura fresca de toda la Isla. Nunca he visto tantas muchachas hermosas juntas como en mi país, ni he sentido otra vez —en ninguna parte— una sensualidad tan honda y danzante como la nuestra. Si no hubiese emergido el Período Especial, me habría quedado para siempre en La Habana.

Regreso

Aitana Alberti
(Buenos Aires, 1941)

A Ana María Radaelli

El apagón diario se ha convertido en un estado del alma. Cada cual lida con la suya como puede. Si solo fuera el apagón... Nononono... We have no bananas today... No, no bananas to-dayyyyyy!

Cruza al paseo de Quinta. La avenida está repleta. La gente camina despacio, en dos filas opuestas: una en dirección a occidente, hacia donde se pone el sol en el Golfo de México; la otra, hacia las aguas envejecidas del Almendares. Con tanto público, la marmolina de los bancos ha adquirido tonos grisáceos. Jóvenes tirados en la hierba, haciendo uso indebido de cordófonos, bongoes, maracas, claves, güiros y guayos, trajinan a los trovadores de moda y hasta sacrilegian a unos Beatles acriollados. Juegan con linternas a iluminar la grupa de las mulatas. Algunos rambantes baroncillos dormitan trepados a los árboles.

La Habana elegante flirteaba al borde de los macizos, espumosos de flores. Nadie hubiera osado mancillar el jade tierno del césped. Los ceremoniales del saludo y la guasa, avivados por las charangas, son la antífona perfecta a los remotos comadreos de las manejadoras almidonadas; entonces, los infantes experimentaban una íntima mojadura ante los discretos manoseos vislumbrados a orillas de los conos luminosos. Treinta y tantos años después, siguen deshojándose aquellas *féeries nocturnes sous la lune tropicale*, en palimpsestos apisonados en su memoria. Proliferan cuchufletas de todos los colores. Este país siempre ha sabido, como nadie, reírse de sí mismo. No encuentra espacio donde posar las nalgas desmedradas. Sí, derretidas. Las ha visto en el espejo, y el espejo no miente. Dominando el infinito cansancio se incorpora al río heracliano.

—Adiós, Gallega —la saludan, a la altura de la Iglesia Jesús de Miramar.

—Gallega, gallega... Si ya soy más cubana que las palmas reales.

—No compañera, usted es gallega de ley, no lo niegue.

—Bueno. Digamos que *administrativamente* soy de la madre patria.

—Usted es una gallega falsa y yo un gallego auténtico, de Pontevedra, ¿qué le parece?

—Oiga, Padre, yo nunca me he confesado y ni siquiera me han bautizado, al menos como Dios manda. Cuentan que mi abuela lo hizo a escondidas porque no podía soportar tener una nieta en pecado mortal. Ella en persona me cristianó haciendo uso del poder conferido por la Iglesia a todos los fieles en caso de grave peligro.

El grave peligro eran las ideas de mis progenitores. Sin embargo, desde el triunfo de la República, la abuela siempre había votado comunista. Jamás nadie hubiera sospechado, al verla acercarse a un colegio electoral, que una señora tan aristocrática, con sombrero plumado y capa de terciopelo, compartiera la esclarecida rebeldía de la hija. Luego se metía en la iglesia más próxima, a lo mejor la más lujosa de Madrid, a rezarle al Cristo de los pobres y los desamparados. Le rezaba al Cristo de los mártires cristianos e invocaba al *poverello* de Asís. Entre oración y oración, recordaba las catacumbas, los leones del Coliseo y las cruces ensangrentadas que un día hubo a lo largo de la vía Appia.

Doña Oliva practicaba *avant l'époque* la teología de la Liberación y mamá aprendió a cantar *La Internacional* y a enterrar las oropéndolas familiares tituladas en el alcázar de los incubables.

—Está bien, Gallega. Entra, entra conmigo. Aunque no hayas saboreado el cuerpo de Cristo, tú también pertenes al rebaño de Dios.

La multitud reza un tríduo, o un rosario, o un novenario, palabras todas perdidas en la lejana hipérbole de una mano enguantada. La abuela sonríe desde una nube con aroma a violetas. Arcángeles, ángeles, tronos y dominaciones la conducen por los espacios celestiales. *Kirie eleison. Christie eleison!*

Huele a incienso y a cuerpos mal lavados. Diablos; nunca hubiera imaginado algo semejante. *Nonononono! We have no bananas today!*

—Padre Ezequiel, creo haber pecado de pensamiento, palabra, obra y omisión. He pecado de soberbia, he tenido conductas impuras y, para colmo, quien más amo es, en estos momentos, una excrecencia incómoda en el aguaje del corazón.

—Los caminos del Señor son urnas selladas. Solo a los puros de espíritu les será revelada la combinación de la cerradura. Reza, reza tres padrenuestros y tres avemarías repitiéndolos durante una hora. Eso te aliviará. No hay nada como la alegría de encenderse a Jesucristo Nuestro Señor para curar los males del alma que acosan al cuerpo y viceversa. Ah, y que sea acostada en el suelo con una vela encendida junto a tu cabeza.

—Sí, Padre; sí. Doña Oliva se hubiera prendado de usted, estoy segura.

—*Ego te absolvó in nomine Patris et Filli...*

Un mes. Ha pasado casi un mes desde que se fue con ese gesto airado que no admitía réplica. A sus espaldas había dejado los restos irreconocibles de un cataclismo, de una convulsión telúrica. A saber: dos guayaberas y un pantalón en tiritas, varios libros despedazados, un frasco de colonia Agua Brava hecho trizas y otras menudencias en idéntica lamentable condición. Ah, no. Sus pocas pesetas, sus últimos regalitos... Y la gente, la calle, el prójimo, vaya, padeciendo.

Esta vez no iba beber los vientos corriendo tras él, como siempre había hecho, jaca implorante en los pantanos de la desesperación, perdonándole su cíclica furia destructora. Se acabó. Y ni corta ni perezosa empaquetó los vestigios de su presencia que quedaban sanos y los mandó para el Cerro, a casa de la tía.

De apagón en apagón se ha consumido el mes. Quién lo hubiera dicho. Oye su voz, llamándola; escucha sus pasos en la escalera. Ya voy, grita, enredándose en los zarzales de la soledad. La soledad es una montaña difícil de escalar, pero día a día debe hacerlo y conformarse con vivir en la cumbre vacía, como en un monasterio budista del Himalaya, Padre.

Ha tendido una manta en el suelo y encendido una vela roja.

Padrenuestroquestásenlosacielos... santificadosantificado... Un helado de chocolate.

No, mejor primero un pollo bien dorado con papas fritas. Muchas papas fritas.

Por algo la prima Adela, no bien llega ella a España, le prepara unas fuentes enormes.

Saborear aquella exquisitez, que rezuma cándido sol de Andalucía y no una grasa macho polisaturada, es una fiesta imborrable, otro pecado. *Dióstesalve María... llenaeresdegracia... el Señor rescontigo... benditatúeres...* Bendita, bendita. No: maldita, sí, maldita. Maldita soledad que te aguarda fatal en el confín de tu jornada. Piensa que de algún modo, ¡ayúdeme, Padre Ezequiel!, ya estás muerta.

Está sentada a su lado en el paseo de Quinta Avenida. Por una vez no hay apagón.

Ha recibido una buena mesada de allá y el almuerzo fue excelente. Los alisios despeinan los arbustos. Ayer la lluvia se llevó el polvo de las hojas y le concedió la gracia de dejarle el alma limpia, sosegada. Cuando él la llamó, solo pidió conversar fuera de la casa, en el paseo, en tierra de nadie. Tierra que aún se le antoja una *waste land*, erial baldío, requemado, sin la bondad lumínica de un riego diario o al menos de una transformadora mirada feliz.

Él le coge las manos, húmedas, secretamente anhelantes, inertes en el regazo. Los ojos claros se prenden a los suyos y no la dejan parpadear. Una paloma, ¡una paloma viva!, se posa en el hombro varonil, que ella sabe acogedor como un puerto en medio del temporal. El ave blanquíssima le hurga con delicadeza la oreja, el pelo.

—Por primera y única vez en mi vida te pido... —El temblor de los labios amados es signo celestial.

Las miradas, unidas, abren arcos inmensos de luz sobre las casonas despintadas. La brisa eleva varios puntos las vibraciones del éter. Humildes pajarillos urbanos quiebran al unísono el cascarón, asoman las cabecitas y esperan una leve señal para a cantar. Ah, qué buena puede ser la esperanza.

Haciendo un esfuerzo, ella baja la mirada, descubre los pies desnudos dentro de los zapatos polvorrientos. No logra apartarla del pelo, de la camisa, del pantalón, de los tobillos, Señor. Los días son una red de triviales miserias. Imágenes de devastación

chocan enloquecidas contra las paredes de su espíritu. En el espejismo del atardecer, muy bajito, contesta:

—Cuando rompiste aquellas cosas, no sé; algo, en mi interior...

Él se levanta. Camina lentamente hacia las primeras tinieblas.

Decide no volver a mirarlo. No volver a mirarlo. Ha avanzado varios metros. No mirarlo. Lo mira.

Ve las espaldas, ennoblecidas por el ícono de la cabeza hundiéndose entre los hombros con la inevitabilidad de un naufragio. El vaivén de los pies sucios dentro de los zapatos puntúa la añorada tribulación de sus maternales cuidados. Al guerrero, acosado por la furia monumental del destino, solo le resta tenderse en el escudo a recibir la muerte.

Cada paso, en la perspectiva del tiempo, es una ascensión al Himalaya, Padre.

Corre tras él.

—No le hagas caso a mi cerebro —dice—, abrazándolo con fuerza por la cintura.

Un animal que se parece a un perro come la presa que le trae la hembra.

La paloma superviviente alza el vuelo.

En Pleamar, frente a la Corriente del Golfo.

No se escuchaban siquiera las voces en la calle

Rolando Rodríguez
(Santa Clara, 1940)

He vivido intensamente, como adolescente y jovencito, primero la lucha contra la dictadura batistiana; luego, como adulto, el proceso revolucionario con su orbitar brillante, iluminador, sus retos, y también sus dificultades y peligros. Por tanto, los años del Período Especial solo resultan alrededor de una quinta parte del trayecto más lúcido y vital de mi vida, y debo afirmar que, en todo caso, ese Período Especial no es el único proceloso, cubierto de escollos —aunque también apasionante—, en que mi generación ha vivido.

Hablar solo de la severidad de esos momentos se volvería totalmente reductor y no sería justo con mi propia vida referirme, en un examen retrospectivo, de manera señera, solitaria, a ellos. Puedo decir que, para mí, años de un período terrible fueron, ante todo, los de la dictadura. Eso, sin que pueda decir que en medio de ellos no hubo momentos de felicidad personal, que recuerdo con sumo agrado. Esa contradicción entre lo individual y lo social resulta muy importante para el deslinde de no pocas apreciaciones.

Ahora bien, si desde que prácticamente tengo uso de razón recuerdo las lacerantes imágenes de aquella sociedad en que al anochecer un viejo o un niño tocaban a tu puerta para pedir sobras de comida, desde 1952 el desgarrón del golpe de Estado, que dio al traste con el régimen constitucional del país, me produjo una honda repulsión. Mucho más tenía que sentirlo, a cuenta de quien lo había encabezado. Para mí, Batista era el asesino de Guiteras, figura por la que —aún no he descubierto a derechas por cuáles razones— a tan temprana edad, doce años, sentía tal devoción. Igual que por Mella, aunque me decía que el único pecado del Prometeo de la Colina resultaba haber sido comunista (ya pueden verse las tornas de la vida).

A medida que iba creciendo, la situación política del país se volvía cada vez más peligrosa para un joven, incluso para un jovencito. Sabía que las brutalizadas fuerzas represivas del régimen no respetaban a nada ni a nadie. Desde la misma tarde del 26 de julio de 1953, comencé a simpatizar con quienes habían asaltado el cuartel Moncada. Aquella tarde, sobre las seis o seis y media de la tarde, me estaba vistiendo para ir al Parque Vidal (costumbre de los jóvenes santaclareños de aquella época) cuando escuché, en la sala de la casa, a mi padre comentarle a mi tía, de visita, que se había producido un combate en el cuartel de Santiago de Cuba. Entonces salí e indagué lo sucedido. Mi padre aseguró que «los guardias» se habían «fajado» entre sí.

Por supuesto, mis simpatías se fueron de inmediato del lado de quienes se habían levantado contra el régimen, fueran quienes fueran. Al paso de los días, la verdad se fue abriendo paso, como diría Abel Santamaría. Así que primero supe que quienes habían empuñado las armas contra la dictadura no eran «guardias», sino jóvenes, al parecer de raíz ortodoxa, razón de más para mi adhesión (yo había sido esperanzadamente muy chivasista). Después, cuando Batista habló en la radio de unos treinta atacantes muertos y, más tarde, se volvió a dar la cifra, de más de setenta, comprendí que los estaban masacrando. Al paso de los días, supe de la captura de Fidel Castro, líder de la acción. Puedo decir, con el corazón en la mano, que desde ese minuto me convertí en fidelista para todos los tiempos. Porque, en todo caso, ¿se podía ser otra cosa, después de aquel gesto tan gallardo que nos ponía de pie?

Al triunfo de la Revolución fui a estudiar a La Habana. Entre fines de 1960 y 1963 transcurrieron tiempos que podrían resumirse con el lapidario título del libro de cuentos de alguien de cuyo nombre no quiero acordarme: los años duros. Fueron los tiempos de la carne rusa y la papa deshidratada. También de la lucha más encarnizada contra la contrarrevolución. En mi propia provincia, Las Villas, los bandidos trataron de sembrar el terror en las montañas del Escambray. Mataron a Ascunce y Lantigua.¹ En esos momentos yo era dirigente estudiantil de

¹ Manuel Ascunce Domenech era un joven alfabetizador y Pedro Lantigua un campesino de la zona.

la Universidad de La Habana y había ingresado en la AJR.² Se pidieron voluntarios para formar un pelotón que marchara a las serranías a combatir a los bandidos. Me propuse cuando vi que otros, que mucho presumían de «comecandelas», de revolucionarios de rompe y raja, decidieron esto último, rajarse, y meterse debajo de la mesa alrededor de la cual discutíamos quien marcharía loma arriba. Tuve la suerte de que al frente de aquel pelotón se designó a un estudiante de ingeniería, quien resultó una de las personas más decentes y modestas que he conocido en mi vida, el entonces capitán Fernando Vecino.

En el Escambray conocimos de cerca los horrendos asesinatos de campesinos, cometidos por los bandidos, por no querer colaborar. De aquellos momentos, en que por cierto contemplé algunos de los paisajes más hermosos que he visto nunca, recuerdo una anécdota. Se había capturado a un joven de unos veinte o veintidós años, que portaba un M-3 y lo estaban interrogando en el campamento al que llegamos. Tenía una herida de bala en la pierna. Me sentí conmovido, me causó pena. La ley establecida en aquellos momentos, a partir del asesinato de Ascunce, prescribía la pena de muerte para quienes fueran hallados culpables de crímenes. Pero entonces escuché sus palabras: «Ya sabíamos que al matar a aquel alfabetizador esto se iba a poner malo», «yo tengo un M-3, pero no soy jefe», «yo no ahorqué a nadie, a uno que ahorcaron lo único que hice fue halarle los pies». Nunca he sentido ganas de disparar contra nadie, pero en aquel momento comprendí por qué se puede llegar a sentir el deseo de aplastar a una hiena.

El tercer período especial que he vivido quizás empezó en 1967, con la construcción paralela del socialismo y el comunismo. Íbamos a crear una sociedad radicalmente diferente y a acortar el plazo. Yo también fui soñador, pero como dijo John Lennon, no era el único. Por igual, fue el momento de la zafra del 70. De nuevo se produjeron grandes estrecheces materiales. Pero trabajaba con tal ahínco en la organización del Instituto del Libro, encomienda que me había dado Fidel, que apenas las notaba. Mis días comenzaban a las ocho o las nueve de la mañana y terminaban en la madrugada. Como se comenzaron a extender las

² AJR: Asociación de Jóvenes Rebeldes.

gratuidades en el país, resultó que nada de lo que aparecía en el comercio soportaba la presión de la demanda y todo se acababa de inmediato. Hasta la entrada en los eventos deportivos era libre. De manera que, al final, el dinero sobraba en los bolsillos y no había nada que comprar que no fuera racionado; o mejor, sí había algo: libros. Hasta las tiradas de cien mil ejemplares se agotaban al poco rato. Uno de aquellos días, un compañero muy apreciable llegó de visita a mi oficina. Comenzamos a comentar la situación del libro, le hablé de aquella situación gratificante y, a la vez, llena de presiones para mí. Entonces me hizo la gran propuesta, ¿por qué no establecía algo así como una libreta de abastecimientos del libro? Confieso que me horroricé al pensar: «A usted le tocan este mes dos libros de literatura y las *Obras Escogidas* de Marx y Engels».

Por fin llegamos al Período Especial que comenzó, creo, en el 91. A mis efectos puedo precisar casi el día. Fue al siguiente del anuncio de la restricción del combustible. Al levantarme aquella mañana, sentí un silencio ominoso, desagradable, que parecía emanar de toda la ciudad. No se escuchaban siquiera las voces en la calle y los perros simulaban como si hubiesen perdido su ladrido. Comenzaron entonces los tantos lances, que ahora recordamos a veces con humor, porque los cubanos estaríamos perdidos si un día no nos pudiéramos reír hasta de nuestros propios pesares.

La anécdota que me viene a la mente al pensar en los momentos más duros del Período era el lapso que transcurría entre la llegada a la casa del paquetico de café de la cuota y el próximo. El consumo de la única colada del día, en la mañana, dejaba una laguna de cuatro días o más, hasta el arribo del próximo paquetico salvador. Durante tales baches, para decirlo con acentos de Guillén, me revolvía de deseos de tomar una tacita, no una gran taza, solo una simple y modesta tacita de café. Debe considerarse, sin falta, que yo era un fumador empedernido y, para más, tenía enraizada la vieja costumbre del buchito de café antes de encender el cigarro. En el Consejo de Estado, donde yo trabajaba, había café, pero estaba dispuesto que solo podía pedirse el servicio si había una visita. Yo veía pasar a Yiyo, el gastronómico por antonomasia de aquel lugar, con su carrito, en que llevaba a otra oficina algún servicio del árabigo, y moría

de ganas de tomarlo. Desde luego, mi dignidad me impedía aparcerme en la reunión del vecino a pegar la gorra³ ante algún extraño. Entonces lo que me venía a la cabeza era buscar a quién podía citar a una reunión para tener el pretexto de pedir el café. No llegué a hacerlo, pero ganas no me faltaron.

En los momentos del Período Especial eché adelante muchos de los sueños y proyectos que había pospuesto para cumplir otras tareas que la Revolución me había demandado a lo largo de no pocas décadas. Me sucedió como a Blas Rodríguez y Ricardo Riverón, quienes en esa etapa fundaron la Editorial Capiro e, impertérritos, siguieron otorgando el Premio Fundación de la Ciudad de Santa Clara. Por eso, en las palabras de elogio del Premio del 2003, apunté que solo quienes nunca se han acordado de que estábamos en el Período Especial, quienes no creían que la luna era de queso, sino de brega afanosa, de golpear la adversidad con el coraje, habían obtenido el triunfo. Esto es, que la frustración no los había acoquinado, echado a rumiar desgracias y a loar las imposibilidades. Ese fue el grito rebelde de un rebelde de siempre, Raúl Castro, cuando dijo «Sí se puede», ante algunos que parecieron derrotados por las circunstancias.

Mas, si busco en mí las razones por las que yo no podía acordarme de que estábamos en el Período Especial, sé que, en buena medida, consistía en que me sentía arropado por todo lo que la Revolución había significado para el pueblo cubano y en lo cual, pensaba, yo había colocado un granito de arena. En medio de las dificultades, sabía que vivía en una revolución absolutamente engarzada en nuestras raíces, en su historia, en su eticidad y aspiraciones morales. No olvidaba las conquistas logradas por sus proyectos políticos, económicos y sociales; no podía pasar por alto que ella había devuelto la dignidad al cubano, que lo había hecho dejar atrás el complejo de enanos ante el gigante del Norte, y la humillación permanente de vivir en una república de bandidos y malversadores; no echaba a un lado ni por un segundo que había hecho solidario a cada hombre de la suerte de los demás. Y todo eso gracias a la plena conquista de la soberanía e

³ Pegar la gorra: En el habla popular cubana, llegar a comer o a beber sin ser invitado.

independencia del país, por las que se había luchado desde 1868. Cómo lloriquear ante tal monumento.

Pero si todo lo enumerado tenía que ver con el ámbito social, coincidentemente en el individual había sonado la hora de cumplir con sueños personales muy arraigados en mí. De esa forma, desarrollada mi tarea en el Instituto del Libro y las más agobiantes en la Secretaría del Consejo de Ministros, me arrojé a la faena de barrenar archivos y bibliotecas en busca de la historia, escribir los libros que tenía pendientes, los artículos que abultaban en mi cabeza, pronunciar las conferencias que me demandaban y que yo mismo me ponía como deber.

Y ahí están seis libros, algunos con ediciones en el extranjero, dos de ellos con dos ediciones, uno más en proceso en una editorial española, innumerables artículos publicados y conferencias dictadas. Siento, por tanto, como consecuencia, que nunca he sido tan útil como en ese Período Especial, y que durante él y, pese a él, he cumplido buena parte de mis sueños. No voy a proclamar «alabado sea», pero así ha sucedido.

Acostumbrado por entrenamiento

Luis Mesa Fernández
(Remedios, Villa Clara, 1961)

El Período Especial no comenzó para mí en los 90. Nací, crecí y me crié en Período Especial. Por el año 73 acompañaba a mi abuela al campo a cambiar «cosas» por comida. Cualquier cosa, por cualquier comida. Esta abuela mía contaba que ella había vivido cuando Machado y que había sido dura época, pero me aseguraba que como la del 90, no había vivido nada.

En el año 97 yo era primer actor de la Compañía Rita Montaner. Un año antes, recibí un premio de actuación nacional, actué en el Teatro Nacional y en Teatro Estudio. Trabajé junto a figuras importantes del teatro cubano como Miguel Benavides, Trinidad Rolando, Vicente Revuelta, Vivian Acosta, Raúl Alfonso... Entonces decidí buscar otros escenarios, otras experiencias, que hasta ahora no las he encontrado, pero continúo buscándolas. Por ese motivo me marché de Cuba, no por el Período Especial al que ya estaba acostumbrado por entrenamiento.

En esos años de Período Especial vendí frituras de yuca, pero como no les ponía aceite ni manteca quedaban duras. Un día le vendí a dos borrachos, por el barrio El Condado, aquellas duras frituras. Uno la mordió y casi se le quiebra la plancha dental. Me miró y me preguntó: «Flaco, ¿qué tiene esto?». Otro día un policía me detuvo en plena venta y me dijo asombrado: «Compadre, ¿tú no eres el que actúa en el Teatro La Caridad?». Ese día sentí vergüenza. En otra oportunidad me dediqué a elaborar mantecados. Pero lo mismo, no le ponía aceite, que era de los productos más caros entonces. Quedaban duros como piedras, pero salía a venderlos. Valían cinco pesos. Una negrita me compró uno. La niña mordió el mantecado y no lo pudo quebrar. Yo quise que me tragara la tierra cuando me preguntó: «¿Cómo se come esto?».

Fueron tiempos muy duros, en que nos volvimos violentos y egoístas. Prefiero no recordarlos.

Cuba especial

Manuel García Verdecia
(Holguín, 1953)

Estos años del llamado Período Especial podrían incluirse dentro del ciclo denominado Universidad Para Todos, pues, a mi modo de ver, han sido una escuela. El símil tal vez no sea muy original (creo que el período tampoco, etapas difíciles ha visto la humanidad desde tiempos inmemoriales, pregúntesele a Eva y Adán), pero de lo que se trata no es de originalidad, sino de presentar las cosas gráficamente. Una dura, severa escuela con una maestra inflexible, que no nos da receso y es cicatera con los premios y calificaciones: Maestra Necesidad; estricta y cruel, pero que sabe hacer lo suyo, de modo que, a la larga, enseña. Ya lo dice el refrán verificado por el tiempo: la letra con sangre entra.

Algo que siempre me llamó la atención (ya saben, a los escritores nos gusta complicarnos con lo que los demás se saltan alegramente) es que nunca nadie me dijo en qué consistía lo especial de este tiempo ni cuánto duraría. Es más, incluso hoy, en medio de ajustes, reajustes y desajustes, no sé bien si todavía vamos de especial o ya dejamos atrás el baile. Nunca me dediqué a indagar en esto porque, en fin, hay asuntos en la vida que son como los supositorios: si hay que ponérselos se ponen y pasito adelante. O sea, que me zambullí en la cotidianidad, esta vez una tromba negra y agresiva.

Cuando uno no sabe qué va a ser de la próxima hora, cuando habiendo desayunado se está pensando en salir a forrajejar el almuerzo, luego la comida, así sucesiva y corrosivamente, no hay tiempo ni ánimo para lujoconceptuales. Habría que proceder como Alejo Carpentier cuando no quiso que confundieran su empleo de la palabra «maravilloso», el término que adoptara para su poética. Este se aferró y defendió uno de los sentidos posibles del vocablo. ¿Cuál escogeríamos para definir lo «especial» de este período?

Busco en el diccionario de la RAE. Dice: *Singular o particular, que se diferencia de lo común. Muy adecuado o propio para algún efecto. Que está destinado a un fin concreto y esporádico. Que se dedica monográficamente a un asunto.* No veo muy claro cuál acepción nos cuadra. No creo que pueda ser singular en oposición a lo común, pues el sacrificio, lo contingente, lo austero, han ceñido por muchos años nuestros intentos de vuelo. Lo de adecuado para un efecto (¿cuál?) me deja en dudas. La destinación a un fin concreto no puede ser, pues afectó todos los propósitos del país, y lo de esporádico ya es un sinsentido aquí. Lo monográfico, como no sea el tema de la subsistencia...

Definitivamente, no llego a buen entendimiento con el término. Pero para poder salir de la encrucijada y avanzar en esta memoria, escojo la segunda acepción: ha sido una etapa adecuada, propia, para enseñarnos (ya la he llamado una escuela) a fajarnos contra la necesidad usando uñas y dientes, y sobreponer la tozuda e irreverente existencia a cualquier concepto prefabricado. Y esa es para mí la mejor enseñanza de esta cruel maestra: abandonar cualquier presunción y salir a buscar la vida, no sentarme a esperar la muerte en la víspera.

Uno de los primeros recuerdos que tengo del problema fue una reunión de la sección sindical de la que era miembro. La habíamos solicitado para plantear un grupo de anomalías que irritaban nuestro desempeño normal. Para la fecha, era profesor del Instituto Superior Pedagógico. La sección sindical tenía mala fama. Se la tildaba de problemática. Los dirigentes inmediatos planteaban que lo importante era explicar las dificultades. La gente debía estar clara, conocer lo que motivaba los problemas. Al parecer, estos cuadros no habían leído la decimotercera tesis de Marx sobre Feuerbach (tal vez cosa de superstición). Entonces nos enviaron a un cuadro del Partido provincial.

Los trabajadores expresaron sus inquietudes, criticaron lo que consideraban incorrecto. Recuerdo que se señalaba la falta de regularidad del yogur para los niños, o la desaparición del azúcar blanca, o los saltos en la frecuencia del jabón, o los desarreglos en los períodos del aceite, o la carencia del transporte. El hombre respondía a su modo, con cifras de ingresos y gastos nacionales, así como refiriéndose a la consabida saña del enemigo. Los demandantes proponían variantes y no se conformaban con las

rélicas. En un momento en que el dirigente se sintió asfixiado, nos recriminó en duros términos: «Si ustedes van a criticar mi Revolución yo me retiro». ¡Ahí fue Troya! Los misiles volaron. Fuenteovejuna, todos a una: La Revolución no era propiedad privada de nadie. ¿No éramos nosotros parte de esa Revolución? ¿No se hacía con nosotros, por nosotros y para nosotros?

El hombre se marchó rojo como la bandera china, pero sin la estrella del triunfo. La mayoría de los que estaban en aquella reunión siguen aquí. Han capeado las peores tormentas con dignidad y sin perder el sentido crítico. ¿El funcionario? Reubicado en una tienda por dólares. Saque usted...

Al año siguiente, me fui a trabajar a la Universidad. Entre otras razones, porque en el Pedagógico yo atendía a los estudiantes que hacían práctica docente en distintas escuelas de la provincia. El que dirigía esta actividad me llamó para decirme que, por los problemas con el combustible (algo que afectaba al transporte en general, aunque todavía no sé bien cómo no tocaba con la misma frecuencia y fuerza al de los cuadros), debía viajar por mis propios medios. Le pregunté si habían reflexionado sobre esta medida, le recordé que el transporte público estaba muy deficiente. Me dio una respuesta rotunda sobre la decisión: «Es la única vía para cumplir». ¿Pero cómo me iba a lanzar yo a los caminos sin una mínima seguridad de transportación? Los estudios sobre teletransportación no estaban tan desarrollados; aún hoy no lo están. «Cuando yo vea —le respondí— a quienes tomaron ese acuerdo pidiendo botella para llegar a una escuela a setenta u ochenta kilómetros de aquí, yo lo hago». Pedí la baja. Ellos me dieron el alta en su lista negra.

No solo la dificultad del transporte, sino otras mermas, pérdidas, obstáculos, vicisitudes, mortificaciones y fajatiñas, anuncianaban que penetrábamos en una *twilight zone* tempestuosa. De momento, me di cuenta de que la vida de nuestra familia cambiaba veloz y radicalmente. Otras prácticas, otras limitaciones, constantes temores y avisos. Nunca habíamos contado tanto, medido tanto, calculado tanto. Jamás aplanoado tanto el tubo de pasta, ni empleado el casquito de jabón a esas escurridizas consecuencias, ni puesto boca abajo el pomo de aceite como a San Antonio para que nos propiciara no un novio, sino otra gota para el sofrito, jamás un huevo había dado para tanta tortilla.

Mi esposa se hizo chef de primera en un restaurante de séptima para que no nos quedáramos insatisfechos. El Período Especial, igual que el amor, entró por la cocina. Si bien en la casa (ya se sabe que cuando uno dice «casa», así simplemente, dice hogar) no se infiltraron esos aliens calamitosos: el bisté de toronja, el picadillo de cáscara de plátanos, los chicharrones de cáscara de yuca¹ o el socorrido sopinguete (receta fácil: en una olla de agua hirviente, tanta agua como gente en la casa, se echa todo lo sólido, líquido o gaseoso comestible que haya y se deja cocer, sírvase pronto y váyase a la cama), sí se introdujeron prácticas de una cocina de resistencia. Así, el insuficiente arroz crecía a golpe de col, zanahoria, maíz, pepino molido y otras moliendas que ahora olvido (el olvido mantiene la mente sana). La col era muy socorrida. Condensaba una sopa lo mismo que alargaba el arroz o hacía de plato fuerte, molida y con un sofrito que le diera el leve tinte de la carne fresca.

Las comidas salcochadas se bajaban mejor, teniendo en cuenta el calor excesivo por demás, con un refresco de naranja agria, mucho hielo frapé que le ponía mi esposa, y el azúcar prieta pasada por batidora primero, y colada para eliminar OVNIS tan perseverantes en este tipo de edulcorante. Las hojas nos servían para regalar a visitantes y a nosotros mismos, en las noches de luna (era lo único que brillaba a veces en casa), una infusión tranquilizante para nervios, sobre todo los que se hallan en la zona del estómago.

Un profesor me dio una receta, decía él que eficaz, para hacer espaguetis, algo que nos gustaba consumir en casa. Se hacía una pasta de harina de trigo, luego se molía en una maquinilla de

¹ Muchas fueron las recetas culinarias que generó la escasez del Período Especial, poniendo, una vez más a prueba la capacidad de los cubanos. A falta de carnes en la empobrecida dieta diaria, muchos adobaban la toronja —después de pelarla, sacarle los hollejos y picarla en rodajas— con ajo y todas las sazones disponibles y la freían como si fuese un bisté. También se conoció en esa etapa el picadillo de cáscara de plátano. Consistía en picar la cáscara de plátanos en pequeñas hilachas, adobarlas con sazones y sofreírlas como si fuese picadillo. Los chicharrones de cáscara de yuca se hacían ablandando en agua la cáscara de la yuca y friendola en grasa.

mano, de esas que tienen una criba, se tendían al sol los largos hilos y a esperar que se secaran. No los hice, pues nunca tuve paciencia para preparar comidas italianas. Seguí comiendo a la cubana.

Al llegar a la Universidad tuve más de una sorpresa. La primera fue que el Rector nos quiso ver, a mí y otros dos profesores que buscábamos trabajo allí. Nos dijo que habían dicho cosas duras («¡Pero duras!», nos decía con regusto a hierro oxidado) de nosotros, pero que nos iba a conceder la plaza pues sabía que éramos buenos profesores; esperaba que no defraudáramos su confianza. Nunca sentí un frío tan grande como aquella vez en esa oficina, me sentí más cerca de Siberia que del monte cubano. Asociaciones que hace uno. Efectivamente, supe que me habían colgado el sambenito terrible.

La segunda fue que en esos primeros años, mientras los demás llevaban a los estudiantes a realizar prácticas en los hoteles de turismo internacional, yo debía quedarme enseñándoles los lugares de interés cultural e histórico de la ciudad. «Por tu formación cultural y tus relaciones con el medio», me dijeron. Me sentí honrado en parte, pues nunca me reconocían como escritor, al menos no cuando pedía licencia para participar en alguna actividad literaria. La otra parte la asumí con toda la gracia que me era posible. Recordaba al querido Eliseo en sus consejos del viejo payaso a su hijo: *Inclínate, pues, como caña al viento; pero cuida bien el dibujo de la curva: todo es arte al fin*. Me dediqué a enseñar todo lo que pude a mis estudiantes. Ellos lo retribuirían con creces que paliaron en mucho lo que me quitaban. En fin, cuando te den la mala, sácale la mejor partida.

Otra de las sorpresas resultó más útil. Un día me dijeron que podía ir a comprar la bicicleta. Yo me caí de mi desconcierto. ¿Qué bicicleta? La que me habían dado por el sindicato. ¿Un regalo? «No, tienes que comprarla». ¡Ah!, me asignaron el derecho a comprarla. No había pedido nada, pero llegaron suficientes para cada trabajador varón. No la quería, pero gente más pragmática que yo me aconsejó comprarla.

Tenían una razón luminosa pues, en primer lugar, suspendieron las guaguas que llevaban y traían a los profesores y, en segundo, los medios de locomoción se ponían más y más locomóviles —los vehículos se engrasaban en camuflaje y se detenían

en patios. Así que, a mis treinta y ocho años, me vi pedaleando, alegre y consuetudinariamente, por primera vez en mi vida. La bicicleta se convirtió en una extensión de mis piernas. Me llevaba y traía a la Universidad. Andaba kilómetros para buscar viandas y frutas o para conseguir leche para la semana. Trasladaba a mi hijo a la escuela o le llevaba merienda o el complemento de alimentación necesario para que no se rajara (¡Ay, Jalisco, no te rajes, estudia!) cuando se becó. Así mismo nos permitió salir en las noches a convites y fiestas. Era gracioso vernos con nuestros mejores atuendos, sudando la gota más gorda en aquella máquina. Lo peor era al regreso, porque si se me iba la mano en el Kinikini, Chispa 'e tren, Hueso de tigre,² o cualquiera que fuera la artillería de alcohol casero con que atendieran, me obligaban a volver a pie. Entonces yo, que no podía ni con mi alma, tenía que traer además el oscuro objeto de mi pesar.

Los chinos son muy simpáticos: mi bicicleta, enorme y pesada como un tanque Sherman, se llamaba Flying Pidgeon, Paloma Voladora, je je je. Si el que la nombró hubiera tenido que subir y bajar los veintidós peldaños de mi estrecha escalera con aquel artefacto a cuestas se hubiera cortado las venas de vergüenza.

Pero fue una buena cosa tener bicicleta. A pesar de los aguaceiros que me lavaron el enteco cuerpo, a pesar del sol intransigente, a pesar de las enemistades surgidas al negarme a prestarla por temor a la pérdida o rotura, a pesar de mis pantalones viejos rotos a mordidas por la cadena, a pesar de los ponches que me hicieron caminar kilómetros llevándola a ella en medio de la noche, como un matrimonio a disgusto, fue buena y me cumplió bien, hasta que la columna y la presión alta me llamaron a cuenta.

La bicicleta me sirvió también para salir a buscar nuestro combustible original, la leña, y su variante civilizada, el carbón. Teníamos una cocina de gas, pero el balón nos lo suplían... bueno, la frecuencia era tan infrecuente que no sé decir. Era como los ciclones, impredecibles. Teníamos una hornillita eléctrica de fabricación terrorista. No la usábamos mucho porque la elec-

² Kinikini, Chispa 'e tren, Hueso de tigre: Se nombraba indistintamente así a alcohol destilados y preparados, de diversas maneras caseras, para el consumo o la venta, ante la escasez o los altos precios de los rones industriales.

tricidad faltaba, casi siempre, en los horarios picos, que quiere decir las horas en que la gente necesita electricidad para hacer cosas. Mi esposa la puso un día sobre una banqueta, pues tenía toda la meseta de la cocina ocupada con tarecos. Menos mal que estábamos cerca, pues había cocinado la banqueta primero que la comida. Hasta hoy tenemos que soportar las mil ingeniosas bromas de los amigos sobre cómo se quemó el asiento.

En vista de estas dificultades, compré un fogón de carbón (o leña). Lo instalamos (es muy fácil la operación, solo se deja caer sobre cualquier lugar que soporte las llamas) en el lavadero, en la pequeña terraza de atrás. Allí el humo se dispersaba y no dañaba la pintura, desfalleciente, pero aún reconocible del resto de la casa. Además nos permitía comunicarnos con los vecinos. Sabían que nos habíamos levantado perfectamente y estábamos cocinando. Era una operación angustiosa.

Me sirvieron de mucho mis lecturas de Jack London, sobre todo el cuento «To Build a Fire», porque, si bien no había nieve impedidora, tampoco había keroseno ni fósforos. Era necesario juntar hebras de leña, bien finas, ponerle papel debajo (el papel facilita enormemente las comunicaciones con humo), y soplar y soplar. Parecía uno el dios de los vientos que aparece en los antiguos mapas. Ya sé de dónde tomaron sus modelos los cartógrafos de entonces.

El entretenimiento más socorrido era ese viejo juego: ¿Me da una candelita? Vaya a la otra casita. Era usual llegar a una casa y encontrar un candil prendido todo el día. Se le dedicaba al Dios de los Fósforos. Recuerdo con respeto a una vecina que se levantaba muy temprano y se detenía a la puerta de la casa. A todo el que pasaba le daba los buenos días (muy educada) y lo interrogaba: «¿Lleva candela?» (así lo decía). Esto me servía, por carambola, de despertador, por eso lo recuerdo. El viejo despertador ruso se había detenido con la perestroika (espera estoica en ruso).

Otro elemento distintivo de *este tiempo* que algún día *llamarán antiguo* es la explotación racional de la ropa y los zapatos. En casa se utilizaba un término: heredar. Los zapatos toros (perdón, rotos, aunque eran toros para durar mediante remiendos), pero aún recuperables de mi hijo los heredaba un primo. Los punchos de mi hijo con el elástico rendido los heredaba mi esposa (que no

requería elástico por desborde de caderas) para blúmeres. Las camisas mías las heredaba mi tío, que trabajaba de albañil y no requería tanta presencia como un profesor. Las mudas irreversiblemente dañadas hallaban inusitados usos: colchas para el piso, paños para la cocina, retazos para sumar a otros y confeccionar sobrecamas o sábanas, o simplemente almohadillas higiénicas que, para que lo fueran más, se lavaban tenazmente en agua de lejía. Por cierto, la lejía era un subproducto del fogón de leña. Se tomaba la ceniza y se la ponía en agua hirviendo; se dejaba refrescar, y lista para múltiples oficios.

El multioficio fue otra aparición del período. La ceniza servía, así prístina, para sacar el hollín a las ollitas, una degollina para hombros y brazos la tarea, pero quedaban limpias tras un buen *sparring*: tú la ensucias, tú la limpias (por aquello de que chivo que rompe tambor). Además, por una magia indescifrable hasta el día de hoy, un par de camisas se trocaban en un racimo de plátanos, de un pitusa³ a medio andar salía una gallina, unas botas no muy trajinadas podían derivar en un cerdito y ¡por una toalla!, no sé yo qué te daría por una toalla. (¡Tú no sabes nada, Bécquer!)

Yo tenía dos camisas. Muy frescas, cada día más frescas. A fuerza de puño y jabón, la tela se había aligerado, transparentaba mi esqueleto, pero añadía el bien de la brisa. Una de ellas tenía un occurrente bolsillo en la espalda. ¡Qué detalle! Ahora que se habla de la cultura del detalle, nadie podía imaginarse para qué servía un bolsillo a la altura del cuello en la parte de atrás. Puro arte. Casualmente, el bolsillo caía sobre un hueco. Se usaban mucho los bolsillos entonces. Se llevaban en medio del pecho o de la espalda, en mangas, muslos o tobillos. Un viejo pitusa que se me enganchó en el tornillo de un pupitre (con el que luego me desquité a patadas, tanta era la afrenta) ganó otro bolsillo en la rodilla, con tela restada de los bajos. Pero siguió en la primera línea de combate.

Mi esposa hacía blusas de sus sayas, luego cuando flaqueaban estas, las convertía en pañuelos de cabeza o mandaba a hacer

³ Nombre popular de los pantalones, tanto de hombre como de mujer, confeccionados con tela de mezclilla, de manera industrial o doméstica.

unas trusas que uno traía como calzoncillos. Por si acaso. Cuba es un eterno verano.

Uno siempre debía andar preparado. En mi viejo portafolio llevaba nailon, un pomo, cuchara, vaso, una jaba. Nadie sabía qué eventualidad se podía presentar. Pasabas por un lugar y resultaba que habían sacado helado. Muy generoso para quien suda la bicicleta. Pero si no traías vaso lo veías pasar. El vaso además podía llevar un par de raciones para los ausentes. Algunos se hicieron duchos habilitando latas de cerveza o de refresco para vasos. Las raspaban sonora y prolongadamente en el concreto de la acera hasta que surgiera el vaso, como un djin de la lámpara. Lo de la cuchara mucha gente lo resolvía con el carné. Desarrollaban una estrecha identificación con la comida. Yo prefería la vieja usanza de comer con cuchara. El pomo te ayudaba a capturar un refresco de sirope o un yogur de soya que te asaltara por el camino. Los nailon y jabas igual. Donde se diera el caso, ahí estaba la técnica del empaque. Sí, con mucha distinción sacaba mi nailon y acometía la cola.

Esta necesidad de traer recipientes y utensilios creó el hábito de acaparar todo cuanto sirviera para contener: todos los nailons, cajas, botellas, frascos, latas, etc. Porque además, fueras donde fueres, si no llevabas en qué echar los productos te los tenías que llevar a mano alzada. Siempre hay exagerados, así algunos traían aguja, hilo, botones, cuchillos, machetes; estos para la leña —los contornos de la ciudad se fueron despejando poco a poco— o por si la cola se ponía mala.

Nunca había tenido una conciencia tan precisa de las estrellas como en este período. El invento del apagón como vía para ahorrar combustible nos obligó a buscar formas de emplear el tiempo libre de manera juiciosa. Como no había velas, que dan ese toque romántico a los escenarios oscuros, y como por ser pequeños cuando la alfabetización no teníamos la gloria del farol chino, nos atuvimos al invento general: en un frasco de esos en los que venían (verbo que se usó frecuentemente, deben tenerlo en cuenta los lingüistas) los pepinos encurtidos de Bulgaria (pepinos de Bulgaria, ¿de qué se ríen?), uno introducía un viejo tubo de dentífrico, habiendo antes hecho cuatro cortes en la parte de abajo y separado esas partes para hacer unas paticas; se llenaba de algodón o en su defecto de cualquier trozo de tela

espeso, se ponía dentro del frasco mediado de keroseno y *ifiat lux!* Solo que como el keroseno era tan extraño, dejábamos el invento para los ajetreos de la cocina, el comedor u otra empresa que demandara visibilidad.

Los otros momentos los pasábamos en la cama los tres, haciendo cuentos o recuentos de «recuerdas cuando...». También cantábamos. El cancionero cubano e internacional nos debe horas de cariñosa difusión y actualización. A veces, cuando el calor era muy violento y nos echaba de la cama, me subía al techo y me ponía a imaginar cosas con las estrellas. Como no me sé el nombre de ellas, les inventaba nombres e historias particulares. Creo que me sé de memoria las espinillas, barros y huecos de la luna, de tanto mirarle el rostro.

Era una práctica común que la gente tirara colchonetas en los techos y pernoctara allí. Se entablaban animadas conversaciones de un techo a otro. Las tribus antiguas hubieran admirado esta práctica de socialización. Uno escuchaba anécdotas, chistes, cuentos, chismes, todo un rescate de la tradición oral.

Los precios se remontaron gradual pero estelarmente. Llegó un momento en que ninguna cuenta daba. Sencillamente no había manera de hacer coincidir los ingresos con los egresos. Por lo regular, a mitad de mes las arcas tenían arqueadas, náuseas de estar en blanco. Pedíamos dinero a amigos con mayores posibilidades. Esto se convirtió en un círculo vicioso: cobrábamos, pagábamos las deudas, nos quedábamos arrancados, volvíamos a pedir dinero, y empeñarnos hasta el nuevo pago. A Dante se le olvidó ese círculo. Me devanaba los sesos pensando, igual que Lenin, qué hacer. Los amigos me sugerían los mil y un negocios. Pero me cuesta trabajo emprender algo que no sea lo que sé hacer. No obstante, lo intenté, no fueran a decir que no trataba. La primera prueba fue vender ron. Alguien me proveía un ron que fabricaba primitivamente y yo lo vendería al detalle. Hice un ahorro a sangre y fuego para comprar un botellón. Veinticinco botellas de ron. Veía a los conocidos y les proponía humildemente. A veces pedaleaba kilómetros para vender un par de botellas. A nadie parecía importarle mi ron, aunque veía a la gente cada vez más borracha. Hallaban caro mi precio que era el de los demás. Tal vez mi cara de inseguridad les trasmitía este sentimiento a sus bolsillos. Cuando venían conocidos, me

daba pena cobrarles. Así que el ron se consumió entre amigos gratuitos y la evaporación tenaz.

Volví de nuevo a hacer ahorros, esta vez con el agregado de unos dólares que me remesó una amiga. La gente decía que el mejor negocio era el de la comida. Todo el mundo necesita comer y aquí, además, lo ansiaban. Hablé con un amigo de entonces quien un día me confesó que estaba en la tea, peor que mis arcas. Le dije en qué pensaba. Me propuso iniciar una paladar en su casa. Acepté: otros escritores lo hacían con felicidad. Él conocía ese mundo perfectamente, me dijo. Usé el dinero para crear la infraestructura necesaria, como dicen los especialistas. Abrimos y ahí quedó la aventura.

El amigo tenía más alma de bebedor que de barman. Nunca vendimos ni para recuperar los gastos. No tuve agresividad, ni era Cristo para levantar aquel muerto de nacimiento. Desde entonces estimé mucho más la honradez del Sócrates de: «Solo sé que no sé nada». Aunque ambos terminamos con el mismo gusto en el paladar. Lo invertido quedó vertido.

Por último, entusiasmado por la prosperidad de otro amigo me enrolé en la artesanía. Nunca como en esta etapa tuvo este país tanto arte. De pronto emergieron de debajo de las piedras calcinadas no solo músicos, animadores, guías turísticos espontáneos, sino también pintores, talladores, escultores, grabadores, ceramistas. Aquí me inserté yo. Mi amigo hacía unas máscaras de barro con diseños africanos (bueno, más o menos, no hay que ser estrictos) y las vendía por cinco dólares en la playa. Yo las haría según su modelo y me daría dos por cada máscara. Me propuse aprender el oficio más viejo de la tierra, no el de modelar el barro sino el de embarrarme las manos para ganarme el pan.

Con trabajo, dedicación y lo que menos tengo, paciencia, las fui haciendo; una máscara diaria, al regreso del trabajo, a veces bajo la luz anémica del quinqué de tubo de dentífrico. ¡Qué alegría aquellos primeros dólares que me ganaba en mi vida! Era una gloria para mí tener cuatro o cinco dólares semanales, yo un profesional en moneda nacional, ciento y tantos pesos más baratas.

Entraron en casa el jabón, el detergente, el aceite. Fiesta nacional. Pero bien se sabe, las alegrías de los que no hemos nacido para los negocios duran menos que el jabón barato. Cada vez,

las máscaras se vendían más lentamente, a plazos más largos. Ahora debía esperar hasta tres semanas para un par de dólares. Y eso que yo, hombre con ciertas inquietudes y sensibilidad, había desarrollado algunos modelos propios. Busqué entre los motivos aborígenes y de los indígenas americanos y maticé mis mascaritas. Había creado una inédita cultura panamericana. El amigo me decía que no sabía por qué, pero no tenían salida. Empecé a dejar de entregarle las máscaras con la puntualidad de Phileas Fog. Fui aplazando las entregas hasta que no le llevé más. Él nunca me preguntó por qué. Regalé las máscaras a amigos. Por la casa quedan algunas como muestra de mi intento plástico. Algunas son muy gráficas, semejan un alma en pena.

Entonces decidí abrirme al mundo. Nada de viajes: cartas. Tenía muchos amigos que ya practicaban la correspondencia con gente de otros países. Creo que el género literario que más se ha empleado en Cuba desde entonces es la epístola. Tenía (tengo) un viejo y leal radio VEF. Con él me ponía a sondear el mundo. Siempre he tenido una especial debilidad por la radio. Cuando era pequeño y me castigaban a no salir, me ponía a oír radio. Escuchaba los episodios de David Copperfield e imaginaba que me pasaba todo lo malo que a él. Quedé con la manía de la radio.

Mucho antes de Internet yo navegaba por el Danubio, el Hudson, el Volga, el Támesis, con mi aparato. Ciudades como Madrid, Toronto, París, Viena, Tokio, Ámsterdam, me eran tan familiares que a veces sabía mejor lo que sucedía en ellas que lo que se escurría oscuramente a mi alrededor (no cesaban los apagones, el cubano —siempre irónico— los bautizó «alumbrones»). Anotaba direcciones de emisoras y de particulares. Curiosamente cuando oía esas emisoras, tres de cada cinco cartas venían de... Cuba. Ahí me percataba de lo comunicativos y lo hábiles para la escritura que somos los cubanos. Bueno, lo primero que hizo la Revolución fue alfabetizarnos y, para el momento del Período Especial, ya todo el mundo había ganado la batalla del sexto grado.

Yo, que tenía la dicha de ser universitario y hablante de tres lenguas, debía tener mayores opciones. Les escribía proponiendo intercambio de correspondencia sobre cualquier tema de interés general. Honestamente les digo: escribí hermosas cartas. Cientos de páginas hablando de Cuba, sus bellezas, su historia, su cultura, sus costumbres, su literatura (ahí ponía mi pica en Flandes,

en Londres o en Praga). Fueron rigurosas, espléndidas epístolas. Ojalá las pudiera recuperar; formarían un lindo panorama de la cultura cubana.

Si hubiera invertido esas horas (y esas hojas) en escribir novelas tuviera unas tres o cuatro terminadas. Eso descontando las decenas de poemas circunstanciales que, en español, inglés y francés, urdí y lancé al mundo. Los amigos me decían que era un negocio fructífero. Había uno que escribía sobre autores cubanos, una vez que despertaba el interés proponía el envío de libros siempre que se comprometieran a su debida retribución. Los compraba en cubano y traducía al dólar, nuevo idioma universal. Su tasa de cambio era personal y lucrativa. «Alguno podría morderte —me decía—, pero lo que ganas con los otros libros da para suplir las pérdidas». Otro escribía a las emisoras pidiendo esos *souvenirs* con que estas conquistan audiencia. Le enviaban gallardetes, bolígrafos, blocs de papel, cassetes y hasta pulóveres. Luego él los vendía en dólares y así tenía su ganancia.

Yo escribía con un amplio margen de opciones, incluyendo las ya verificadas por la práctica que es el criterio de la verdad, Marx *dixit*. Además, cuando tenía cierta confianza les decía que les enviaría mi currículo vital, por si aparecía alguien a quien le interesaran mis servicios profesionales. O sea, profesor de inglés, traductor, profesor de español, escritor, revisor de tesis, editor, o cualquier disciplina conexa. Con esa versatilidad —entiéndase multioficio— que nos caracteriza.

Los amigos que tuve por carta parecían no querer libros e incluso ser más pobres que yo, pues solicitaban siempre en términos que dejaban ver que no pensaban pagar. Y las universidades y centros docentes parecían no serles accesibles. Nunca tenían a quien hacer llegar mis currículos. ¡Cómo he perdido tiempo y papel, Dios mío! Ahora haciendo este balance es que caigo en la cuenta.

Las emisoras siempre fueron roñosas conmigo. Me mandaban distintivos, folletos de divulgación, postales, alguna vez un calendario, cosas que no tenían salida. Ni mi amigo el profesional, a quien se las proponía dejándole alguna ganancia, pensaba que se vendieran. Me las pasaba esperando como el coronel de García Márquez. A mí tampoco me llegó el ascenso. Y cuando aparecía algo atractivo, una agenda (esa necesidad cubana) o un libro de

vistas, alguien de la familia se enamoraba de ellos y adiós negocio. Aún se ven por casa algunas postales y folletos como prueba de la ignominia. Sigo escuchando las emisoras, pero jamás los programas de correspondencia.

Mi trabajo en la Universidad tenía una gran ventaja. Uno debía relacionarse con extranjeros. Como he dicho, al principio no me programaban para ir a los hoteles. Pero un buen día llegó el deshielo. Creo que fue porque eran muchos los estudiantes de práctica y no alcanzaban los profesores. Necesidad obliga. Entonces pude acudir a esos lugares tan distantes aunque están ahí mismo, distantes y distintos. Los propios alumnos me presentaban a los amigos que hacían. Así fui conociendo a esa gente milagrosa, los extranjeros. Como imaginarán, alguna pacotilla cayó en mi portafolio: una camisa de uso, un pulóver, una gorra de beisbol, algún bolígrafo; lo que acogí con humildad y gratitud (también de grato). A veces acompañaba a estos extraterrestres por la ciudad. O ellos, al conocerme, querían venir a mi casa. Los que me veían pensaban que estaba boyante. Se me acercaban unos a venderme cosas, otros a proponerme negocios donde podría tener tajadas de verde jugo. Nunca los rechacé ni deshice su imaginación. Pensé que los más defraudados serían ellos. No hay que matar la imaginación, el deseo de inventar historias o, como dicen ahora, creerse cosas.

Los que alquilaban cuartos, los taxistas, los vendedores de artesanía, se me acercaban para que aprovechara mi cercanía de la plata dulce e intermediara por sus ofertas. Ellos me tocarían alegremente. Pero siempre he tenido la desgracia de los escrupulos. Estoy preso antes de cometer el crimen. No sé mentir. Cuando me escapaba, y mentía para defenderme, mi madre me presionaba: «Júralo por Dios». Ahí venía la tunda. Además, después de mirar a los ojos a una persona y cruzar con ella un par de palabras me es imposible engañarla. Cuando trataba a estos turistas, luego me parecía una traición que pagaran por algo una cantidad de la cual deduciría cierta cifra para mi bolsillo. Casi siempre, como nos hacíamos amigos, procedía a pedir que descontaran la parte de mi ganancia para que se sintieran mejor tratados. Aprendí algo mejor que en los libros de Marx: con escrupulos y sensibilidad afectiva no se puede hacer negocios. Pero también aprendí que de la honestidad salen las mejores

ganancias. Incluso pasé por la experiencia de madres que vinieron a verme («Como tú te relacionas con extranjeros», me decían, casi como diciendo que tenía a Dios sujeto de su billetera), para que les consiguiera un novio a sus hijas; hasta me dejaron fotos. No tenía fuerzas para desencantarlas, así que les decía como el médico que conversa con los familiares del enfermo terminal: «Vamos a ver qué se puede hacer». Créanmelo, por culpa mía esas pobres que confiaron en mi gestión siguen en espera. No tengo madera de Celestino.

Sin embargo, la suerte no me la dio el *bisnes*, ni las relaciones en la playa, ni la correspondencia ecuménica. La fortuna me la trajo, *believe it or not*, el Período Especial. Un día llevaron a un grupo de canadienses a mi clase de literatura inglesa. No fue una distinción o reconocimiento; simplemente, a la hora en que llegaron era el único profesor que daba clases. Había que salir del aprieto. Los trajeron, se sentaron, oyeron la clase y, al final, pidieron unos minutos para hacer preguntas. Preguntaron precisamente por el Período Especial. Los alumnos, por timidez, falta de confianza o indiferencia, o las tres cosas, no fueron muy elocuentes, así que tuve que dar la cara. Fui honesto, hablé de nuestras dificultades, pero también de nuestras ventajas y virtudes. Sobre todo la de sobreponer la vida, la voluntad y el deseo de vivir a cualquier angustia metafísica. Ni Schopenhauer ni Sartre podrían nacer en Cuba. Aquí nacían la mujer de Antonio, la Engañadora, Papá Montero, Yarini, Juan Quinquín, el Guayabero.

Se me acercaron muchos al terminar. Nuevos y generosos amigos nacieron ese día. Sobre todo Renate, una berlinesa aplastada en Canadá. Se hizo no solo mi amiga, sino un miembro de mi familia. Vino a mi casa y compartió en ella oscuridades, escaseces y vicisitudes. Pero nos ayudó a paliar lo peor de ese período. Sobre todo nos dio ánimo y esperanza. Relataba los días difíciles de Berlín después de la Segunda Guerra Mundial y toda dificultad parecía minimez. Renate fue la verdadera luz al final del túnel. Así que esta otra cosa aprendí: en todas partes hay gente buena. Los justos, esos que salvarán el mundo, a decir de Borges.

Ahora, cuando escribo estas líneas, siento pavor al mirar hacia atrás y ver todo lo que hemos atravesado. Sobre todo, porque

no tengo la certeza de que todo haya pasado. Hasta donde yo sé, nadie ha decretado el fin del Período Especial. O quizás pase como al principio, que tampoco se anunció. Tal vez sea mejor así, que nos demos cuenta de que hemos atravesado por entre Caribdis y Escila cuando ya estemos en la orilla segura. Este tiempo ha sido duro, quizás más de lo que podemos percarnos, cada cual inmerso en su propia aventura de sobrevivir. Creo que nos ha dejado algunas bondades. En primer lugar, sin darnos cuenta le dimos el tiro de gracia a la libreta de productos industriales⁴ (¿recuerdan aquellos cuadritos, si coges calzoncillos no llevas medias, si compras cepillo de dientes no compras talco?), tampoco nadie anunció su defunción.

Otra ganancia fue la de no recostarnos a nadie en específico, ni americanos ni rusos, sino tratar de hacer por nuestros propios medios. Finalmente, he aprendido que al cubano nada ni nadie lo aniquila, que es capaz de salir airoso de las más peliagudas tragedias y calamidades gracias a su inventiva, su humor y su disposición para la vida.

En lo personal, merecio de haber navegado con decoro y, además, haber terminado tres libros de poesía. Yo que me había iniciado en el cuento y el ensayo, al parecer por el poco tiempo y tal vez por el tono epopéyico de estos años, me adentré en la poesía. Tal vez cuando pase todo podré ensayar y vivir del cuento.

Uno no debe lamentarse nunca de lo vivido, pues es esa —buena, regular o mala— la única existencia que tenemos. En una pésima película, Bruce Willis dice una buena frase: «Es mejor una mala vida que la mejor de las muertes» (lo que demuestra que no hay nada tan malo que no dé algo bueno). Sí me duele no haber transitado antes este Período Especial. Quizás hubiera madurado más pronto, hubiera visto la vida con esta mirada desinhibida más temprano, y estaría desde entonces mejor preparado para lidiar con ella. Pero hay que decir como una vieja comadrona que conocí y que pasó etapas siniestras: «Que me quiten lo bailao...», aunque lo hayamos hecho con un mal tumbao, digo yo.

⁴ Libreta de Productos Industriales: Libreta de control de ventas, a través de cupones, de diferentes artículos normados como ropa, uniformes de escuela, zapatos y otros.

Figuras del naufragio

Lourdes González Herrero
(Holguín, 1952)

Recuerdo que un día, al aproximarme a mi casa, vi a varias personas entrando en ella, otras se paraban a mirar con curiosidad. No tuve dudas de que algo terrible estaba sucediendo; me puse tan nerviosa que no sabía si avanzar o retroceder. Pero seguí caminando lentamente hasta asomarme con espanto al portal y ver en él a mi madre mostrándoles mis libros y revistas a desconocidos, que pagaban, los adquirían y pasaban frente a mí llevándoselos.

Ese fue solo el comienzo de las pérdidas. En menos de quince días, mi pequeña biblioteca desapareció, y mi madre comenzó entonces a comprar para revender. Ponerse a hacer comercio quien toda su vida había sido compradora fue un asunto harto espinoso.

Era el año de 1995. Los tres —mi madre, mi hijo y yo— nos habíamos transformado: en la imagen exterior aparecíamos delgados y mustios, en la interior estábamos desesperados. Las largas horas de sol que ella pasaba en el portal vendiendo libros nos afectaban a todos, y, además, no surtían el efecto económico deseado. Vendimos también todos los objetos que no eran imprescindibles. Creo que a partir de esa época tengo una noción exacta de ciertas palabras, entre ellas sobresale *indispensabilidad*. Mi hijo no entendía muy bien lo que pasaba, pero al menos supo que sería inútil preguntarnos, porque nosotras, las personas mayores, no le íbamos a poder contestar.

Cada noche yo especulaba; tenía que encontrar alguna técnica alquímica que nos sacara del túnel en el que mi casa se convertía. Y se me ocurrieron muchas cosas: tumbar los cocos del árbol emblemático para, después de un proceso fatigante, crear jabones con su manteca; cambiar una bombonera por un puerco: Marco Aurelio, al que até al lavamanos que arrancó una triste madrugada; alquilar una de las habitaciones a un pintor

delirante que nunca dormía; vender dos puertas; jugar con un anciano generoso; participar en rifas inventadas en el barrio para, con suerte, ganarme un jabón por un peso. En esos años que van desde 1993 hasta 1995, jamás me di el lujo de pensar en la literatura, creo que hasta me parecía una enajenación innecesaria para un espíritu acosado como el mío.

Una tarde de finales de 1995, un escritor que había sido mi compañero, llegó a mi casa-túnel con una propuesta: «Vamos a hacer una paladar,¹ tú pones la casa y la fuerza de trabajo, y yo pongo el capital». Me quedé un rato en silencio, no porque estuviera pensando, sino porque no podía pensar. ¿Una paladar?, ¿en mi casa? Pero a la media hora ya yo sabía que esa era la solución, y me di a la ardua tarea de convencer a mi madre, que después de ofrecer media hora más de resistencia, dijo: «Está bien». Claro, ella no sabía aún cuánto iba a trabajar en ese proyecto que aquella tarde solo se trazaba.

Lo inauguramos el día 5 de diciembre de 1995. Se llamó Paradiso. Nosotras éramos sus esclavas. Cada día de cada mes de cada año comenzábamos a trabajar a las 6 AM y terminábamos a las 6 AM. No recuerdo haber dormido más de dos horas, y siempre alternas, si una dormía era porque la otra estaba despierta.

En Paradiso conocí a prostitutas, hombres que se vendían al mejor postor, proxenetas, vividores, rentadores, guapos, borrachos, vendedores, ladrones, mercachifles, extranjeros, locos, toda una casta non casta. Aunque de vez en cuando tenía clientes agradables que solo discutían por la música. Seguí todo ese largo tiempo editando libros, pues no tenía ninguna seguridad en el futuro del restaurante. La vida me dio la razón, y me alegro, porque aquel trabajo llevado por dos o tres personas era casi inhumano, sobre todo teniendo en cuenta que nosotras jamás habíamos pensado ser gastronómicas. Pero comimos. Y eso era entonces lo necesario. Comer para sobrevivir, comer para resistir, comer y dejar de saquear la casa.

En octubre de 1996, durante dieciséis días, me coloqué los audífonos de una *walkman* que reproducía la música «Equinoccio» de Jarré, y mientras preguntaba e informaba: «¿Qué

¹ Paladar: Restaurantes privados, llamados así por una popular telenovela brasileña.

desea comer? Hay bisté de cerdo, congrí...», escribí *Papeles de un naufragio*. Un homenaje a la abnegación de mi madre, a mi tesón, a la vida, que me había permitido alcanzar una técnica alquímica que nos impidió seguir vendiendo nuestra herencia materna: la casa.

Mantuvimos Paradiso hasta junio de 1998, y cerramos no por voluntad propia; pero cuando escuchamos una de las músicas que allí se oían, o cuando algo nos devuelve a ese tiempo, nuestros corazones laten desordenadamente y sentimos una profunda aversión. Fue un sacrificio que el paso de los años convierte en un recuerdo difícil.

Si tuviera que confesar públicamente qué ganamos en este naufragio, diría que un libro, y el hoy. Añadiría que pagamos por ambos un precio muy alto, tanto, que ya no podríamos volverlos a obtener. Esta noche en que escribo unas líneas para un amigo, miro las paredes humedecidas, las ventanas despintadas, el portal de mi niñez, los altos muros que nos separan de los vecinos, las puertas que aún se abren, y siento una extraña sensación de apego por todo lo que salvamos del naufragio.

Mi madre se mece frente al televisor. Mi hijo ve *21 gramos*. Ha tornado la calma. Por ahora no será necesario que me inquiete buscando una nueva forma de estar en la vida.

Mi pequeño premio

Laldi Fernández de Juan
(La Habana, 1961)

Una de las mayores satisfacciones que tengo en la vida es la poca memoria que conservan mis hijos de aquellos años en que parecía que nos hundíamos, y en los que estuvimos flotando al paro durante mucho tiempo. El desespero de los primeros momentos no me dejaba ver con claridad, no me permitía calcular la gravedad de los sucesos. Alimentar a mis hijos cada día se convirtió en una obsesión que no me abandona.

Todavía hoy, cuando son casi adultos, cuando ya la urgencia ha pasado y no es tan perentoria la necesidad de apertrecharse de comida, les preparo meriendas que puedan estar fuera del frío, ando por la calle con un bolso por si aparece de pronto un pedazo de dulce o una barra de pan fresco y, antes de dormir, repaso mentalmente qué les tengo de comida para la mañana siguiente.

Aunque nada sea comparable a los días duros de la gran incertidumbre, una de las marcas que me queda es la angustiosa persecución de todo aquello que fuera comestible para mis hijos. La comprobación de hasta dónde había llegado en el intento de garantizar el alimento diario me llegó de golpe, una sofocante noche de agosto en que mi mejor amigo se apareció en casa en medio de un apagón, con la noticia de que tenía una conocida que le permitiría entrar con un acompañante en un restaurante de primera categoría, abonando en moneda nacional el costo de lo que se consumiera.

Yo fui su elegida, y luego de dormir a los niños abanicándolos con periódicos, los dejé bajo la vigilancia de mi madre, quien atinó a introducir varias bolsas en mi cartera, de modo que pudiera transportar comida hacia la casa. El restaurante en cuestión estaba situado lejos de nuestro barrio, razón por la cual mi amigo había desempolvado su carro, detenido durante varios meses por falta de combustible, y con él me esperaba en la entrada de mi jardín. Sin tiempo para averiguar cómo había conseguido esa oportunidad (no se hacían preguntas entre adultos), partimos él y yo.

No habíamos recorrido media cuadra cuando el carro, lanzando bufidos que provocaban que saltáramos en los asientos, amenazó con frustrar nuestro bien intencionado viaje hacia un paraíso desconocido. «Conseguí un poco de kerosén y con eso hay que llegar y luego regresar», dijo mi amigo ante la inquisidora mirada que no pude evitar.

Porque Dios protege a los inocentes, según dicen, el plan funcionó a las mil maravillas. Dando brincos y asustados llegamos a un salón insólitamente iluminado, con exquisito aire frío que olía a condimentos ya olvidados. Mi amigo y yo no dábamos crédito a tanto lujo.

Lejos de animarnos ante la magnificencia que contemplábamos, sentimos una tristeza imposible de argumentar. No obstante, cada uno de los manjares que nos sirvieron fue a parar con agilidad de águila a los bolsos que mi madre me había dado. Ni mi amigo ni yo probamos bocado. Una culpa injustificada nos impidió disfrutar de esos fugaces instantes de bienestar, y tan subrepticiamente como habíamos llegado, nos fuimos. Con nuevos brincos del carro, rebelde ante el simulacro de combustible que lo obligaba a rodar por calles apagadas, regresamos al calor del barrio. Los niños se habían despertado empapados de sudor, mi madre estaba cansada de abanicarlos, y mentí diciendo que había comido hasta hartarme.

Los pedazos de pan, de pollo, de pasteles que celosamente retiré del restaurante, fueron devorados por ellos mientras yo los observaba. Me quedé con hambre, pero con la rara sensación de haber regresado al sitio a donde pertenecía. De una forma retorcida, me sentí mejor cuando estuve otra vez sufriendo el terrible y pegajoso calor de esa noche de agosto.

Como solo disponíamos de escasas horas con servicio eléctrico y casi todas las noches se pasaban en completa penumbra, el miedo habitual de los niños ante la oscuridad cobraba dimensiones insospechadas. Fue entonces que se me ocurrió el juego de los fantasmas buenos. «¿Dónde están?», preguntaban los niños, y recorriámos juntos las habitaciones, saludando en voz alta a los visitantes. «¿Por qué no podemos verlos?». «Es debido a que son tímidos, es de noche y no quieren que los veamos», les decía yo intentando disimular.

Supongo que de esas largas sesiones de preguntas (¿Por qué hay tanto calor? ¿Cuándo llegará la luz otra vez? ¿Por qué a

veces hay agua fría y otras no? ¿Por qué no paseamos en carro? ¿Por qué no hacemos una fiesta?), y debido a la edad de mis hijos (ambos menores de siete años), preguntar se convirtió en un hábito que más allá de la curiosidad considerada normal, reflejaba los cuestionamientos de todos, y mi incapacidad de adulta para responderles.

Luego de algunos esfuerzos, había logrado completar la colección maravillosa de los libros que me ayudaron en la niñez, en esos momentos en que los adultos no disponen de tiempo para satisfacer las infinitas dudas que corresponden a los primeros años de vida. Me refiero a *El tesoro de la juventud*, verdadera joya de la que nadie habla en la actualidad.

Suponía que esos textos me iban a aliviar la responsabilidad de dar respuestas veraces a mis hijos, y que, de ser posible, incluso me ahorrarían por completo tan engoroso deber. Sin embargo, fue inútil. No solo porque las interrogantes que me hacían constantemente en nada se relacionaban con las sabias explicaciones que brindan los tomos de esa colección, sino porque mis hijos carecían de habilidad para encontrar respuestas a través de la lectura, habida cuenta la poca edad que tenían entonces.

Los adultos, por otra parte, andábamos siempre apurados, aprovechando los escasos momentos de luz eléctrica, y el tiempo apenas alcanzaba para cumplir las obligaciones inherentes al hogar. Así, actos cotidianos como lavar, planchar, limpiar y fregar, además de haber sido transformados (los jabones y detergentes de vegetales, las escobas de plástico obtenido luego del derretimiento de cosas inimaginables no son materia de mi conocimiento, ya que me limitaba a conseguirlos una vez hechos), ocupaban la mayor parte del tiempo que quedaba libre luego del arduo proceso de conseguir el alimento básico.

Una de las preguntas que más temía era «¿quién inventó....?». Porque podía ser el vidrio, el telescopio, el reloj de arena o la ducha. Otra era la clásica ¿por qué? de la que esperaba cualquier cosa, por muy disparatada que fuera: ¿Por qué los lobos tienen venas? ¿Por qué los delfines están tristes? ¿Por qué se enrosca el cable del teléfono? ¿Por qué los fantasmas salen de noche, por qué se tapan con sábanas y por qué si son blancas no los podemos ver?

Fue entonces que se me ocurrió darles el nombre de alguien a quien designé responsable de cuanto invento existe en el mun-

do: Juana Pérez. La contundencia de mi respuesta los mantuvo apaciguados durante un tiempo en que me sentí profanadora, espantosamente mal, sabiendo el daño que les estaba provocando, pero sin mayores opciones a mi alcance. Una de dos: o abandonaba el vertiginoso proceso de lograr la supervivencia biológica de mis hijos para dedicarme a la educación cultural de ellos, o hacía lo contrario. Obviamente, escogí el primero de esos dos caminos: el de la comida, y mentí para ganar tiempo.

¿Tiene esta mentira relación con el momento que vivíamos? Creo que sí. En otras circunstancias, habría dispuesto de paciencia, de lecturas adecuadas, amenas e instructivas y de mi memoria para enseñarlos adecuadamente. La vida es una constante elección, y los preferí nutridos y sanos confiando en que ya habría momento para corregir los baches que les provocaba a través de la omnipotente y eterna Juana Pérez. Esta señora vino a salvarme; era más capaz y sabia que Dios todopoderoso.

De repente, Juana Pérez había inventado el café, descubierto la Osa Mayor, configurado las estructuras de los aviones, de los cohetes, de los trasatlánticos, había viajado en dirigibles, diseñado escopetas, creado el rock and roll y pisado la luna luego de bailar alrededor de Saturno. Era la dueña del espacio aéreo, del marítimo y del terrestre. Poco a poco, pasó a cumplir otras funciones: Juana Pérez quitaba y ponía la luz, Juana Pérez decía que los niños deben acostarse temprano para que no les salgan ojeras, que no deben sentir miedo en la oscuridad, que deben comerse toda la comida aunque tenga sabor a cartón mojado; afirmaba que no es bueno añorar cosas materiales como zapatos con brillos, esos que suenan y se alumbran al caminar ya que es un desperdicio.

Exageré las genialidades de esa dama, y los niños, poco instruidos, pero listos, empezaron poco a poco a dudar. Fue entonces cuando apareció la familia de Juana Pérez. «¿Quién inventó que los tiovivos dieran vueltas en el parque? ¿También Juana Pérez?», preguntaron una mañana, cuando llegué a casa más muerta que viva con un saco de mangos pequeños y fuera de temporada. «Carlos Pérez», les dije. «¿Y quién es ese señor?», quisieron saber mis hijos. «El primo de Juana Pérez».

—¿Y por qué los monos tienen el culo rojo?

—Porque así se los dibujó Anacleto.

—¿Y quién es Anacleto?

- El sobrino de Juana Pérez.
- ¿Y desde cuándo en el Polo Norte hay frío?
- Desde que estuvo allí Pancracia, la cuñada de Juana Pérez.
- ¿Cuándo iremos al Acuario?
- Cuando nos avise Antonio.
- ¿Quién es Antonio?
- El abuelo de Juana Pérez.
- ¿Por qué la niña de enfrente masca chicle?
- Porque se los regala Nancy Pérez, hermana de Juana Pérez.
- ¿Por qué el niño de la esquina tiene bate y pelota nueva y nosotros no?
- Porque se los trajo Mauricio Pérez, cuñado de Juana.
- ¿Cuándo volverá la luz?
- Cuando la ponga Esperanza.
- ¿Y quién es ella?
- La prima de Juana Pérez.

Todo esto sucedía mientras yo ordenaba la casa, preparaba la comida, habilitaba los dormitorios, y me sumergía en compras, ventas, trueques y malabarismos que, de tan comunes, fueron la cotidianidad, la rutina, el día a día que caracterizó al período del que hablamos. Después, cogida en falta, pero perdonada (espero), descubrí el terrible hecho de no ser creíble.

Mis hijos abandonaron la costumbre de perseguirme con preguntas, y un buen día los sorprendí hojeando las páginas de *El tesoro de la juventud*. Siempre en las mañanas, con luz, y antes de que llegara el momento de los fantasmas amables, buscaron respuestas en las mismas narraciones que yo. Habían crecido un poco, ya sabían de mis mentiras, y empezaban a verme con la mirada misericordiosa, a través de la cual solemos compadecer a quienes no saben mucho.

Juana Pérez desapareció de nuestras vidas. Yo sigo necesitándola a ratos, lo confieso. Pero nadie que no sea yo misma pregunta cómo es posible que los carros pasen el túnel de La Habana por debajo de la bahía, cómo se establece la comunicación a través de teléfonos inalámbricos, cómo funcionan los imanes, y por qué el gas comprimido en balones es más caro que la corriente eléctrica. Sería bueno ampliar la descendencia y el poder de la mujer que me ayudó por más de cinco años. Pero en la vida real sigo priorizando otras tareas.

La noche cayendo sobre Centro Habana

Odette Alonso Yodú
(Santiago de Cuba, 1964)

En 1991, yo trabajaba en la Casa del Joven Creador nacional, en la Avenida del Puerto, en La Habana. Cada día recibíamos unas cajitas de cartón con el almuerzo, pero solo mandaban la mitad o menos de cajitas, por lo cual solo podían almorzar algunos trabajadores.

Nunca voy a olvidar cómo los funcionarios nacionales y poetas un tanto reconocidos que éramos nos turnábamos para llevarnos a casa para cenar las sobras de los que comían ese día. Te imaginarás: un poquito de arroz, un huesito de algo, un pedacito de vianda. Como *homeless* hurgando en la basura. Ese es uno de mis recuerdos más indignos, pero no el único.

Recuerdo también los días en que un té negro en el desayuno y uno en la noche, al regresar del trabajo, era lo único que comía. Recuerdo que un arroz amarillo con granos de maíz fue lo único que comimos durante días porque no había otra cosa. Recuerdo los *bistés de toronja* que hizo un par de veces mi hermana.

Recuerdo una tardecita, en medio de un apagón, con la noche cayendo sobre Centro Habana, en que teníamos tanta hambre y no había nada qué comer, que Sigfredo Ariel y yo salimos a buscar una botella de una cosa que vendían clandestinamente como ron, y que costó 120 pesos, la mitad de lo que ganaba entonces un profesional. Recuerdo también, cómo olvidarlo, que cuando cada uno podía conseguir o aportar algún ingrediente, nos reuníamos en casa de Soleida Ríos o de Teresa Melo y hacíamos un arroz con cosa, que devorábamos.

Recuerdo una psiquiatra del Hospital Ameijeiras que, después de plantearle la situación de silencio provocada por el contexto opresivo a mi capacidad creativa, y la falta de perspectivas y de esperanzas, me dijo: «Eso lo pensamos todos, pero no se te ocurra decirlo por ahí». Recuerdo cuando dejaron de circular todas las revistas artísticas y literarias del país, con el pretexto de la falta de papel.

Recuerdo cuando prohibieron las exposiciones de artes plásticas del proyecto Castillo de la Fuerza, y cuando las patrullas esperaban a Carlos Varela al final de los conciertos para llevárselo detenido. Recuerdo, aunque no estuviera allí físicamente, cuando a María Elena Cruz Varela le hicieron tragarse sus poemas.

Recuerdo, en pleno verano, las 36 horas seguidas sin electricidad que echaron a perder lo poco que quedaba en el refrigerador. Recuerdo perfectamente el sabor de la cerveza de pipa. Recuerdo los taxis turísticos, con sus vidrios polarizados y sus aires acondicionados, pasando como una bofetada delante de las paradas llenas de gente, a pleno sol o a plena madrugada.

Recuerdo las tiendas para turistas que tenían, en dólares, todo lo que nosotros no podíamos tener. Y recuerdo cómo murió mi papá, abandonado, ante la desesperación de mi madre y mi hermana, sin una ambulancia que lo pudiera auxiliar, sin que ningún médico quisiera proporcionarle la más mínima atención, aliviarle el dolor, hacerle la muerte menos jodida, menos miserable.

Pero al hablar del Período Especial, creo que no hay que perder de vista que, si bien en ese tiempo todo se recrudeció al extremo, antes no vivíamos en la panacea. Porque yo no recuerdo que, al menos en mi familia, a mi alrededor, pudiéramos elegir, por ejemplo, entre dos marcas de desodorante o de champú, o entre dos tipos de refresco.

Muchas veces ni siquiera había desodorante y teníamos que usar leche de magnesia o bicarbonato; detergente o jabón para lavar el pelo, y limón para acondicionarlo. Teníamos una sola muda de ropa «de salir» y, si acaso, un par más para el diario, y esa ropa la heredaba yo a mi hermana menor y luego ella a mi mamá, que por darnos a nosotras lo poco que podía, nunca se compraba nada para ella.

Recuerdo que el agua solo llegaba a la casa cada tres días, y que hubo temporada de meses en que había que cargarla de las pipas. Recuerdo que en el dentista no te ponían anestesia y había que aguantar como un caballo.

Yo nunca tuve una decisión de irme de Cuba; eso nunca fue un plan para mí, como sí lo era para otros amigos. Cuando me invitaron a México no tenía una idea prefijada de lo que pasaría. Aquí supe que la vida es otra cosa, que los horizontes sí eran alcanzables, que no había por qué renunciar a la dignidad más elemental, y entonces decidí quedarme.

El entrenamiento de los cubanos

Ernesto Peña
(Santa Clara, 1976)

Año 93. Llevaba casi 400 pesos en el bolsillo, dispuesto a pagar un pan con lo que fuera, al precio que fuera. Todos los merenderos sin oferta. Pasaba frente al cine Camilo Cienfuegos, en Santa Clara, y desde allí vi que el merendero Villa Clara tenía una tablilla puesta. Corrí, quizás quedara un solo pan. Al llegar, decía: «No hay agua».

Por ese tiempo necesité retratarme y fui a un local que hoy es una agencia de viajes. Por la escasez, se tiraba una sola foto a dos personas. Me tocó retratarme con un negrón enorme. «Péguense más», dijo el fotógrafo. El negrón se me arrimó, pero yo estaba tan flaco y desnutrido que me fui para un lado. El tipo me dijo: «Ponte duro, asere, a ver si terminamos esto».

Yo practicaba ajedrez, y en el año 94 se celebró el AJEDUNI, un torneo de ajedrez que se celebraba en la Universidad Central todos los años. Un argentino participante se quejaba de un apagón de dieciséis horas y de otras molestias. «Desde que llegamos —decía el argentino—, hemos tenido contratiempos. No hay agua en el hotel y cuando hay no sube a la habitación en la que tampoco tenemos espejo, la comida no es variada, y ahora estos cortes de luz todos los días...». Corzo, un amigo cubano, le contesta: «Oye, Facundo, aquí todo el mundo está igual, yo estoy igual que tú». «No, vos no estás igual —le respondió el argentino—, vos tenés un entrenamiento, los cubanos tienen un entrenamiento».

Cuando la libra de arroz estuvo a treinta y cinco pesos, la carne de puerco a sesenta, la de harina de maíz a diecisiete y un dólar a ciento cincuenta, unos conocidos míos que cazaban gatos, y hasta perros, por las noches, recibieron una remesa y adquirieron unas libras de arroz «para hacer un banquete».

Uno de los socios comía sin parar y decía con la boca llena de arroz: «Qué rico, compadre, qué rico, a esto lo único que le falta es un gatico». Esa noche no pudieron cazar ni un gatico ni un perrito: los habían exterminado.

Oscuras aceitunas

Laura Ruiz
(Matanzas, 1966)

*Para A. J. P.
Para María Elena Blanco*

Desde que llegó a la sala de espera del aeropuerto, se convirtió en algo nulo. Dejó de existir. La sala de espera de un aeropuerto es como la de un hospital. Empezó a ser paciente-viajera que transpiraba y temblaba de frío al unísono. Se palpaba viva, tangible y se sentía, a la vez, muerta, ausente, vacía.

Desde muchas horas antes de llegar a la sala de espera del avión-hospital, no se alimentaba, no bebía, ni masticaba. No se atrevía. La Pálida prefiere que nada, ni siquiera una migajita de pan se interponga entre ella y lo otro.

Lo otro, la Pálida aún no sabe lo que es, ni desde qué esquina, agazapado, la sorprenderá. Si comiera algo estaría en peligro esa zona inclasificable que está debajo del alma. Cuando el médico desde la puerta llamara: "Pasajeros con destino a... favor de dirigirse a la puerta número..." entonces el bocado comenzaría a latir febrilmente, galoparía. Saltaría y ocuparía espacio en el alma. La paciente viajera ya no podría mirar la vida con los mismos ojos. No se mira igual con el alma llena de migajas de pan que con el alma libre. Con el alma llena de migajas de pan se dormita. Con el alma libre se sueña París, Ámsterdam, Bruselas, Viena, Madrid...

Mientras la Pálida subía al avión, la ansiedad iba cediendo y comenzó a sentir hambre. Cada avance en la escalerilla era un vacío mayor en la boca, en la garganta del estómago. Pero bastó que se sentara y reclinara levemente el asiento para que el hambre desapareciera. Cerró los ojos y alcanzó un estado de quietud inigualable. Es la ataraxia. No frío, no calor. No ruidos, no silencio. No hambre. Nada. Todo...

Durante el vuelo todo cambió. La comida del avión no se parecía a nada. La Pálida se asustó: ¿será que ha olvidado en todos estos

años el color, la textura, el sabor de las comidas? Justamente ahí comenzó el juego:

—Lo de color rosa, seguramente —piensa la Pálida— habrá de tener un sabor dulce, noble y casi prohibido, como saben las mejillas de *las muchachas en flor*. Lo verde sí lo conoce. Lo verde tendrá sabor a campo fresco después de lluvia caída. En cambio lo negro debe ser un error. Desde siempre supo, sus abuelos le enseñaron, que la comida no puede ser negra. Si hay algo negro habrá que llamar al personal de a bordo, supone la Pálida.

Pero no, mejor no hacer ruidos para no llamar la atención. Apartó lo negro, lo malo, y pudo continuar. Después de todo, lo negro es solo algo redondo, pequeño, insignificante. Y quizás sólo sea, realmente, una mancha que la Pálida, cansada, no alcanzó a ver bien.

La Pálida viaja sola y sin dinero. Fuertes razones para decidir comerlo todo sin dudar. Partió los bocados y los llevó a la boca des-pa-cio:

Lo de color rosa primero. La muchacha ante todo. Lozana, limpia. Pero las muchachas, a veces, son capaces de ser diferentes. Totalmente diferentes a como la Pálida imagina. La comida de color rosa no es dulce, sino salada y la suavidad habría sido, tal vez, un atributo de la juventud de la muchacha-bocado que ahora es madera, granito, piedra sin nobleza.

Lo verde sí es el campo conocido, la hierba palpada, masticada, rumiada, otras veces. Pero aparece sin lluvia. Estas hierbas no tienen lluvia. No es que estén secas pero les falta la humedad de la Isla.

Todo es diferente, inimaginado. La Pálida nunca había pensado en la posibilidad de que alguna vez la comida pudiera estar en su contra y le rompiera sus ilusiones, su utopía de alimentación, su ideal de hartazgo. Pero no piensa más allá.

La Pálida duerme, a veces abre los ojos y mira hacia donde miran todos: las nubes, los canales de Europa debajo. Canales rectos ante la mirada de la Pálida que no comprende la rectitud y ama la sinuosidad de los ríos de la Isla.

El viaje va acabando. Se escapan las horas por entre los dedos de la Pálida que bebe un jugo de naranja Porque vaya donde vaya el jugo de naranja ya no depara sorpresa. Puede ser mejor o peor pero hace tiempo dejó de ser sorprendente. Y eso es todo.

Aterriza el avión y la Pálida se pregunta cuántos aterrizajes soportarán esas gomas antes de dañarse. Quizás solo uno, quizás más. Y esa difícil e ineludible pregunta le ocupa todo el tiempo que demora en la Aduana, el Control Policial y el *Nada que declarar*.

Cuando la Pálida sale del aeropuerto algo grande le aprieta dentro. Un soplo de aire frío le traspasa la espalda y el pecho. Pero muy pronto se siente protegida, amparada por el insustituible abrazo de la Lejana. La Pálida vive la irrealidad; la Lejana la sobrevive. Se miran a los ojos, apenas un segundo, para reconocerse hondo y luego la Lejana pasándole a la Pálida el brazo sobre los hombros habla por fin para preguntarle: *¿Quieres comer algo?*

La comida es entonces lazo, puente. La comida es la tercera persona que armoniza y neutraliza, que acalla ruidos. La comida va apartando las piedras. Es soporte, sostén, ayuda.

La Lejana quiere comer al gusto, al ritmo de la Pálida. A la Pálida le da igual. La Pálida sólo quiere mirar a la Lejana y saber... La Lejana solo quiere mirar a la Pálida y saber... La comida antes era unión, salvación. Ahora quieren apartarla, echarla a un lado. Mirarse por encima de ella. La Pálida y la Lejana no ven la comida. Sólo se ven a sí mismas.

La Pálida ha dejado de sentir hambre. Piensa, cree, está segura de no haber sentido ganas de comer nunca antes. Se descubre, de repente, satisfecha de sus comidas, de su alimentación, de los sabores diarios, del rito iniciático que presupone comer en la Isla. La Pálida echa de menos, eso sí, la porción redondita y negra de la comida del avión. Ahora le vendría bien. Tendría el bocado entre los dientes, lo apretaría hasta mantener bajo control sus deseos de llorar.

La Lejana comienza a descubrir nuevos colores en las mejillas de la Pálida. Hay un extraño brillo en la mirada de la Pálida que quisiera la Lejana tener en la suya.

La comida va quedando a un lado. La comida fue reunión, concilio. Ha cumplido su misión. Ahora yace en paz. Fragmentada y abandonada. Pálida y lejana.

Sobre los pedazos de comida esparcidos en un mantel al que empiezan a salirle algunas manchas, la Pálida y la Lejana, están. Juntas. Sentadas a la misma mesa. Sin comer nada.

Viena, 1998

La levedad de los endemoniados

Víctor Hugo
(Nuevitas, 1979)

Los psicólogos comentan en voz baja y como con nostalgia que la adolescencia es una compleja etapa de internalización de símbolos, que define la futura personalidad del individuo como ser social, y que las imágenes que nuestra cabeza interpreta, acondiciona y compara son más intensas en este espacio de tiempo. Yo no sé, supongo que todo es muy científico, pero muy alejado de lo cotidiano, de lo cercano a nuestras miserias.

Mi adolescencia fue un fracaso, al menos para los demás, no para mí; y es verdad que ciertos lemas, ciertos aullidos solitarios y eyaculaciones precoces han influido en mi personalidad actual. Les temo a los rincones oscuros, a las mujeres fáciles y a los espejos; a estos no porque me dupliquen o alguien haya dicho que la paternidad y ellos son abominables. Ni siquiera les temo a esos espejos íntimos que reflejan la carita alegre dispuesta al sacrificio de la pintura, ni la boca abierta al rito matinal del cepillo de cerdas gastadas. Recelo de esos espejos públicos que toman nuestra imagen en la calle, a esos espejos improvisados que nos invitan a pasar a través de ellos, a nosotros, melancólicos imitadores de Alicia, que miramos el País de las Maravillas como despiertos.

Es hora de decir que me refiero a las vidrieras de las tiendas, pero entre nosotros los llamaremos espejos, porque así los llamé cuando mis padres me enviaron a estudiar, en 1993, a San Fernando de Nuevitas, la bella. Lo primero fue la angustia. Mucho tiempo después, frente a un texto de Kierkegaard, pensé que los rostros demacrados de los nueviteros habían sido un claro mensaje para el adolescente lleno de acné que yo era. Esos espejos, que eran vecinos míos, iban a toda hora a casa en busca de un puñado de azúcar, o un poco de aceite de coco para freír una chopitas cagonas que Sadiel había pescado en el Palacio de Pioneros, antiguo orgullo de todos, y ahora un lugar vacío.

Nuevitas no existía, era una ciudad de Período Especial en tiempo de paz, aunque ni yo, ni mi tía, ni los vecinos entendíamos esta denominación. Parecía una de esa ciudades descritas en los textos de historia que han sido abandonadas por sus habitantes que huían de la guerra, la peste o la hambruna.

Algunos letreros escritos en caracteres cirílicos nos recordaban unos Ladas en extinción, las conservas búlgaras y la katiusha.

Yo vivía en una cuartería, y en una ocasión nos vendieron un conejo, lo pusimos a descongelar con el júbilo en nuestras caras y estómagos. Un rato después veíamos que la cabeza del conejo caía al fregadero como cortada del cuerpo por una cimitarra, nada, que era un ser monstruoso: mitad gato, mitad conejo.

Creo que de alguna extraña manera los cubanos quedamos así, mitad personas, mitad esa otra cosa que no podemos definir (ni los psicólogos), pero que apoyaba las manos en las vidrieras de las tiendas de ropa, productos comestibles, electrodomésticos del mundo capitalista, tan lejanos de nuestros dedos como la felicidad que se escapaba rauda. Y yo me sentaba frente a la casa de mi tía a almorzar agua de azúcar y pan mojado en agua de azúcar, y veía el desfile de carretillas con refrigeradores, ropa de abuelita, joyas de la colonia, ventiladores Sputnik con destino a La Oriental, San Miguel o Camalote, para el trueque por gallinas, puercos o viandas.

A eso le debo mi *Enciclopedia hispanoamericana ilustrada*; uno de mis conocidos, un estudioso de Quevedo y Góngora, en un impulso (yo diría en un día sin comer) me la cambió por el cerdito que yo criaba para mi cumpleaños. «Qué comemierda es este muchacho —dijo mi tía—, mira que cambiar un puerco tan lindo por esa cantidad de papel, polvo y polillas.

Al lado de mi secundaria Amistad Cubano-Checa estaba la plaza donde ponían música todos los días. También traían jabones, lo vendían a cincuenta pesos; en una ocasión, mi tía compró una decena de esos jabones de sosa que quemaban la piel, y cuando los fui a cortar para echarlos en la lavadora me di cuenta de que por dentro eran pedazos de madera, solo la superficie era de sosa.

Algunas personas desaparecían, las malas lenguas afirmaban que se iban para el Norte, para una vida mejor, pero el secreto me lo dijo la viejecita que vendía colaítas de café en la esquina: «No creas eso, mijo, eso lo dice el gobierno para justificarse, pero

se los llevan presos y los matan, de allí sacan la carne para las hamburguesas que venden en El Cuarentiña».¹ Nunca más las probé, aunque no comiera nada más en todo el día.

Por esos tiempos no llovía y pasaban los predicadores anunciando el fin del mundo, y que me convirtiera, que todavía podía ser salvo.

Las manos se despegaban de los cristales con resignación, pero allí quedaban las marcas, blancos testigos del deseo insatisfecho, de la nausea, la gula, la perdida de fe.

Existen otras historias como las cáscaras de plátanos fritas como chicharrones, y las hojas de la mata de yuca en ensalada, con limón y sal, pero ya están escritas en el imaginario colectivo.

Al Período Especial le debo también la colección *Octubre*, que alguien iba a quemar, mi conocimiento de Chapáev, Shólojov, Babel, la mencionada *Enciclopedia* que será en breve verdaderamente polvo y polillas, y el miedo a los espejos.

Alguien me dijo después que lo terrible no es morir, sino la agonía, y eso fueron los años 90 para mí: la angustia de un adolescente con el rostro lleno de asombro y de acné, y las manos flacas y sucias, muy sucias, marcadas en todas las vitrinas de la ciudad.

¹ El Cuarentiña: nombre popular dado, de forma satírica, a un barcafetería de Nuevitas, por un personaje de una telenovela brasileña.

Como si el corazón del capitalismo estuviese allí

Francis Sánchez
(Ceballos, Ciego de Ávila, 1968)

Nunca conocí lo que se dice un colchón de rosas. Es cierto que ahora mismo me comparo con mucha otra gente, y sí, noto una estabilidad y una seguridad en nuestra familia, que dista de la realidad de la mayoría. La seguridad a que me refiero quiere decir una casa de mampostería que no se cuartea cuando llueve, empleo más o menos estable, computadora con correo electrónico, dos hijos sanos y —hablando lechuzamente— hermosos... Pero el Período Especial también ha pasado y pasa sobre nuestros cuerpecitos.

Cuando conocí a Ileana yo vendía tapas de litro de leche de casa en casa para sobrevivir. Lo hacía escondido, era algo ilegal, estábamos en los primeros años de la década de los 90 y todavía mucha gente mostraba una actitud hostil hacia toda forma de ganarse la vida que se apartase del control del Estado y de las leyes, por lo que, en más de una ocasión, tuve que salir corriendo de alguna casa después de ofrecer una tapita; llamaban a la policía o me gritaban para desmoralizarme ante el resto de los vecinos y dejar claro que allí no se les compraba nada a particulares: «merolicos», decía la gente con desprecio.

Yo vivía en Ceballos —un pueblo pequeño a unos quince kilómetros de la ciudad de Ciego de Ávila—, o más exactamente en el barrio de La Cooperativa, en el límite entre Ceballos y los naranjales, con mi mamá, que estaba casada con un guajiro cooperativista. Siempre evitaba hacer mi venta ambulante dentro del mismo pueblo; me iba a otros municipios de la provincia, sobre todo a la ciudad cabecera. El provecho de la cooperativa nunca pasaba de algunas viandas a la semana y un litro de leche diario, por lo que el plato de cada día era un fufú que cambiaba de color según predominase la papa, el plátano, la malanga o la yuca. Estaba cansado de sudar la gota gorda, de pasar sustos y

también de que me explotaran aquellos a los que les compraba la mercancía al por mayor.

Había gente que se dedicaba a traer mercancías, en grandes cantidades, desde otras provincias, y nos las pasaban a nosotros, los vendedores. Debo consolarme con la idea de que yo era un poeta, para no decir que fui un inútil que siempre se dejó engañar, y siempre salió trasquilado. No sabía en lo absoluto regatear, pujar, esas virtudes del negociante por cuenta propia. Siempre el tipo me convencía de que era mi amigo, de que me estaba ayudando, etc., y me hacía la conciencia de que podía ganar apenas unos kilos, y al final siempre acababa debiéndoles dinero a mis contratistas ocasionales.

Hasta que convencí a mi hermano Félix, también escritor, para construir una «máquina de plástico» —como le decíamos a los aparatos artesanales con que se fabricaban cientos de objetos plásticos que se vendían por la calle— y montar un negocio familiar; convertirnos en productores. Nuestro padre era mecánico, y con nuestro estímulo y la sabiduría del viejo lo logramos. Fue una odisea tremenda.

No obstante, seguí vendiendo de puerta en puerta, eso daba más. Por ejemplo, yo iba al municipio de Pina cada sábado a cursar la Facultad Obrero Campesina, y junto con las libretas llevaba una mochila de mercancías, así que por el mediodía, al terminar las clases, salía a caminar de casa en casa hasta que me cogiera la noche, vendiendo hebillitas de pelo para las niñas, paquetes de rolos, tapas de pomos...

Pusimos la flamante máquina en casa del viejo, y nos turnábamos para trabajar. Félix venía desde la ciudad todas las mañanas en el tren, temprano se ponía a halar la palanca y meter y sacar los moldes. Recuerdo que él vivía aterrorizado por la idea de que lo descubrieran en aquel complot. La maquinita tenía que mantenerse oculta de los ojos de curiosos; a nadie conocido podíamos comentar nuestro invento, era como usar una bomba casera. Vivíamos como si el corazón del capitalismo estuviese allí, a nuestro cuidado, en el cuarto de atrás.

Las discusiones fraternales con mis «socios», versaban sobre si sería ético trabajar para hacer mucho dinero, «acumular riquezas», o debíamos concentrarnos solo en sacar el sustento diario. Aunque ese tema me parecía neurálgico solo en la medida

en que dejaba ver hasta qué punto unas personas con hambre podían carecer de libertad interior y estar condicionadas para no rebasar su misma hambre, de tanto discutir terminaba siempre sintiéndome sucio por el simple deseo de ganar dinero para algo más que gastarlo en comida. Y a nuestro padre no había forma de hacerle entender que un revolto plástico —salían cuatro de una sola inyección, en un segundo— debía venderse en cinco pesos, él no se había dado cuenta de la llegada del Período Especial, o no quería darse cuenta.

Pude dedicar parte de los fondos para algunos lujos, como comprarle una bata de casa con vuelos a mi mamá, quien desde hacía tiempo vivía avergonzada porque no tenía con qué sentarse en el sillón del portal, o comprarle un par de botas enormes a un liniero de la planta eléctrica, montañesas, que ya no se romperían tan fácilmente como los tenis de las shopping. Mis grandes botas, por aquél entonces me ganaron el epíteto de «El leñador» entre los amigos.

Cuando nos hicimos novios, Ileana dibujaba maracas para el esposo de su hermana, quien tenía una contrata como artesano con el Fondo de Bienes Culturales, y vendía en los recién abiertos hoteles de Cayo Coco. Su negocio era mejor, daba más dinero, se corría menos peligros; además, yo estaba cansado de luchar con la forma de pensar de mi papá y mi hermano, así que les dejé el negocio del plástico, y me puse con Ileana a dibujar maracas.

Cuando nos casamos por lo civil, sin trajes y sin luna de miel, en la tienda de los matrimonios nos dieron derecho a una horilla de carbón, una camisa de mangas largas con rayitas, y un blúmer que incluso a las dos suegras juntas les quedaba grande. Ella vino a vivir conmigo a casa de mi mamá, en Ceballos, y nos convertimos en fabricantes de maracas. Trabajábamos para comer y para ahorrar peso a peso, con el sueño de algún día comprarnos un cuartico en la ciudad. ¡Ay, Matamoros, sabrías tú hacer maracas! Los palitos se los comprábamos por cantidades a un carpintero. Las güiras y las semillitas yo las buscaba por ahí, por todas partes. Caminé ciudades como Ciego y Morón, e infinidad de pueblos y bateyes, mirando por arriba de los techos en busca de los gajos inconfundibles de las matas de güira, como lanzas. Pagaba cada fruto a peso, haciendo el cuento de que alguien enfermo necesitaba un jarabe, porque si se enteraban

que era para artesanía querían cobrarme caro. Entre Ileana y yo les abríamos los huecos, les sacábamos la tripa, las lijábamos una vez que estuvieran secas, y por último las dibujábamos con un pirograbador. Algunos pintores amigos, que tenían permiso para vender en los hoteles, nos compraban la mercancía a una tercera parte del precio de venta.

Primero Ileana empezó a sufrir alergia al ácido de las tripas de las güiras, luego resultó que mis dibujos tuvieron buena acomodada, me hice famoso en el giro por combinar el pirograbado y el calado sobre la cáscara seca de las güiras —aunque en realidad de esa forma solo evitaba lijar, la parte más odiosa del trabajo en serie—, lo que concluyó en que me quedara solo a cargo de las maracas, e Ileana se concentrara en manejar la cocina de la casa y en cumplir con su centro laboral, la Dirección Provincial de Cultura, para no perder la esperanza de contar al menos con un retiro cuando fuéramos viejitos.

Todo era angustia. Apenas conseguíamos mejorar un poco nuestra dieta, tener aceite para cocinar, ropa interior, jabón para bañarnos y cosas así, además de ahorrar algo. Pero hasta guardar dinero era un dolor de cabeza, corrían rumores de que iban a cambiar la moneda y todo el mundo iba a quedar en cero.

La naturaleza también se sumó al bloqueo del enemigo. Perdí mis botas, mi calzado seguro de mañanas, tardes y noches, cuando les parecieron apropiadas a los valientes hombres de una brigada de salvamento que entraron una vez en la casa para salvar a mi mamá en medio de una inundación. Ese golpe de agua fue como si alguien pasase una raya roja subrayando definitivamente mi sentimiento de abandono y desolación en medio de aquellos años, para que nunca vaya a confundirme y tener otros recuerdos.

Ileana y yo habíamos ido a una Jornada de la Poesía Cubana en Sancti Spíritus, y cuando llegamos frente a la casa nos encontramos con la escena dantesca: arbustos aplastados, basura incrustada en las paredes, y mami, llorando, tendía los libros en la calle para que se secaran al sol. Se había roto el dique de una presa cercana, la masa de agua había descendido por la cañada y en cuestión de segundos nuestro barrio había quedado bajo una nata de fango y excrementos. Poner los libros al sol no ayudó mucho, se echaron a perder casi todos.

A la semana, alguien pasó haciendo un listado de pérdidas; dijeron que nos iban a resarcir. Yo puse en la lista: televisor, refrigerador, colchones, y estuve tentado de anotar los libros y también las botas que me robaron, pero hubiera sido inútil, parecería una broma, y estaba convencido, como efectivamente ocurrió, de que nunca íbamos a recuperar nada. La crecida, en fin de cuentas, solo alcanzó a unas cuantas familias de los límites de un pequeño poblado, y la noticia de que una presa mal hecha había cedido a la lluvia nunca apareció en la prensa. Lo único que obtuvimos fue un derecho a comprar sin hacer cola en un comedor público.

¿Si aplazamos sueños...? Tantos sueños, en la misma medida que tan grandes y tantas eran nuestras ansias como jóvenes, escritores y recién casados. Yo, en particular, pasé mucho tiempo sin escribir, y leía muy poco, tenía que andar detrás de los quilos, me puse flaco como una hoja de guinea. Entre la desesperación y la tragicomedia se movían las ilusiones de unos poetas de provincia entrampados en aquellas miserias, y para entenderlo así me basta con recordar que fue por esa época cuando un grupo de amigos hicimos un pacto, un poco en broma, un poco en serio: el primer día del siglo XXI nos reuniríamos bajo la torre Eiffel —de llegar hasta allí, claro, dábamos por descontado el resto del éxito de nuestras vidas— o, en caso contrario, quien faltara a la cita tendría que hallarse entonces completamente fuera del mundo, por cualquier vía digna, por perecer en el intento o suicidado.

Varios salieron de viaje y anduvieron cerca, pero no creo que nadie haya acudido a la cita, ni nadie, hasta donde sé, intentó suicidarse. Achaco nuestro fracaso a la confusión que de pronto se armó en el mundo con que si el nuevo siglo empezaba en el 2000 o en el 2001. Hubo mucha discrepancia en ese detalle.

Seguí tratando de esquivar los palos de la vida. El turismo, como se sabe, tiene temporadas bajas y altas. De pronto, las maracas no se vendían en tiempo muerto, había que buscar formas alternativas. Me sumé a las oleadas de gente de la ciudad que recorrían los campos cambiando ropa vieja y cacharros por comida. Entonces descubrí un verdadero filón: al sur de la provincia de Sancti Spíritus existían grandes arroceras, y aquella gente te daba un jarro de arroz por cualquier cosa: un par de medias, una vasija plástica... Conclusión: empecé a traer sacos

de arroz desde el sur del Jíbaro, y lo vendíamos en la casa. Un día buscaba, y al otro día vendíamos.

Viajaba cogiendo botellas. Salía por la madrugada, cerca del mediodía llegaba a lo más intrincado del Jíbaro —mientras más lejos, más baratos los precios—, rápido compraba o cambiaba, y después volvía siempre con un quintal al hombro, pasando de carretas a camiones, guaguas, lo que parara, sudando litros y oliendo a rayo encendido, por terraplenes y caminos apartados, huyendo siempre de la policía que te decomisaba cualquier carga.

Las amas de casa de Ceballos se movilizaban con jajas cuando aparecía un cartelito ingenuo en una ventana de nuestra casa: «Hay arroz». Ganábamos como cuatro pesos en cada libra. Pero tuve que dejar de ir al Jíbaro después de que un día, entre tacitas de café, me puse a conversar demasiado amigablemente con una familia, sobre el tema favorito de entonces, es decir, las mismas penurias puestas de moda por el Período Especial, y toqué el punto de la muerte reciente de mi padrastro y, en medio del clima de confianza, no me di cuenta y seguí de largo, y conté cómo mi mamá se había visto en la necesidad de entregarme la ropa y todas las cosas del difunto para que las cambiase. «¿Un muerto?», dijo el hombre de la casa, y de pronto todos se miraron como si hubieran descubierto veneno en el café. Había metido la pata. A ellos mismos yo les había cambiado unas mudas de ropa. Dije que eso no tenía nada que ver —«¿verdad que ustedes no son supersticiosos, verdad...?»—, dije que tenía que irme, y salí casi corriendo.

Aquel comentario se regó entre los guajiros de la zona, según me trasmítieron después otros colegas, y, en fin, no fui más al Jíbaro, aunque durante un tiempo seguí viajando para lo mismo hasta un lugar que le dicen La Tomatera, perdido en la geografía abstrusa de Camagüey.

Muchos otros malabares ensayé, de ninguno salí ilesa. Por ejemplo, corté hierba en los naranjales para vendérsela a los cocheros de la ciudad. Parecía una empresa rentable, solo debía poner a sudar mi cuerpo, la hierba se regalaba ella sola por kilómetros, húmeda, verdecita. Pagué a un tractorista para llevar los haces de hierba hasta la casa de la mamá de Ileana en el barrio de Chincha Coja. Fue cuando me convencí de que

cualquier forma de ganarse la vida es una ciencia, incluso vender hierba para caballos. No es lo mismo la Hierba de Guinea que la de Pandora, la San Carlos, o la Lechosa, y será decisiva la hora en que cortes, cómo amarres los haces, cómo transportes, etc. Se quejaban los cocheros, el tractorista creía que se merecía una fortuna, para colmo alguien de la Cooperativa dijo que seguro yo me dedicaba a traficar otras cosas bajo la hierba, quizás gallinas, o naranjas... y casi voy preso.

El fin del Período Especial es como el fin del milenio, no sabría dónde ubicarlo, si en alguno de los días que he vivido o en los que me quedan por delante. Creo que la presión sobre nosotros empezó a aflojar solo cuando Ileana y yo nos casamos por la Iglesia, y un gran amigo, a quien no debo mencionar aquí, casi un santo, se apiadó de nosotros, nos hizo un buen regalo de bodas, y pudimos mudarnos a esta ciudad que Reynaldo González un día bautizó como Ciego del Ánima.

Caótico, contradictorio, demorado, difícil

Caridad Atencio
(La Habana, 1963)

Estábamos trabajando para un cetro: un jabón de lavar Batey seco, opaco, con la apariencia de una mínima caja de muerto. Valía 50 pesos. Con mi salario compraba uno cada mes, mi madre con sus ingresos —la jubilación de mi padre y algunos escarceos— otro, la abuela de mi compañero alguno más.

Era 1991, y tras quedar embarazada, había decidido que ahora sí, que ahora sí iba a nacer ese ser que había soñado, y perdido con cordura, a pesar de que él advertía que el tiempo nos sobraba. Me daba miedo que los jabones se echaran a perder, crearan moho, fueran como pedazos de madera, luego inútiles. Pero los fui guardando envueltos en periódicos para el gran día.

Así fueron aquellos años, de muchas penurias y también muchas ilusiones, algo que no hemos perdido y nunca perderemos. Tengo un colega, algo serio y de tono docto al hablar, que dice que vivimos el año veintiuno del Período Especial. Para él, ese concepto eufemístico no ha terminado.

Recuerdo las terribles complicaciones del transporte, tanto, que muchas veces estábamos en la parada como leones esperando una presa. No importa hacia dónde fuera la guagua, ni su tipo. La abordábamos, y luego si acaso preguntábamos hasta qué sitio llegaba. Este método, por supuesto, siempre tuvo detractores; por ejemplo, en la persona de mi compañero, iluso y lógico poeta. Decía: «Cómo si voy para El Vedado tengo que ir primero a Guanabacoa». Lo que se emparenta con otra frase famosa suya sobre el esparcimiento en tiempos tan duros y, por supuesto, anteriores: «Voy al Malecón y al Coppelia contigo, qué romántico, pero si luego tengo que venir enganchado en la 22, ya se me olvidó todo». Todo era así: caótico, contradictorio, demorado, difícil.

El día que se me presentó el parto por ruptura prematura de la fuente —no por dolores intensos—, pasó algo parecido. Fuimos

a la parada. Eran las siete de la mañana. De pronto vino una guagua Girón y la abordé rápidamente, incluso me senté, a causa de mi gran barriga. Rito, mi esposo, se montó después. Cuando la guagua echó a andar sentimos un alivio, y luego preguntamos: «¿Para dónde va? Iba para la CUJAE,¹ y Maternidad Obrera queda en sentido contrario. Nada, que tuvimos que bajarnos unas paradas más adelante entre la mucha gente, soportando la mala cara del iluso-lógico futuro padre, y volver al Guaguabol² de turno.

Años después, regresar a mi casa del trabajo también se volvía una odisea. Había que esperar a las seis y treinta una guagua que venía e iba para La Lisa, y en ese interín entre cinco y seis y treinta un grupo de desconocidos nos hacíamos las historias más grandiosas: compartí con actores, trabajadoras de la FMC³ nacional, cuentapropistas que limpiaban señoriales casas en El Vedado, secretarías aburridas de sus vidas, jóvenes que, entre otras cosas, escribían poesía, tarrudos románticos, el copón divino.

Lo del alimento también tiene sus sucesos, aunque recuerdo siempre haber comido algo. Somos una familia muy unida, como me dijo una vez otro escritor, a pesar de que por las peleas e incidentes yo pensaba que no lo éramos tanto. Una colega me decía: «Lo que importa son los valores que tenga esa familia, los principios, no importa si estudiaron o no, si son obreros o universitarios, lo que importa es su dignidad». La verdad es que éramos uno en eso de procurar el alimento. En los peores momentos, siempre hubo arroz y frijoles colorados, unos frijoles grandes que por el barrio de Ismael González Castañer llamaban «rompeculos», y boniato, o congrí de frijoles colorados con el respectivo boniato hervido.

Me veo aún con la niña de meses en el coche, y con Rito, luego de la comida, en el paseo diario de ir a «rellenarnos» con el

¹ CUJAE: Ciudad Universitaria José Antonio Echevarría, al sur de La Habana.

² Guaguabol: Juego de palabras entre guagua y fútbol, tomado de un texto humorístico, para referirse a las carreras, golpes, empujones, etc., que hay que dar para viajar en ómnibus.

³ FMC: Federación de Mujeres Cubanas.

famoso helado de agua que vendían: algo entre el granizado y la contextura del helado, siempre de toronja, o de naranja en raras ocasiones. Había que apurarse pues se acababa antes de las ocho de la noche. Una de esas veces, cuando íbamos por el Anfiteatro de Mariana, todavía con el sol afuera, me encontré cien pesos, eran cinco billetes de veinte: la fortuna mayor que me he encontrado en mi vida, regados en el pavimento entre cuatro esquinas, por las que no se veía ni un alma.

Estas precariedades hicieron también sus estragos en la moda. Por ejemplo, las mujeres no usaban zapatos, sino tenis de cuatro ojetes, poliéster y variados colores que costaban ciento cincuenta pesos. Y con ellos uno iba lo mismo a trabajar que a una fiesta.

Fue el tiempo ignominioso y aplicado de la cría de puercos. Llegamos a tener una señora puerca paridora, que era la idea fija más recurrente de Rito: donde quiera que fuera, en la bicicleta, por supuesto, a casa de un amigo, a alguna actividad, tenía que exclamar a las tres de la tarde: «¡Ay, la puerca!». Y salir volado a pensar qué darle, o buscarle la comida y limpiar el corral. Los puerquitos valían mil quinientos pesos y se vendían como pan caliente, pero a qué precio material y emocional.

Se llegó incluso a criar conejos y gallinas, y se creó algo que nuestro amigo poeta Ismael González Castañer denominó «Patio Inglés». Delirantes poetas y seres que fuimos y somos todos, los que escriben y los que no. Con nuestras soluciones debajo de la manga y los enigmas, como entonces, con nuestros sueños, en una realidad que sigue siendo surrealista.

El emplazamiento y la concentración

(Al iniciar los años 90)

Alberto Garrandés
(La Habana, 1960)

Poco antes de que el muro de Berlín fuera derribado, Ezequiel Vieta y yo andábamos muy metidos en el «caso» *Pailock*, su novela-artefacto —toda novela lo es, solo que algunas son legítimamente exhibicionistas y otras no—, y apenas comprendíamos, incluso tras leer *Novedades de Moscú*, qué estaba sucediendo, ni cómo iba el mundo a modificarse en tan corto tiempo. En realidad, cuando uno percibe que el mundo está a punto de cambiar, lo que en verdad ocurre es que *ya ha cambiado*. Poco después, me escapé de los círculos viciosos del Instituto de Literatura y Lingüística, y me fui a trabajar a un proyecto fresco: la extinta Fundación Pablo Milanés. Mientras intervenía, de manera intensa, en la preparación de los números de la revista *Proposiciones*, junto a Idalia Morejón, Víctor Águila y Jorge Luis Arcos, nació mi hijo, el 25 de octubre de 1993.

Todo era muy caótico en aquella época —en Cuba, como bien se conoce, las épocas se suceden unas a otras con enorme rapidez y con una marcada estratificación—, pero había signos bastante precisos. Recuerdo, entre otros, aquel singular homenaje a la revista *Orígenes* y al grupo homónimo, realizado en Casa de las Américas. Ya entonces estaba naciendo otra literatura en Cuba, otra manera de mirar la realidad nacional, la tradición, la historia, los iconos culturales; otra manera de ver el fenómeno histórico y al mismo tiempo vigente de la Revolución. Estábamos en medio del llamado Período Especial, se decía que íbamos a entrar en una fase distinta de la vida nacional —ni más pobre ni menos: tan solo distinta—, y, sin embargo, ya existía una crisis económica que nos vapuleaba a casi todos.

La palabra crisis está, en sus orígenes, vinculada a dos conceptos: enjuiciamiento y decisión.

Y entonces llegaron los dólares.

Alimentar a una mujer embarazada cuando la economía de un país está desmoronándose se convierte en una de las responsabilidades más perentorias que existen. Por suerte, compartíamos ambos una vida casi gremial, en familia —numerosa familia—, y yo, el tipo-raro-escritor-en-cierres —solo había publicado algunos artículos y un librito titulado *Walkman*—, me hallé de pronto respaldado por personas que creyeron desde el principio en esa labor de machacar, hora tras hora, todos los días, papeles y más papeles en una máquina de escribir alemana, debidamente grande y pesada, que metía un ruido horrible. Me veían escribir, con lápices marca Batabanó, en fichas de papel horizontales —yo mismo, en un arranque de obstinación frente al desbarajuste, las había cortado con medida idéntica a las que usaba Vladimir Nabokov, que sigue siendo uno de mis capitanes literarios—, y luego pasaba el contenido en limpio, en la máquina de escribir, y allí mismo introducía cambios y mejoraba la prosa. La computadora, mi 486, llegaría a fines de 1997.

La conmemoración de los cincuenta años de *Orígenes* debió de haber sido, supongo, un acto de confirmación de una zona de la cultura cubana, una zona tocada por lo espiritual «ecumenista» y que, en ciertos aspectos, era congruente con lo que estábamos experimentando durante el inicio del Período Especial. Si había «pobreza», esta debía ser «irradiante», y si había que salvar (o salvaguardar) algo, la Cultura iría en primer lugar, porque ella era el alma de la nación y, al cabo, de la ínsula... La poesía como reconocimiento, la visceralidad de la patria, los referentes decimonónicos de nacionalidad, independencia y soberanía... ¿Y acaso no pasaba, por esos mismos tópicos, la intelección de la galaxia *Orígenes*? Claro que sí. Por allí pasaba. Sin embargo, una zona del enjuiciamiento/homenaje de *Orígenes* retomó, a mi modo de ver, la vieja querella con *Ciclón* —actualizada entonces dentro de un ámbito sociocultural convulsivo— y el consenso no se produjo. No hubo consenso. No todos estuvimos de acuerdo con volver a la galaxia *Orígenes* y reverenciarla. Había otros caminos. Los más jóvenes teníamos senderos distintos que recorrer. En definitiva, el siglo XXI estaba empezando. Y por adelantado.

Por aquellas fechas previas al diálogo sobre la célebre revista de José Lezama Lima, yo había terminando de escribir, y puesto en manos de los editores, dos libros: *La poética del límite*, que

apareció en 1993 y se refiere a los cuentos de Virgilio Piñera, y *Artificios*, una colección de tres cuentos largos —se publicó en 1994— que había ganado uno de los premios del concurso-colección Pinos Nuevos. Ya en ese momento redactaba el resultado de mi inmersión en las páginas de *Jardín*, la novela de Dulce María Loynaz. Me tomó siete meses: de septiembre de 1993 a marzo de 1994. Lo recuerdo bien porque fue el único regalo de cumpleaños que pude hacerle a mi esposa, en un tiempo donde el dinero escaseaba mucho y los dólares se negaban a aparecer. No le regalaba un libro —mi extraña versión de la novela de Loynaz—, sino una dedicatoria deliberadamente ambigua y en la que se encontraba una parte de mi yo, un fragmento de mi sensibilidad: *Para Elsa, mi jardín*.

Todo se limitaba al poderío de mi emplazamiento —en un territorio evanescente y sedimentario: la literatura más la familia— y al ímpetu de mi concentración, que se hacía visible en un ritmo de trabajo lleno de una gozosa tirantez y hasta hoy, por suerte, intacto. Mi capacidad de resistencia estaba allí. El mundo era adverso, las gentes se marchaban despavoridas —no hay más que recordar la crisis de los balseros— y el país languidecía.

Comprobamos que la pobreza no irradiaba. No había luz en ella. Ni en ninguna otra parte. Mi suegro, hombre tenaz y sereno, tenía una batería de camión que conectaba a una hilera de cables llenos de pequeños bombillos de 12 voltios. Con eso nos alumbrábamos por las noches. Y así la robotrónica máquina de escribir no dejaba de oírse. Yo había puesto una mesa, una banqueta redonda y un butacón en una especie de balcón interior que fue cerrado con ladrillos viejos. La mesa quedaba debajo de la escalera que conducía al interrumpido piso superior de la casa. Una escalera hacia la nada. Allí, a la luz de uno de esos bombillos, tecleaba y tecleaba.

Cierta vez, durante una tormenta espantosa que asoló los techos y alzó y puso a volar las tapas de los depósitos de agua, escuché sonidos leves en mi improvisado estudio. Cuando me asomé a él, vi una gotera muy generosa que había empapado mis papeles, la mesa y el suelo. Como en la construcción de la casa, detenida por falta de materiales, todavía faltaban detalles —las losas del piso, por ejemplo—, yo había conseguido una alfombra roja muy vieja que me permitía disimular esa carencia.

La alfombra, hinchada de agua, era la imagen de todo cuanto nos rodeaba.

Por allí pasaron el poeta y novelista Efraín Rodríguez —conversábamos sobre su primera novela, *La mujer sentada*, y recuerdo que almorzamos unos fantasmáticos tamales salidos del sombrero de algún mago—, el narrador y poeta Rolando Sánchez Mejías, el poeta Ricardo Alberto Pérez y algunos otros amigos. Acababa de salir, creo, la célebre antología de Salvador Redonet, *Los últimos serán los primeros*, y leíamos a Beckett, Genet, Deleuze, Blanchot y muchos otros. Rolando me traía un ejemplar de *Cinco piezas narrativas* —todavía no aparecían nuestros libros en la colección Pinos Nuevos—, y del sombrero del mago brotaron unas tostadas con mantequilla y unas tazas con cerelac —¿tendré que poner aquí una nota al pie, para explicar qué era el cerelac?— preparado con polvo de chocolate... Hubo una suerte de clamor. Todos dudábamos.

Cuando estaba terminando de escribir *Silencio y destino*, en aquellas fichas nabokovianas, mi hijo se enfermó y hubo que ingresararlo en el hospital. Era noviembre de 1993 y hacía mucho frío. Yo había pasado ya por el trance de cambiar pañales bajo la luz de un fósforo o un encendedor, pero luego del ingreso —que duró varios días—, tuve que lavar, hervir y planchar ropa, además de preparar tomas de leche y atender otros detalles. Todos los días. Mi esposa estaba con nuestro hijo en un cubículo de la sala de terapia intensiva. Los médicos habían decidido ponerlo en una cámara de oxígeno. Después de dejar las cosas en su sitio y darle un beso a mi hijo, salía, me sentaba en un banco de madera y pensaba en los bronquios de aquel niño que, a pesar de todo, no dejaba de sonreír. Y entonces, como un alucinado, sacaba mis fichas nabokovianas de una vieja mochila y, apoyado en un pupitre de hierro, junto a un elevador de carga de enfermos, regresaba a la escritura.

Cuando me sentí un ser ruin

Luis Cabrera Delgado
(Jarahueca, Sancti Spíritus, 1945)

Gracias a mi mala memoria, las experiencias para alimentar a mis padres y a mis dos hijos —uno becado en el Preuniversitario de Ciencias Exactas del Yabú, y el otro en la CUJAE, durante el mal llamado Período Especial de la década de los 90, se me han ido borrando, y las batallas en el mercado los días en que me tocaba comprar, los inventos culinarios a los que tuve que acudir, las interminables colas en cualquier sitio donde vendieran algo de comer, han ido quedando como una mala película que alguna vez vi y que no tuvo nada que ver conmigo, pues soy una persona pragmática y fría emocionalmente, pero recuerdo dos hechos particulares por su marcado cariz afectivo. En uno me sentí un ser vil y despreciable; en el otro, débil e indefenso.

Mi padre era hijo de una mambisa, así que él comía hasta piedras; pero mi madre, mujer fina y delicada, solo se alimentaba frugalmente de cosas exquisitas: pollo asado, platanitos de fruta, queso especialmente elaborado a su gusto... ¡Pobre madre mía!

A mi hijo mayor le tenía que proveer arroz y frijoles para que reforzara la comida del mes en la beca habanera. En una hornilla eléctrica, dentro del closet del dormitorio, él y la novia los cocinaban para ir sobreviviendo.

El domingo por la noche, mi otro hijo se llevaba comida preparada para dos días, pero el miércoles yo debía llegar al Yabú, a como fuera, para suministrárle con qué matar el hambre hasta el viernes por la tarde que llegaba a la casa como plaga de langostas africanas.

Pero voy a la primera experiencia que quiero contar. En la refresquera cercana a mi casa, vendían un jugo de naranja aguado, amargo y desabrido, pero muy apropiado en aquellos días para sustituir la leche de los desayunos; solo dos vasos, y había que hacer la larga cola una y otra vez hasta lograr llenar

un pomo. A veces también había panqué: uno por persona, pero el suministro era tan pobre, que no siempre se lograba alcanzar. Ese día, yo estaba al final de la cola, a media cuadra de la entrada al establecimiento cuando sentí el alboroto, pues alguien pretendía ponerse donde no le correspondía, y se lo querían evitar. Sin saber de quién se podía tratar, me uní a los alaridos de protesta hasta que se logró el objetivo deseado. Era una pre-adolescente desnutrida, ojerosa, mal vestida y con una cara de tristeza que partía el alma. Fue cuando me sentí un ser ruin, pues había contribuido a que sacaran de la cola a aquella infeliz niña, muerta de hambre. Solo podía remediar mi vileza dándole mi puesto cuando me llegara el turno de comprar, pero alguien se me adelantó, y entonces solo pude volverme defensor de aquella actitud ante los desalmados que insistían en que no la dejaran comprar un panqué y dos vasos de refresco para llevar a su casa. ¡Cuán inhumanos nos convierte la miseria!

El otro momento que recuerdo con tristeza tuvo el antecedente de que, en 1993, me invitaron a México; estuve trabajando unos quince días en la Secretaría de Educación del Estado de Chiapas, donde me dieron un tratamiento a cuerpo de rey, al que no estaba acostumbrado. Todos los días me llevaban de Tuxtla Gutiérrez, la capital, a diferentes ciudades para encontrarme con estudiantes. Estrené un *comby* con aire acondicionado que recién le habían asignado a la institución; me acompañaban dos funcionarios, en función mía, almorcábamos en buenos sitios y de regreso siempre nos deteníamos en lugares de interés turístico. En estos trayectos, veía a las mujeres de pueblos aborígenes caminando por los bordes de las carreteras cargadas como mulas. A los quince días de mi regreso, estalló la rebelión zapatista en los mismos sitios por los que yo había andado, y me pareció muy justa y necesaria.

Para poder ir a México, debí dejar suministros suficientes para mis padres e hijos, pero no hice más que regresar y tuve que salir a los campos de mi Cuba hermosa para trocar la ropa y zapatos que allá había comprado por granos, viandas, huevos y quizás algún pollo. Esa tarde, me ví caminando por el borde de la carretera de Encrucijada, cargado como un mulo con lo que había conseguido, sin saber cómo iba a llegar a Santa Clara. Me acordé de las mujeres chiapanecas, y como no podía hacer otra cosa, me senté a llorar de impotencia sobre una piedra.

Con cara de mexicano

Otilio Carvajal
(Ciego de Ávila, 1968)

Tener buena memoria es la cosa más horrible que existe. Ojalá y el mecanismo que domina mis recuerdos tuviera un sistema de descartes que incinerara algunos días, meses y años de mi vida. Descartarlos así, izas!, de un tirón, como mismo se descartó el campo socialista. Pero del monte ni un cuje. Mientras más lo deseo, más nítidos se reproducen los pasajes que quisiera olvidar. Todos ellos, sin excepción, ubicados entre la primavera de 1989 —fecha en la que por error me liberé de la protectora tiranía de mis padres— y el 6 de enero de 2005 —día del nacimiento de mi hijo.

En efecto, para mí el Período Especial duró quince años y tuvo muchos matices; no todos negros, también los hubo blancos, grises y carmelitas. Lo único que me consuela —¿será que ni para el sufrimiento dejaré de ser maldito?— es que la mayor parte de esos recuerdos, que intentaré penalizar con este testimonio, son bizcochos compartidos. Muy poco hubo de individual o privado en la Cuba de la Opción Cero.¹ Y es lógico que así fuera. Cuando el infortunio se hace notorio y colectivo, se van al demonio la discreción y la mesura. Más en «Cubita la bella» donde, si hay abundancia, todo el mundo quiere divulgar que es El Conde de Montecristi, y si pobreza, Juan Primito.

Tal vez para los amigos —muchos de ellos conocidos por ser gente que sale en los periódicos— a quienes Dios impuso la amarga experiencia de compartir conmigo aquellos bizcochos, hubo días peores. No lo sé y tampoco podría preguntarles y con-

¹ Opción Cero: Probabilidad, dada a conocer por los medios de comunicación masiva, de que la crisis económica que vivía el país tocara fondo y que hubiera que vivir sin combustible, electricidad y con una carencia aún mayor de alimentos. De llegar esa situación, estaba previsto crear cocinas colectivas en las cuadras y barrios.

seguir de ellos una respuesta sencilla y sincera. Es que hablar del Período Especial con su Opción Cero —cuando muchos ya no lo vivimos y nos sobrevino la medida—, puede convertirse en un ejercicio complejo.

La mayor parte de ese tiempo lo pasé en Ciego de Ávila. En los primeros años de los 90 me enmaridé con una poeta, cuyo nombre guardo en un cofrecito de alpaca con doble cerrojo y un triple cintillo de admiración, la que, además de escribir como los ángeles, era una luchadora empecinada. Por su tenacidad, pudimos sobrevivir once años en una guerra total contra el hambre y la sed y el miedo y la frustración y la desesperanza que intentaba colarse por todos los portillos del enorme y semi-derruido caserón.

Juntos perfilamos muchos negocios: por la mañana recogíamos recortes de esponja en los basureros de las talabarterías, que ella convertía en bellísimas brujas pintadas con colorantes. Los domingos las vendíamos en el zoológico. Los niños nos las arrebataban, porque entre otras muchísimas cosas eran los únicos juguetes que había en la ciudad.

Al mismo tiempo, fuimos vendedores de pulsos y esclavas, de todo tipo de antigüedades —a veces no tan antiguas—, que tanto un gordo de Camagüey como otro gordo de La Habana nos compraban por centavos. Pero en verdad, aunque parezca una locura, fue la literatura la que más dinero nos aportó. Ambos trabajábamos en el departamento de Extensión Universitaria del ISACA² y tras una investigación que hicimos sobre la mítica librería Daniel y Ruiz, decidimos retomar los pasos de aquellos famosos libreros. Necesitaría más energías para memorizar todos los detalles de aquella empresa. Aún me veo con una carretilla llena de libros viejos atravesando la ciudad de lado a lado, o con los ejemplares diseminados por el anchísimo portal de la casa marcada con el número 68 de la calle Maceo. Lo cierto es que el mucho esfuerzo se veía coronado con buenas ventas.

Realizábamos dos tipos de servicios: la venta diaria y la venta por encargo. De esta última me viene uno de esos recuerdos que quisiera incinerar. Como es de suponer, a cada delegación de extranjeros que visitaba la Universidad le ofertábamos la opción

² ISACA: Instituto Superior Agropecuario de Ciego de Ávila.

e adquirir libros por precios excesivamente bajos. Ya yo había realizado dos o tres ventas, principalmente a mexicanos que solían ser los fundamentales consortes del centro de estudios.

Aquel día —último que vendí un libro a un mexicano— llegó un muchacho a mi oficina, para encargarme un texto sobre mecanización agrícola. Sabía que entre los cientos de volúmenes de la librería no había ni uno solo que versara sobre el tema, pero de todas formas le dije que esa noche a la diez estaría allí con varios para que él escogiera. Aún no se había retirado cuando yo salté como un bólido hacia la ciudad, en busca del tesoro.

Desanduvimos, la poeta y yo, todo el día en busca de los libros y cerca de las nueve de la noche emprendí una caminata feroz, para vencer los más de diez kilómetros, que me separaban del cliente. Con la lengua afuera, llegué; sudado hasta las uñas, llegué; con cuatro joyas sobre el tema, llegué y saludé con orgullo de buen vendedor al muchacho. Él se tomó su tiempo. Ojeó y manoseó los libros. Me miró con cara de mexicano y yo lo miré con cara de este me está mirando con cara de mexicano. Entonces, de súbito, sin que tuviera tiempo de prepararme para la negociación, me dijo: «Te doy un dólar, un par de medias y tres lascas de pan por todos».

Fue la única vez en mi vida que se me entumecieron los ojos. Sentí tanta rabia y tantos deseos de estrangular a aquel infeliz que hasta el día de hoy no se me han extinguido. Le arrebaté los libros, le dije un par de cosas y eché a andar por el camino oscuro y silencioso que me llevaba de vuelta hacia la casa.

Frustrado, humillado y convencido de que debía planificar dos mil venganzas contra la literatura mexicana, entré en el Parque Central, me senté en un banco cualquiera y estuve a punto de llorar porque no conseguía desalojar la humillante imagen de las tres rodajas de pan que, doraditas y tibias, en confabulación con las tripas trepidantes, vencían mi única posesión: el orgullo.

Memoria de la niebla

(Invierno de 1994)

Alberto Edel Morales Fuentes
(Cabaiguán, 1961)

Está contando su propio día: un cielo gris y paredes grises junto al mar. Lo que antes fue: el mar, se retira de su escritura, y sobre los arrecifes de la próxima cuartilla aparece una mancha neblinosa de amarillo, rosado y verde: la ciudad, le sugiere el paso cansado de un gato al fondo. Pero vuelve el salitre del mar y borra la posible intensidad del color. Lo que antes fue: un gato, es en el párrafo final un hombre que regresa cansado de su día, deja el *blazer* sobre una silla cualquiera y escribe: *Memoria de la niebla*.

Va a contar un día gris, cualquiera de los días de su vida. La propia secuencia con que empieza a narrar la historia refiere el hastío del Autor, su cansancio, la lentitud de sus dedos sobre el teclado:

Sombras, polvo, tedio, viento, gestos, voces, fuga. El inspector observa la fila de personas que esperan y levanta los brazos, su expresión es de impotencia: nothing. Agotamiento que precede a la rajadura del árbol en el asfalto sucio. Sentado en la raíz y en medio de muchos, miro alejarse el ómnibus por la Calzada de Ayestarán.

Leo sin emoción: formas de la niebla y de la nada. Leo para que pase el tiempo: vacío de sentido. En realidad espero que aparezca una muchacha de amarillo, rosado o verde y camine desde el fondo neblinoso de la ciudad hasta esa esquina olvidada donde el Autor vive lo que escribirá después: El hastío.

Narra el hastío. Adivino esa intención en el gesto del inspector y en el rostro de los pasajeros que tratan de abordar el ómnibus, repleto de voces impacientes: *Out of bus/ nothing in especial*. Leo su *Memoria...* apagada, sin emoción, y espero a una muchacha

que no llega, un ómnibus que no vendrá, un día de colores más intensos.

Me digo: si el Autor fuese Senel Paz, Gumersindo Pacheco o Eric González Conde viviría otra vida y escribiría sobre otros temas: el amor, la amistad, la tolerancia, las aventuras de la niñez y la adolescencia. Su lenguaje sería de una transparencia clásica y chispeante, su tono más intenso, y los personajes —por muy jodidos que estuvieran— recordarían alguna anécdota simpática para atrapar al Lector. Yo leería emocionado su relato debajo de este árbol, tendría mi muchacha, olvidaría que hoy es un día tan gris como cualquiera de los días de mi vida.

Pero él estruja la realidad: no puedo ser ameno, y observa los detalles: el gesto del inspector, la rajadura del árbol, el ómnibus repleto de voces impacientes. Toma apuntes de todo eso: para la historia que escribiré después, y se va caminando por la Calzada de Ayestarán hacia el cansancio.

Contará esta historia: un cielo de polvo y paredes de polvo por toda la calle. Lo que antes fue: la luz, se disuelve en un espectro gelatinoso de palabras, y en el fango de la cuartilla siguiente azota un viento largo de improperios, laceraciones y frío: la ciudad, le anuncia el lumínico incompleto de un bar al frente. Pero vuelve la salpicadura del fango y apaga cualquier intensidad de la atmósfera. Lo que antes fue: un bar, es en la última oración una oficina donde entra cansado de su día, manosea documentos de tercera importancia y escribe en el borde superior derecho: Archivo.

Describe un día gris, cualquiera de los días de su vida: En otra jornada a través de la niebla, soy un extraño a mi propia labor. Leo una más de esas muertes diarias en las notas de sus reuniones de trabajo. Inclinado sobre el teclado de la Óptima, transcribe en la blancura del *bond*: La apatía, la ausencia de motivación, la falta de sistema. Tanta alienación castra la identidad de su ser. El poco oficio con que incorpora al lenguaje literario esos términos de oficina muestra el abandono en que ha quedado su condición de escritor:

*Premios (listado de)/ instituciones afines/ designación
lokuasa (documentar expediente) marzo homenajes biliusg/
institución-artista (relaciones) kultursemasa/ ausencia de
motivación/ merkuasa condición eskretiusg a mediano pla-*

zo// pérdida de litiusg/ en un sentido prosa genera palabras y tokuasa ambiente...

Acumulación de palabras en una oración sin sentido. El Autor muere durante ocho horas al día y ve cómo esa niebla va apagando, jornada tras jornada, la intensidad de su relato, la claridad de su *Memoria*...

Tomo notas de su imaginario muerto: Una muchacha vestida de verde se me acerca en la escalera: repetición de mi hastío en su sonrisa. *Nothing out of mí/ nothing in mí*. Bajo los escalones mientras él recuerda: Tuve una tarde con ella. Leo su recuerdo: Al otro lado de la bahía, el sol poniente sobre el mar y luego la luna, ella bailaba *Stairways to Heaven* en una explanada vacía. Imagino el reflejo de la luna —*litiusg* dentro de su pelo rojo—, el movimiento de su boca —labios que baja por mi cuerpo. Luna y labios. Ella succiona mi cuerpo y baila y baja hasta mi alma que sube, baila y se expande, succiona y sube conmigo hasta el cielo, junto a una orilla de rocas.

Pude ser feliz. Es una voz que se apaga en el tedio. A veces despierta en medio de la tarde e intenta retener las imágenes que su inconsciente le envía a través del sueño: una voz que murmura y se apaga. Pudo ser feliz, pero censura su más íntimo deseo: abandona el cálido portal donde los amigos viven otra vida y camina entre paredes de polvo. Inicia una descripción de la muchacha de verde y piensa que quizás tenga unas horas de sexo con ella: Otro día, en otras circunstancias. Pero nombra el cansancio, el peso de la niebla y la nada. Entra a una casa: café, enciende un cigarro, baila en la penumbra, se desnuda: Estamos solos hasta las seis, y besa su cuerpo rosado, la muerde sin música, se la tiembla en seco: De verde una, dos, tres veces: De amarillo se va, y regresa al polvo de la calle, fumándose el hastío de su vida.

Grisura del anochecer. Tomo notas al margen: está contando su muerte. Lentamente se pudre la ciudad y la vigilia del Autor es solo inercia, un ojo que contempla, sin aire y sin luz, el baile cansado de un gato sobre el muro: Dejo correr mi vida sobre el manuscrito. Hago apuntes: Escritura de los referentes de vida. El Autor narra su hastío, su alienación, la censura de su deseo, y muere. Cuando más allá de la Plaza intenta mirar a lo lejos, apenas ve la rajadura del árbol. Y la nada, iluminada: ¿Desea

un auto para usted, señor? Blanco o negro, azul o rojo, verde o amarillo: La nada, rosada.

Es la vía pública: un cielo cerrado, una silueta que pasa, un mar que espera. Me digo: Si todavía fuese un escritor de ficciones, describiría cómo ese hastío de sombras, esa fe gastada, esa lucidez de medianoche, precipitan el suicidio. Yo leería emocionado su relato y terminaría con mi vida de un pistoletazo, unas inyecciones o cualquier otra cosa.

Pero no escribirá ese final: Es demasiado intenso para una *Memoria*... de mis días. Camina junto al muro y escucha las voces de la niebla, el goteo de las vidas que se dejan ir en la lentitud de la madrugada: Ya no es posible escribir otra cosa: Nos decimos demasiado cansados: Eso es, demasiado sin fuerzas para imaginar otra muerte que no sea nuestra propia muerte.

Vida en la niebla, donde a veces se entrevé la nada, iluminada. El Autor contempla la ciudad y camina en el vacío: Se pudre sin remedio. Es solo un cuerpo que cubre la niebla: cansado, inerte, frío. Un muerto más que espera el alba en los arrecifes de la última cuartilla.

Hago esta lectura de su relato: los días de un fantasma que mira alrededor. Es una lectura incompleta, como las vidas que él está contando: su vida, mi vida, barridas por la niebla.

Leo su *Memoria*... en el camino a casa, la encuentro vacía y anoto: Regreso cansado de mi día, dejo el *blazer* sobre una silla cualquiera, limpio el teclado de la Óptima. Son mis apuntes para la historia que escribiré después: El relato, la vida, serán siempre incompletos. Selecciono una hoja de papel y contemplo la blancura del *bond* en la prisión de los rodillos. Re-creo una variación posible: Narro una escritura del párrafo final donde el gato maúlla y acompaña mi vigilia por las habitaciones vacías.

Período apagado y luminoso

Enid Vian
(Santiago de Cuba, 1948)

No asocio lo más duro del eufemístico Período Especial a la escasez de alimentos y a todas las carencias conocidas y desconocidas que el fatídico trajo consigo, sino con los apagones interminables. Aprecio la luz. Siempre pensé que una luminaria encendida es una conquista de la civilización, de la humanidad toda, de pobres y ricos, y su ausencia en ese período me tocó fuerte.

Ya había habido falta de fluido eléctrico en mis tiempos de estudiante en la Universidad, pero fue mucho más corto y menos *especial*, es decir menos intenso. Yo estudiaba a la luz de una vela medieval posada en un pequeño candelabro, también gótico, porque goteaba; pero tenía una ventaja, era joven. El que haya vivido un poco sabe que en lo relativo a esa última palabra no hacen falta más comentarios.

Decía que en esta nueva experiencia, ya en la madurez, Período Especial y lobreguez se amalgaman y componen una imagen oscura en mi mente. Un cuadro negro, al lado de otro cuadro negro y otro cuadro negro repentino, que sustituye a la realidad llena de color sin avisar, sin preparación paulatina.

Esa falta de luz súbita, y todas las modalidades de la oscuridad —incluso la de la mente humana— son carencias que me transforman en un ser rebelde y abatido. En vano me daba terapia de todo tipo y me inventaba historias, en vano me trataba de consolar pensando en personas que siempre estaban en la oscuridad: mi alma se descolgaba a la tristeza, al desasosiego.

En esa época las personas trataban de pasar las horas de tinieblas de diversos modos, con entretenimientos de infinita imaginación, incluidos los juegos. Escribí el relato «Efectos secundarios» —que aparece en la antología *Mujeres como islas*—, basado precisamente en un apagón, aunque no se menciona la palabra, y hay un rejuego entre lo real y lo onírico.

He trabajado toda mi vida a todas horas —y uno trabaja observando, leyendo, escuchando, escribiendo, editando un libro, analizando la realidad política, sufriendo, riendo, consiguiendo el sustento, limpiando, experimentando un plato en la cocina—, pero el largo apagón me impedía toda actividad productiva. Había que sentarse horas frente al Tiempo Perdido. ¡Oh, Marcel Proust!

Solía salir a la azotea donde vivo a hacer cosas irracionales y a hablar conmigo misma, a veces a pensar, como diría la escritora Denia García Ronda, en las musarañas; pero mis pensamientos no siempre eran optimistas ni musarañeros. Más bien pensaba en las telarañas que le estaban saliendo a los libros que tenía que leer. No podía hacerlo, como antaño, bajo la luz de una vela, porque ya mi vista no era 20-20, más bien era menos 20-20.

Me ponía a observar, no obstante, lo más evidente: los luceros. Las estrellas en una azotea, en una noche negra, en medio de un apagón, son impresionantes, y una se siente insignificante y solitaria frente ellas. Una es una gota de universo. No obstante, una pizca de universo que puede reflejarlas y pensar acerca de ellas. De todos modos, la belleza del firmamento y su magia, su profundo misterio —estemos o no en un siglo tecnológico, donde los grandes aparatos para comunicarnos no han aumentado demasiado la verdadera comunicación entre las naciones, entre los hombres—, nos pone a reflexionar, pero los apagones eran demasiado frecuentes y mi diálogo filosófico con la estratosfera tenía sus límites. Concluí que me sirven poco la visión de las estrellas, el pensamiento filosófico o la especulación, ante la oscuridad inapelable y frecuente.

Lo sufría mucho menos cuando estaba acompañada de personas queridas o familiares, sobre todo de una persona muy cercana que murió a mediados del año 2009, Cuqui Ponce de León. Apagón y Período Especial también ahora se me hacen nostalgia, con una luminosidad que fue la amistad de la inteligente Cuqui, sobre todo para calibrar a las personas. Una pionera de la televisión, directora de teatro, y una mujer valiente.

Rememoro el apagón y veo otra vez las imágenes de las peregrinaciones —en conjunto con Cuqui Ponce y la mayor de sus hijas, Celia— a casa de una vecina que tenía electricidad, porque vivía cerca de un hospital. Esto último era como sacarse el Premio

Iluminación Paralela. Antes de emigrar —las tres, siempre juntas, haciéndonos compañía la una a las otras— conversábamos en la negrura del apagón, sentadas en el viejo y *decimonónico* portal de la casa de Cuqui. Casi siempre ella rememoraba episodios de su trabajo en la televisión o en el teatro, o me hacía anécdotas sobre ciclones y personas acilonadas. Al rato, atravesábamos el parque John Lennon, con cuidado de no pisar la raíz de un árbol en las tinieblas y nos íbamos las tres a regiones civilizadas a varias cuadras de su casa.

Ahí teníamos que agradecer la solidaridad de una amiga llamada Madaly, que nos acogía dichosa en la cuadra cercana y distante de la oscuridad primitiva. Entonces, en esa zona de luz, todo era actividad y entusiasmo. La conversación se hacía más agradable y tónica. Salía a relucir el sentido del humor de Muti, como llamábamos a Cuqui los que la queríamos. Y esa era la parte iluminada. Sí, el Período Especial fue para mí un tiempo apagado y lleno de carencias; pero con el fulgor de la solidaridad de los verdaderos, eternos, amigos.

Mis contrastes en los 90

Lina de Feria
(Santiago de Cuba, 1945)

Con la arribazón del Período Especial, vivía un contraste: por un lado, mi madre había muerto recientemente, y yo no estaba exactamente en mis cabales, y por el otro lado la publicación de mi libro *A mansalva de los años*, obtenía el Premio Nacional de la Crítica.

Profundo dolor y profunda esperanza para seguir viviendo y trabajando. Me sentí sobreviviente, obviamente, pero ya mi capacidad de resistencia había pasado pruebas más duras, de las que salí marcada e ilesa, un poco muerta y un poco viva.

Como todo el mundo, bajé mucho de peso. En casa decíamos que nosotros y los vecinos adelgazábamos, de semana en semana. Y el tiempo se nos iba, a mi hermana y a mí, en conseguirle comida a mi hijo. Colas infinitas. Las hamburguesitas para Sebastián, para nosotros el helado y algo del arroz con zanahoria del Pío Pío. Llegué a hacer cola por agua de chícharos, pero era algo de comer. No faltaba el dinero, pero no había comida.

Recuerdo, hasta con nostalgia, que las poetas Damaris Calderón y María Elena Hernández, entrañables amigas, venían casi todas las tardes para que yo fuera al solar yermo del costado de mi casa, donde había una mata de naranjas, sin naranjas, pero yo cogía las hojas de la mata y las hervíamos en la casa para hacer té. De esos encuentros tomando té de hojitas de naranja salieron grandes conversaciones. Y poemas. Y decisiones de rumbo para la vida.

Lo más decisivo para mí fue cuando el padre de Sebastián, el sociólogo y músico Gregory Landau, de nacionalidad norteamericana, me planteó que mi hijo Sebastián fuera a estudiar el *high school* a San Francisco, en los Estados Unidos, puesto que él estaba en condiciones para costear sus estudios, hasta que todo mejorara. El tenía, como yo, cincuenta por ciento de derecho legal sobre mi hijo. Y su ofrecimiento era con buenas

intenciones. Y así Sebastián se hizo ciudadano norteamericano, pero sin perder la ciudadanía cubana.

Mi hijo obtuvo notas brillantes en el colegio de San Francisco, y muy rápidamente se hizo bilingüe. Mi situación afectiva se agravó, porque adaptarse a estar sin Sebastián no es explicable ni en tiempo ni en espacio. Pero, poco a poco, tanto a él como a mí se nos hizo el callo, y ahora ya tiene él una familia grande y nos escribimos y nos llamamos.

Creo que el Período Especial me ayudó, en parte, a manejar poesía altamente filosófica como la de *El ojo milenario*. Yo no dejé de publicar en esa etapa, porque tengo una plaquette anterior a *El ojo...*, llamada *Espiral en tierra*, editada por Luis Marré. Y todavía en Período Especial publico *A la llegada del delfín*. Así que creo que pude hacer como Puccini, y escribir con el estómago no muy lleno, ni mucha ropa y zapatos.

Creo que «El gran apagón», de Pedro Pablo Oliva, define como nada aquella etapa de alumbrones y de gente flaca. Si algo deseo es que no vuelva. Y ahora que puedo hacer té no de hojitas de naranja, sino té de té, que nunca traicione mi memoria esa desgarbada, pero salvadora mata del solar yermo.

Nuestros años infelices

Carlos Esquivel
(Las Tunas, 1968)

De las cosas malas yo no quisiera acordarme jamás, pero rescatemos a Shakespeare cuando creía que «el recuerdo del mal pasado siempre es alegre». No siempre, Shak, pero no entremos en más divergencias. 1994 (y no el orwellino 1984). 1994 y tres puntos extendidos hacia el azar, hacia la bonanza de ese azar. El mundo estaba al revés, y nosotros estábamos al revés como ese mundo. O nos moríamos y no contábamos la Gran Historia del Absurdo o, simplemente, sobrevivíamos y perpetuábamos la heroica alegoría de esa salvación.

«El Período Especial comenzó el primero de enero de 1959», así proclamaba, por pueblos cercanos, un viejo que no estaba con el gobierno. Otras eran las chanzas, y pegada a mi mezcla de licores sarcásticos (junto a ejemplares como Groucho Marx, Monty Python o Tom Sharpe) convivían los extractos de una oralidad henchida por fronteras abiertas.

Recuerdo una emblemática cuarteta de aquellos años de carencias, de devaluación de poderes económicos (o al contrario) y de famélicas aventuras y desventuras. Su autor o, al menos, su recitador público, era, y es, uno de los personajes folklóricos del pueblo: *Si quieres comer jamón,/ tocinetas y morcillas,/ lánzate del Malecón/ y nada noventa millas*.

Carlos Arguiñano, el famoso chef catalán, envidiaría el pulso incontrolable de la cocina cubana en ese Período Especial. Un condimentado picadillo de cáscara de yuca, el exquisito cerdo asado hecho con colchas de trapear, preservativos travestidos en queso para las pizzas. Helados de múltiples e ignotos sabores: zanahoria, tomate, o algo parecido al chocolate, pero que debía saber como aquellos zapatos de Chaplin en *La quimera del oro*. Suculentas croquetas de arroz o de cáscara de plátano, ajacacos, sopas, caldos de dinosáuricos huesos, postres turbulentos. Y, por supuesto, comensales a la caza de la cena perdida. Y nos dieron gato por liebre, y hasta ratón por gato.

Zapatos artesanales, armados con los más increíbles aditamentos, jabones elaborados con una mezcla de potasa, polvos de hornear, y más.

Conocí una trágica historia a partir del despiadado abuso de estas mezclas y el afán de arrancarles el dinero a la necesidad y la inocencia. Una niña usó un engendro de champú, sabe Dios quiénes lo inventaron con qué ingredientes terribles, y quedó ciega. No fue la única. La culpa no es de un tiempo, de unos años, por difíciles que sean. Quizás me equivoco, pero así lo entiendo.

Escribí (y hasta publiqué) un breve cuento a partir de algo que mis ojos vieron. Un egregio almuerzo campestre. Casi sobre la hierba. Dos niños ante un apetitoso asado. La inocencia, o algo parecido a ella, flotando cerca, eso que no tiene un nombre claro, o lógico, pero que siempre ayuda a hacernos fuertes. O a creérnoslo, que no es lo mismo, pero duele menos.

El paraíso o las mariposas

La rana muerta era la rana que antes saltaba y es la que ahora el niño ha aplastado para comérsela.

Para el niño es solo una masa gris verdosa sobre el plantón de hierba seca. La secuencia ha sido cortada por un relámpago histórico: como si el niño esperara que nosotros estuviésemos allí, en el tubo tintineante, en el golpe hacia el mismo centro, sin piedad, hasta atisbar la explosión de la víctima, el crujido como una bomba, el corazón que se desprende y, aún y misteriosamente para el niño, late.

El niño no se cubre los ojos, no siente asco ni repugnancia.

Alguna vez le dijeron que una rana tenía el sabor del pollo.

Lo primero que hará es cavar un hueco, apila unas ramas secas, unos pequeños troncos y unas tiras de papel que ha encontrado en su casa. Busca fósforos.

El hueco lo hace en el patio, allí donde no lo descubren. Descuenta el animal, lo abre en dos y lo limpia.

La grasa, la piel que no es piel sino un pellejo torcido y áspero, la sangre reseca, se mezclan en una costra viscosa que los dedos del niño amasan.

Una mosca invade el territorio. Una mosca verde que el niño espanta. Ella revolotea sobre un círculo imaginario. Después detiene el vuelo.

El niño coloca la rana, o lo que ahora es la rana, en una sartén que ha encontrado en la cocina.

El primer fósforo se reduce a un polvillo gris sobre la lija. El segundo enciende, la minúscula llama va al papel y se alarga por todo el hueco.

El niño se da cuenta de que la rana, lo que ahora es la rana, se consume sobre el metal, se asa, sin un adobe, el limón, la sal, el pimiento, sin una salsa.

Pero piensa que, de algún modo, casi sería lo mismo invertir las operaciones y condimentar la carne después de cocinarla.

Otras moscas llegan, él las espanta, intenta ahuyentárlas con un manotazo que se pierde en el aire.

El niño ve que la rana cambia de color en la sartén, se acerca a un dorado oscuro.

Y la última imagen se pierde acaso en un temblor más borroso: hemos visto al niño acercarse a su casa. No ha dejado de vigilar a las moscas, no ha dejado de percibir la distancia del fuego y la cocción de la carne. Ahora entra a la cocina, y de un grito llama a su hermano.

Una de policías

Lorenzo Lunar
(Santa Clara, 1958)

Llevar libros a La Habana para vender era una opción más lucrativa. En tren era más barato y factible. Casi siempre salía a medianoche y llegaba a la capital al amanecer. El viaje ideal para contrabandistas de toda calaña, ladrones, carteristas, jineteras, chulos y toda una fauna amoldada en un submundo que buscaba en la capital la brecha económica para aliviar sus miserias cotidianas.

Ocupé mi asiento y puse mi maletín lleno de libros entre mis piernas. Estaba agotado del día de labor. Mis ojos se cerraron y el mundo, y hasta el tren, siguieron andando. Sentí que alguien me llamaba tocándome en el hombro. Era un dedo duro y pertinaz como el de mi maestra de tercer grado. Abrí los ojos y vi al policía.

— ¿Ese maletín es suyo? —me preguntó sin preámbulos.

—Sí, es mío —le respondí desperezándome.

— ¿Y qué trae ahí?

—Libros.

El hombre me echó una mirada de desconfianza. A quién se le ocurre llevar libros a La Habana. La gente lleva quesos, carne de vaca, langosta. ¡Pero libros!

—Libros... Pues mira, hay que hacerte un registro. ¡Abre el zíper!

Yo obedecí. Él alumbró con la linterna. Entonces vimos la imagen de Ernesto Guevara que nos saludaba desde la cubierta de uno de los diez ejemplares de la primera edición del *Diario del Che en Bolivia* que llevaba en mi equipaje.

—Libros... —volvió a decir. Metió las manos y comenzó a sacar algunos ejemplares. Además de los diez diarios de Guevara puso sobre el asiento:

Los cinco tomos de la primera edición en castellano de *Los Miserables* de Víctor Hugo.

Un ejemplar de *El viejo y el mar*, autografiado por Papa Hem. Tres ejemplares de *Hemingway en Cuba*, de Norberto Fuentes. Algunos libros de Carilda Oliver Labra, El Cucalambé, Miguel Barnet y otros escritores cubanos de la llamada oficialidad. Y otros libros de María Elena Cruz Varela, Daína Chaviano, Jesús Díaz y otros escritores cubanos de la llamada disidencia.

Hasta que el maletín quedó vacío.

—Libros... —dijo con un hilo de voz.

—Ya le dije que eran libros, autoridad —le respondí con la pequeña cuota de cinismo que me correspondía en ese caso.

Entonces lo vi sonreír nuevamente. Un destello de inteligencia policial brilló en el fondo de sus ojos. Hizo un profundo esfuerzo intelectual y me lanzó la pregunta.

—Compadre, ¿y para qué usted lleva tantos libros para La Habana?

—Es que el tren acostumbra a fallar en el camino —le dije. Muchas veces echamos horas parados por una rotura de la máquina, o para darle cruce a otro tren. Por eso traigo los libros, para cuando el tren se pare, ponerme a leer. Así no me aburro.

—Libros —dijo. Y se rascó la cabeza.

Yo prendí un cigarro y me puse a ordenar mi maletín.

Dios puso su mano sobre nosotros

Zaida del Río

(Guadalupe, Las Villas, 1954)

Tenía la cabeza llena de pájaros. Estaba pintando como una loca preparando una exposición. En ese tiempo, que puede durar meses, todo a mi alrededor se borra, y todo es todo. Yo vine a percatarme de eso tan terrible que nombraron Período Especial cuando vi a mis vecinos arrancar romerillos de los jardines para hacer infusión. «Algo caliente para antes de acostarnos», me dijo una de ellas y me aterró. Ese fue el primer llamado de atención a algo que estaba ocurriendo y que provocaba en la gente un deterioro que ya era visible.

El bajo peso, el descuido al vestir, los rostros ajados. En algún momento pensé que ya ni siquiera se soñaba.

Pero desde hoy pienso que no solo se sobrevivió, sino que desde ese terrible tiempo las personas confiaron en un tiempo mejor y eso las salvó. Muchos de mis amigos, músicos, pintores, escritores, se aferraron a su obra como manera de no perderse en medio de tanto desespero, y lo lograron. Dios puso sus manos sobre nosotros.

Yo pasé las privaciones que entonces a todos nos tocaban. Los cortes de luz, la falta de productos esenciales y sobre todo que no se hablaba de otra cosa que de la situación difícil que se vivía, y yo no soporto ser monotemática. Pero en esa época no dejé de viajar al exterior y no la pasé como la inmensa mayoría de este pueblo que merece todas las bendiciones por su estoica resistencia. Dios y todos los santos lo saben.

A donde no quise volver

Arístides Vega Chapú
(Santa Clara, 1962)

La primera señal visible, que ahora recuerde, de que nos adentrábamos a una profunda crisis, en los 90, fue ver desaparecer de las bodegas las apetitosas latas de tronchos y de paté de hígado, que entonces consumíamos con regularidad en mi casa. De un día para otro, los amplios estantes de la bodega en donde compraba los mandados quedaron vacíos.

En Matanzas, donde vivía, muchas personas cocinaban con carbón, que cada mañana ofrecían los vendedores, saco encima, por las calles. Otras, como en cualquier ciudad cubana, lo hacían con gas, keroseno o electricidad. Habían comenzado los cortes de electricidad y se dejaron de suministrar las cuotas de combustibles para cocinar, por lo que muchas familias no tuvieron otra posibilidad que recurrir al carbón, que muy rápidamente subió a un delirante precio.

Conocí de muchas personas que iban hasta el valle del Yumurí, donde ya se habían instalado varios taladores que vendían la leña a exagerados precios. No importaba si se vivía en una casa amplia o pequeña, en apartamento o vivienda con patio, el humo y el olor de madera quemada se hizo común en la mayoría de las calles matanceras, sobre todo en el marginal barrio La Marina, donde vivía, y en donde se cocinó hasta en la calle, puestos de acuerdo varios vecinos que compartían una misma leña, como imágenes anunciadoras de lo que después conocimos por «Opción Cero», cuando, se aseguraba, comeríamos de caldosas populares.¹

¹ Caldosa: Reinterpretación culinaria del ajiaco, típica comida cubana desde el período colonial, consistente en un caldo con diferentes viandas y carne de cerdo o de vaca. La caldosa le incorpora carne de pollo. Pero en el Período Especial adquirió una nueva versión: era un caldo con las escasas viandas y sazones al alcance de la mayoría.

Fue entonces que apareció un innovador con una cocina que exigía por combustible el aserrín. El artefacto era tan simple en su funcionamiento como aparatoso, pues hasta una pequeña chimenea salía de uno de sus costados. El creador de aquella novedosa cocina para tiempos de crisis, como el que vivíamos, fue entrevistado varias veces por el periódico local y muchas más por Radio 26, la emisora provincial. En alguna de aquellas intervenciones aseguró que su invento también admitía el papel como combustible.

Como yo trabajaba en El Pensamiento, que comercializaba libros de uso en la céntrica Calle del Medio, pude percatarme de que las ventas de libros baratos —que lo eran casi todos entonces, aún más los de uso— aumentaron súbitamente. Personas, conocidas o no, llegaban con sacos buscando los libros más económicos. Y hasta algunos llegaban preguntando cuáles eran los libros para cocinar.

Una mañana llevamos a mi hija a la consulta de puericultura en el Policlínico Contreras y, mientras esperábamos nuestro turno, un doctor pidió la atención de todos los presentes para explicarnos algunas sugerencias de higiene. Juro que de su larga charla nunca olvidaré su recomendación de que para bañarnos nos restregáramos, por todo el cuerpo, arena de la playa, después que esta fuera escogida y elimináramos piedras, fragmentos de conchas y caracoles y suciedades. Y terminó asegurándonos que así se bañaban nuestros valientes mambises.

En tiempos que ya habían sido nombrados como Período Especial, a finales de 1992, regresé a mi ciudad natal después de haber vivido por ocho años en Matanzas. Lo hacía con una hija que muy pronto cumpliría los cuatro años, sin posibilidades inmediatas de trabajo, a una casa en mal estado, deseoso de conciliarme con mi ciudad y conmigo mismo.

Era aún un autor inédito —como casi toda mi generación poética— aunque era ya miembro de la UNEAC, uno de los acuerdos tomados después de esclarecerse los tristes sucesos de la librería El Pensamiento, cuando se me acusó, junto a un grupo de amigos artistas y escritores, de contrarrevolucionario. Traía como trofeos muy preciados varias *plaquettes* con textos míos, realizadas por las manufacturadas Ediciones Vigía, que en 1983 el escritor holguinero radicado en la Atenas de Cuba, Alfredo Zaldívar, había fundado.

En Santa Clara me encontré solo con escasos amigos. Los demás se habían marchado hacia puntos dispersos de la geografía con que el mundo se dibuja amplio y también distante. Como la inmensa mayoría de los cubanos, mis amigos la estaban pasando mal. Luis Mesa, excelente actor, se veía bajar de peso como para sentir vergüenza de los varios desnudos que le exigió hacer uno de los personajes interpretados entonces por él, en aquella época en que casi todos nos convertimos en cadavéricos. Le habían propuesto un personaje para una película cubano-mexicana, con una única condición: debía de ganar algunas libras de peso. La productora de la película, llegada del país azteca, le adelantó un dinero, enterada de la situación que atravesábamos, con la advertencia de que sin el aumento corporal no se le entregaría el papel.

Con el dinero, que no esperaba, en la mano, en lo primero que pensó fue en adquirir un televisor a color para su hija, que estaba por nacer; pero, conmovido por la situación a su alrededor, decidió comprarles zapatos a los niños más pequeños de su cuadra, que entonces era una de las más pintorescas de El Condado, el más populoso barrio marginal de la ciudad.

Con lo poco que le sobró pudo hacerse propietario de un televisor Caribe, en blanco y negro, ensamblado en Cuba, y un saco de maní en grano que vendería en cucuruchos —para lo cual ensayó varias veces la canción inmortalizada por Rita Montaner— y con ello ganar algo de dinero que le permitiera alcanzar las libras necesarias para convertirse en actor de cine.

Como en su cuadra había muy pocos televisores, el suyo se convirtió en parte del escaso entretenimiento de muchos de sus vecinos, que al descubrir que mi generoso amigo tenía en una de las esquinas de su pequeña sala un saco de maní, acompañaron el placer de la televisión con el de la rica y nutritiva semilla. Por lo que el saco se fue vaciando en aquellas calurosas noches en que todo el mundo tenía siempre un sitio bien vacío en su estómago, y Luis Mesa no aumentó ni una libra, privándonos, hasta el día de hoy, de poderlo ver en la pantalla grande, a pesar de su probada calidad como actor.

La suerte de mi amigo Luis Mesa llegó de manos de un tío condenado a varios años de prisión por sacrificio ilegal de ganado. Luis lo visitaba semanalmente en la granja agrícola en que

cumplía condena y el tío, agradecido y consciente de lo que se vivía fuera de su reclusión, le pasaba por debajo de una cerca una jaba bien surtida de plátanos, calabaza y alguna que otra yuca, de las que comimos también en mi casa gracias a su extrema bondad.

Años más tarde Luis Mesa se marchaba hacia Buenos Aires, después de un tiempo de residir en La Habana, donde pasó hambre y tristezas. Yo lo extrañé entonces mucho, como no recuerdo haber extrañado a ninguno de los tantos amigos que en todos estos años he tenido que despedir.

En su pequeña casa, en El Condado, nos reuníamos amigos y vecinos a reverenciar un televisor en blanco y negro, único testigo de la cercana posibilidad que había tenido de convertirse en un actor de cine, y a conversar de todo lo que entonces se hablaba: de apetitosas comidas. En aquellas conversaciones se ficcionaban y recordaban platos reales o inventados, conocidos por películas o libros. Con la probada imaginación del cubano sentíamos hasta las exquisitas fragancias de los platos que se describían con precisión y añoranza.

Mesa, que siempre fue un probado anfitrión, nos ofrecía un refresco de cualquier fruta aparecida como raro manjar que bien agradecíamos, preguntándonos: ¿Quieren mucho malo, o poco bueno? Es decir, un refresco en cantidades suficientes como para poderlo repetir, o uno más espeso, de mejor sabor, pero que apenas alcanzara para probarlo. Entonces se prefería la primera propuesta y de un plátano, por ejemplo, mi amigo era capaz de hacer dos vasos de batidora, de un refresco descolorido y apenas sin sabor que tomábamos con satisfacción.

Vladimir Barreras, otro de mis cercanos amigos, había decidido, después de la caída del socialismo en Europa, cambiarse el nombre por el de Sebastián (por Palomo Linares, que era uno de sus ídolos). A estas alturas soy el único que sigo llamándolo por su antiguo nombre: Vladimir, por Lenin, el comunista ruso en quien sus padres depositaron tantas esperanzas.

También decidió dejar su trabajo de técnico en Contabilidad, cuando sacó cuentas de que vendiendo las cajetillas de cigarros de la cuota le representaba algo más que su salario. Y una tercera decisión: se establecería en Varadero, esperanzado en nuevos horizontes que poco tiempo después pudo divisar. Por muchos

años se mantuvo en aquellos paisajes de vivos colores —como el de las postales— que gracias a él pude disfrutar en más de una ocasión. Varadero le propició la suficiente holgura económica como para establecerse en El Vedado, y La Habana la suficiente como para radicarse, hasta el día de hoy, en España.

Como nadie me daba trabajo, a pesar de que semanalmente escribía o me comunicaba por teléfono o conversaba con el director de Cultura de la provincia, comencé a vender en la puerta de mi casa dulces finos. Tartaletas rellenas con cremas de varios sabores —gracias a unas esencias recibidas de mis familiares radicados en los Estados Unidos—, que hacía la madre de mi hija, la escritora Bertha Caluff.

Los huevos y la harina de pan, necesarios para su confección, los adquiría en el inseguro y caro mercado negro, exponiéndome a ser timado o, lo que era aún peor, tener que pagar una multa por ilegalidad, que de suceder consumiría todos nuestros ahorros y pondría fin a nuestro sostén de entonces.

El valor inicial de aquella exquisitez en medio de tanta penuria era de diez pesos y luego, pasados algunos meses, el de cinco pesos, que con facilidad pagaban los que después conocimos como «macetas» y que habían comenzado a amasar su capital en esta etapa no para todos difícil.

En algún momento, y como para ratificar el sabio refrán de que «en casa del pobre dura poco la alegría», la Policía puso sus ojos en estas ilícitas ventas, que habían proliferado, prometiendo altas sumas de multa a los futuros infractores.

Como mi economía y la de toda mi familia dependían de esto, decidí ser parte de las muchas ilegalidades del barrio El Condado, donde residía mi amigo Luis Mesa, quien me ofreció sin mucho pensarlo el quicio de su puerta, siempre abierta a los amigos, como nuevo punto de venta. En estos barrios, las leyes suelen ser menos estrictas que en cualquier otra zona de la ciudad, me había explicado él como para darme ánimos de que no todo estaba perdido.

Lo más difícil para vender esos dulces, que homenajeaban la más fina repostería francesa, en un barrio como El Condado y sobre todo en esa etapa, era ver a los niños. Para ganar el cielo, regalaba una o dos tartaletas, pero es obvio que siempre fueron muchos más los embobecidos ante el espectáculo de los vistosos

dulces en un tiempo en que apenas era posible adquirir un simple caramelo de azúcar. La Negrita, la Tojosita, el Ratoncito y Wilfredito —de los que nunca más he sabido— me ofrecieron los rostros más tristes que yo recuerde en un niño cuando comprobaban que no les había tocado ese día mi dádiva diaria.

Como muchos otros, Bertha Caluff comenzó a padecer de polineuritis.² Había días en que no le era posible levantarse, quedando sujetas a la cama por los dolores que provoca esta enfermedad, por lo que se hizo irregular la venta. No tuve otra alternativa que cambiar de oficio, y de la mañana a la noche me convertí en artesano y, gracias a una licencia por maternidad de la auxiliar de limpieza de la Casa del Joven Creador, ocupé por algún tiempo esa plaza, para la cual tenía la experiencia de varios años como becado en la Escuela Vocacional Ernesto Guevara, de Santa Clara, donde varones y hembras éramos responsables de la limpieza del edificio.

La nueva colocación me propició vender —a mis nuevos compañeros de trabajo y los numerosos jóvenes creadores que entonces se reunían allí, a la hora de almuerzo— unas caldosas bien condimentadas, pero sin otra sustancia que las escasas viandas que podía adquirir. El vaso repleto de caldo, con algún que otro pedazo de vianda visible, lo proponía al módico precio de un peso, el almuerzo más barato que muchos pudieron encontrar.

Pero la artesanía me propició más que todo lo anterior. Llegué a confeccionar tantos collares de barro que era difícil no encontrarme en la calle a alguna mujer que no mostrara en su cuello una de mis obras exclusivas. Pues como no me asiste el don de la meticulosidad, jugaba a que las cuentas no se parecieran y por tanto ningún collar se semejaba a otro.

Sin embargo, solo logré hacer el dinero del diario. Más bien sobreviví entonces de este oficio que me exigía casi todo el tiempo

² Polineuritis o neuropatía periférica: Afección de los nervios periféricos. Puede ser motora, sensitiva o mixta, que es la más común. Los pacientes tienen dificultades para caminar y aquejan pérdida de la sensibilidad o sensaciones raras. En Cuba se produjo un brote masivo a partir del año 1995. Algunos estudios médicos han dado por causa una deficiencia importante en el nivel de vitaminas del complejo B presentes en las carnes.

possible; pues si bien los vendía con cierta facilidad, los productos de primera necesidad se conseguían a los altos precios de un mercado negro que imponía su ley como única.

Como el arroz había alcanzado el altísimo precio de treinta y cinco pesos la libra, y no había otro alimento que lo sustituyese, decidí viajar al sur del Jíbaro, una de las zonas de mayor producción del cereal en la región central. Había sido el camino tomado por los muchos que decidieron desprenderse de cuanto pudieran, cambiarlo por el encarecido y esencial alimento, sin importar profesión, nivel, sexo.

Se llevaba al campo, para cambiar por arroz, desde adornos, lámparas de luz fría, bombillos, ropas viejas y nuevas, estas últimas enviadas por un familiar en el extranjero y que la necesidad obligaba a convertir en alimento, guantes y ropa de trabajo —que, en mi caso, conservaba de las repartidas gratuitamente, curso tras curso, en la Escuela Vocacional, donde había estudiado—, todo lo que podía ser cambiado, es decir cualquier cosa que pudiera necesitar una familia alejada de la ciudad.

Lo primero era conseguir un pasaje en el llamado tren espirituano, y viajar a la vecina ciudad del Espíritu Santo, donde había que andar muy rápido hasta la terminal de ómnibus municipales, pues se corría el riesgo de perder la última guagua hacia el Jíbaro, a donde se llegaba bien entrada la noche. Por el familiar trato de la mayoría de los viajeros, que por sus numerosos equipajes simulaban una mudada, deduje que repetían a menudo el mismo recorrido.

Fue alguno de ellos el que me explicó que nos encontrábamos en el Jíbaro. Aún faltaba esperar a las primeras horas de la mañana del siguiente día para, sobre una carreta tirada por unos cansados bueyes, llegar al Sur. Esa noche, que ha sido la más lenta y fría de todas cuantas he vivido, la pasamos en el portal de la bodega del caserío nombrado Jíbaro. Nadie pudo dormir, pero tampoco conversar. El frío y el cansancio nos habían enmudecido.

Ni siquiera el haber visto el árbol más frondoso y de tronco más robusto de todos cuantos han podido crecer en esta tierra fértil, y que se me mostró apenas aparecieron las primeras luces del amanecer, compensó tan largo y desgastante viaje. Junto a aquel dios vegetal —que me inspiró un poema que en años posteriores apareció en mi libro *La casa del Monte de los Olivos* (Ediciones

Unión, La Habana, 1996), y que lo incluyo aquí como testimonio de que la poesía ha sido mi salvación— juré nunca más volver al sur del Jíbaro. Ha sido así hasta hoy.

Jíbaro, fin de las estaciones

a Boris Mesa

A solas frente al amanecer del Jíbaro,
adormecido pueblo sobre nubes de polvo,
sin el horizonte que define el mar,
mil serpientes tejieron el pulposo tronco.

Memorias de los que flotan por encima de sus altísimas ramas
en los días en que se someten al silencio
en que se escucha el leve roce de las hojas
y el tiempo de esta tierra dibujada con invisible tinta
en los mapas.

Volví mis ojos a la interminable noche
cuando ni siquiera había aparecido la sombra rosa del sol
y los mutilados pájaros volaban con audacia
en otros cielos a los que nunca ascenderemos.

Vi el árbol que me mostrabas
como si solo a nosotros perteneciera.

Ha sido nuestra silenciosa fiesta
esos minutos al cuidado de su sombra,
precipicio de inmensas lluvias
apresadas en su resplandeciente verdor
que como un cometa cambiará las estaciones de la tierra.
Dichoso descubrir la pequeñez a la que nos reduce el roble,
atravesando el cielo como pájaros
o como quien logra introducir su mano en el paraíso
y tantea la liviandad de una fruta que imaginará fría
como la madrugada del Jíbaro.

Por ese fruto reconocerás al árbol.

Más si la fragancia de sus resinas te es ajena
no te cobijes en su sombra,
un árbol es también un templo
en el que habitan seres desconocidos simulando ángeles,

días, noches y amaneceres
que no podrás retener en tus manos.
Es también sepultura de los hombres,
de aguas que no brotaron a su encuentro
y ahora sofocan el enérgico fuego
con que sus raíces penetran la tierra más fértil.
Donde acomodar los muertos, para no ser reconocidos,
para no ser venerados.

No existe hacha, ni daga, ni pensamiento
que descubra lo que atesora
en lo que suponemos sea su agitado corazón
el melancólico espejo
donde no se reflejarán nuestros rostros.
Cuando regresemos a contemplarlo, te contaré mi secreto
si es que ya he descubierto el final de este fatigoso camino,
todo cuanto recuerdo
porque su sombra llegará hasta donde mi memoria no alcanza.
Podría quedar inmóvil para que no aparezca el fin de la noche
pero así nunca sabré de mí, del destino de esta tierra.
Es la madrugada y mi cuerpo tiembla
ajeno y distante, como esas hojas regocijadas por el aire.
Solo espero penetrar al árbol y no ser descubierto.

Autores

Aitana Alberti. (Buenos Aires, 1941). Poeta, narradora, traductora, periodista, editora y promotora cultural. Vive en La Habana. Labora en la Editorial Arte y Literatura. Especialista del Centro Cultural Dulce María Loynaz, del Instituto Cubano del Libro, integrante de la Presidencia del Festival Internacional de Poesía de La Habana y Presidenta de la Cátedra de Cultura Andaluza Rafael Alberti de la Universidad de La Habana. Entre sus últimas publicaciones están *Son del fugado cuerpo* (Holguín, 2001), *A bordo de la bruma* (La Habana, 2007), y *Azimut* (Costa Rica, 2010). Ha antologado, entre otras, las obras de Rafael Alberti, Antonio Machado, Federico García Lorca, Pedro Salinas, José Hierro y Manuel Altolaguirre; y traducido a Hemingway y a diferentes autores franceses e italianos. Es miembro de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC).

Odette Alonso Yodú. (Santiago de Cuba, 1964). Poeta y narradora. Reside en México. Licenciada en Filología por la Universidad de Oriente. Actualmente es editora de la Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial de la Universidad Nacional Autónoma de México. Ha publicado la novela *Espejo de tres cuerpos* (Quimera [México], 2009), un libro de relatos: *Con la boca abierta* (Odisea [Madrid], 2006) y ocho poemarios. Su cuaderno *Insomnios en la noche del espejo* obtuvo el Premio Internacional de Poesía Nicolás Guillén en 1999, y su cuento «Animal nocturno» el primer premio del XII Concurso Mujeres en vida, convocado por el Centro de Estudios de Género de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

Arturo Arango. (Manzanillo, 1955). Ensayista, narrador y guionista de cine. Reside en La Habana. Licenciado en Lengua y Literaturas Hispánicas por la Universidad de La Habana. Jefe de Redacción de *La Gaceta de Cuba*, y Jefe de Cátedra, en la especialidad de guión, de la Escuela Internacional de Cine y Televisión de San Antonio de los Baños. Autor de libros de cuentos y novelas, entre ellas *Muerte de nadie* (Tusquets [España], 2004).

Como ensayista ha publicado *Reincidencias* (Casa Editora Abril, 1989) y *Segundas reincidencias* (Capiro, 2002). Es coautor, junto a Juan Carlos Tabío de varios guiones de filmes cubanos. En 2008 recibió el Premio de Dramaturgia Virgilio Piñera, por su pieza *El viaje termina en Elsinor* (Alarcos, 2009). Ha obtenido, entre otros, los premios de cuentos UNEAC, y el del Concurso Internacional Juan Rulfo.

Caridad Atencio. (La Habana, 1963). Poeta y ensayista. Es autora, entre otros, de los poemarios *Salinas para el potro* (2001), *Los cursos imantados* (2002) y *La sucesión* (2004). Ha sido incluida en numerosas antologías cubanas y del extranjero. En el género de ensayo ha obtenido los premios Calendario y Dador, en 2004. Ganó el Premio Razón de Ser de Poesía en 2002 y el de Ensayo en 2003. Es miembro de la UNEAC.

Luis Cabrera Delgado. (Jarahueca, Sancti Spíritus, 1945). Psicólogo, narrador, dramaturgo y guionista de radio. Ha publicado una treintena de títulos en Cuba, México, Colombia, Ecuador, Chile, Argentina y Brasil, entre los que se encuentran: *El misterio del pabellón hexagonal* (Gente Nueva, 2009), *Ito* (Cauce, 2009), *¿Dónde está la princesa?* (Gente Nueva, 2010). Ha obtenido los Premios Ismaelillo, Abril, Fundación de la Ciudad de Santa Clara y La Rosa Blanca; y Mención Especial en el Premio Lazarillo, en España. Posee la Distinción por la Cultura Nacional, el Diploma por el Centenario de La Edad de Oro y el Premio Magistral La Rosa Blanca, por el conjunto de su obra. Es Miembro Emérito de la UNEAC, y Miembro Fundador de la Academia Latinoamericana de Literatura Infantil y Juvenil.

Otilio Carvajal. (Chambas, Ciego de Ávila, 1968) Poeta, narrador y dramaturgo. Ha publicado, entre otros, los poemarios *Thanks Living Day* (Ediciones Vigía, 1998); *El libro del profanador* (Capiro, 2000) y *Oda al pan* (Ediciones Ávila, 2001); además de las novelas para jóvenes *El libro del holandés* (Ediciones Ávila, 2000) y *Ponme la mano aquí* (Editorial Oriente, 2001). Entre otros reconocimientos ha merecido el Premio José María Heredia, y el América Bobia, el Premio Fundación de la Ciudad de Santa Clara, y el Raúl Doblado 2000. Es miembro de la UNEAC

Emilio Comas Paret. (Caibarién, Villa Clara 1942). Narrador y poeta. Entre otros títulos ha publicado *Bajo el cuartel de proa* (cuentos, 1977); *Contar los dedos* (poemas, 1978); *De Cabinda a Cunene* (novela testimonio, 1983) y *La agonía del pez volador* (novela, 1994). Ha sido incluido en numerosas antologías de cuentos entre ellas, *Nuevos narradores cubanos* (1974); *Cuentos jóvenes* (1978) y *Contar quince años* (1990). Es miembro de la UNEAC.

Carlos Esquivel. (Elías, Las Tunas, 1968) Poeta y narrador. Ha publicado, entre otros, los poemarios *Zona negra* (2005), *Bala de cañón* (2006), *Toque de queda* (2006), *Matando a los pieles rojas* (2008) y *Los hijos del Kamikaze* (2008); los libros de cuentos *Una ventana al cielo* (2002), *La isla imposible y otras mujeres* (2002), y la novela *Un lobo, una colina* (2010).

Lina de Feria. (Santiago de Cuba, 1945). Poeta, investigadora y ensayista. Licenciada en Filología por la Universidad de La Habana. Su extensa obra poética incluye: *Casa que no existía* (Premio David —fundacional— 1968); *El libro de los equívocos* (2001. Premio Internacional de Poesía Raúl Hernández Novás, 1999), *Omisión de la noche* (2003), *Absolución del amor* (2005); *Antología boreal* (2007) y *Ante la pérdida del safari a la jungla* (Premio de poesía Nicolás Guillén). En seis ocasiones ha merecido el Premio Nacional de la Crítica. Entre sus ensayos está *Sobre Muerte de Narciso y otras impresiones* (Sed de Belleza, 2009). Su obra ha sido recogida en numerosas revistas y antologías cubanas y extranjeras. Es miembro de la UNEAC.

Laidi Fernández de Juan. (La Habana, 1961). Narradora y médica. Ha publicado los libros de cuentos *Dolly y otros cuentos africanos* (1994), *Oh vida* (Ediciones Unión, 1999), *La hija de Darío* (Letras Cubanas, 2005), *La vida tomada de María E* (Ediciones Unión, 2008), y la novela *Nadie es profeta* (Ediciones Unión, 2006). Ha obtenido, entre otros reconocimientos, los Premios Pinos Nuevos, Luis Felipe Rodríguez de la UNEAC, y el Alejo Carpentier, de cuentos.

Manuel García Verdecia. (Holguín, 1953). Poeta, narrador, traductor y editor. Licenciado en Lengua Inglesa y graduado de

Lengua Francesa. Máster en Cultura Cubana. Ha publicado *El día de la cruz* (novela, Editorial Oriente, 2008. Premio José Soler Puig), *Hombre de la honda y de la piedra* (poesía, Ediciones Unión, 2009. Premio Julián del Casal). En 2008 obtuvo el XIII Premio de Poesía *La Gaceta de Cuba* por su cuaderno *Del tránsito de las almas*. En 2009 obtuvo el primer premio del Concurso Internacional *La poesía lleva alas* de la Editorial Voces de Hoy, de Miami. En 2010, el Premio Internacional Casa de las Américas le confirió mención a su cuaderno *Antífona de las Islas*.

Alberto Garrandés. (La Habana, 1960). Narrador y ensayista. Ha recogido su más reciente labor ensayística en *Presunciones* (2005), *La mirada crítica* (2007) y *El concierto de las fábulas* (Premio Alejo Carpentier de ensayo, 2008). Como cuentista ha publicado *Cibersade* (2002) y *Rapunzel y otras historias* (2009). Es autor de las novelas *Capricho habanero* (1998), *Fake* (2003), *Las potestades incorpóreas* (Premio Alejo Carpentier, 2007) y *Días invisibles* (2009). Ha realizado varias antologías del cuento cubano, entre ellas *Cuentos maravillosos y escalofriantes* (2009). Se le ha conferido el Premio de la Crítica en varias oportunidades. En 2010 obtuvo el Premio Italo Calvino por la novela *Las nubes en el agua*. Ostenta la Distinción por la Cultura Nacional.

Lourdes González Herrero. (Holguín, 1952). Poeta, narradora y editora. Dirige la revista *Diéresis*, el Centro de Promoción y Desarrollo de la Literatura Pedro Ortiz, y Ediciones Holguín. Entre sus últimos poemarios están *Fijeza del amor* (antología, Ediciones Holguín, 2002), *Pasajera la lluvia* (antología, Letras Cubanias, 2003), *Los días del verano* (Premio Especial de Poesía Bicentenario de José María Heredia, 2003), *Afuera sangran los caballos* (Ediciones Unión, 2008). En narrativa ha publicado últimamente *María toda* (Editorial Oriente, 2003; Ediciones Holguín, 2004; Iacobelli [Italia], 2009); *Las edades transparentes* (Editorial Oriente, 2006. Premio de la Crítica); *La sombra del paisaje* (Ediciones Unión, 2009. Premio Nacional de Cuentos Guillermo Vidal). Obtuvo el Premio de cuento La Llama Doble, y el Oriente de novela, el José Soler Puig y Mención en el Premio Casa de las Américas 2007 por su novela inédita *El amanuense*. Es miembro del Consejo Nacional de la UNEAC y preside la

Filial de Escritores en Holguín. Ostenta la Distinción por la Cultura Nacional.

Jorge Ángel Hernández. (Vueltas, Villa Clara, 1961). Narrador, poeta y ensayista. Preside la Sección de Literatura de la UNEAC en Villa Clara. Autor de la columna «Semiosis (en plural)», de *Cubaliteraria*. Entre sus últimas publicaciones están los poemarios *Las etapas del odio* (Capiro, 2000); *El peligro del viaje* (Luminarias, 2001), *Ojos de gato negro* (Capiro, 2006), y *Creaturas finitas y contables* (Unión, 2006), los ensayos *La Parranda* (Fundación Fernando Ortiz, 2000); *Ensayos raros y de uso* (Sed de Belleza, 2002); los libros de cuentos *Los graduados de Kafka* (Vigía, 2008), y *Hamartia y otros cuentos* (Capiro, 2009), *Antojos de tía Masicas* (para niños) (Capiro, 2002); así como las novelas *La luz y el universo* (Editorial Oriente, 2002), *El callejón de las ratas* (Capiro, 2004) y *Carmen de Bisset* (Letras Cubanas, 2004). Ha recibido numerosos premios literarios, entre ellos el Internacional Mono Rosa, III Bienal de narrativa AHS, José Soler Puig, Razón de ser, y Ser en el tiempo. En 2008 recibió el Premio Bolívar-Martí. Posee la Distinción por la Cultura Nacional.

Víctor Hugo. (Nuevitas, 1979). Sociólogo, narrador, ensayista y profesor universitario. Miembro del Consejo Editorial de la revista electrónica de ciencia ficción y fantasía *Disparo en Red*. Coordina un taller literario con adolescentes en la comunidad montañosa de Farallones y otro en la universidad de Moa, donde se desempeña como profesor. Ha sido publicado en la antología de cuentos eróticos *Nadie va a mentir* (Ácana, 2001), en la de cuentos fantásticos *Sendero del futuro* (Sed de Belleza, 2005), así como en diversas publicaciones electrónicas internacionales. Entre otros reconocimientos ha obtenido los premios Minatura, de cuento corto fantástico (La Habana, 2003); Oscar Hurtado, de ciencia ficción (La Habana, 2010). Ganó la Beca de Creación Sigifredo Álvarez Conesa (La Habana, 2007). Es miembro de la Asociación Hermanos Saíz (AHS).

Agustín Labrada Aguilera. (Holguín, 1964). Reside en México. Coordina el Premio Internacional de Poesía Nicolás Guillén y dirige la revista *Río Hondo*. Ha publicado, entre otros, los poemarios

Viajero del asombro (1991, 1995 y 1997) y *La vasta lejanía* (2000 y 2005), así como selecciones antológicas de poesía cubana y libros de periodismo cultural. Poemas suyos figuran en más de cuarenta antologías publicadas en Europa, América Latina y los Estados Unidos. Ha ofrecido lecturas literarias en espacios de Cuba, México, Nicaragua, Bulgaria, España y Francia. Ha sido galardonado con cuatro premios por su labor periodística en el Caribe mexicano. En 2010, obtuvo el Premio Dante por su libro de ensayos *Teje sus voces la memoria*. Antes de salir de Cuba, ganó los premios nacionales de poesía Los jóvenes aman la paz y Mirta Aguirre.

Virgilio López Lemus. (La Habana, 1946). Poeta, investigador y ensayista. Doctor en Ciencias Filológicas. Investigador titular del Instituto de Literatura y Lingüística. Ha publicado más de veinte libros en los géneros de ensayo, investigación y poesía, además de aparecer en numerosas antologías cubanas y en el extranjero. Entre otros premios ha merecido el de Ensayo Rubén Martínez Villena, de la CTC; Premio 26 de Julio de Periodismo Cultural; Premio Internacional de Ensayo Millares Carlo, de Investigación y Humanidades; Premio Anual de la Academia de Ciencias de Cuba, en 2009. Ha recibido, entre otras, la Distinción por la Cultura Nacional, y el Premio Venga la esperanza, de la Asociación Hermanos Saíz.

Lorenzo Lunar. (Santa Clara, 1958). Narrador, promotor cultural y editor de la Editorial Capiro. Ha publicado, entre otras obras, *Polvo en el viento* (Premio Plaza Mayor de novela 2005, Plaza Mayor [Puerto Rico], 2005), *La vida es un tango* (novela, Almuzara [España], 2005, y Ediciones Unión, 2008), *Usted es la culpable* (novela, Almuzara, 2006), *El lodo y la muerte* (cuentos, Ediciones Capiro, 2007), *Bolero noir à Santa Clara* (novela, Latinoir [Francia], 2009), *La casa de tu vida* (novela, Premio Oriente de Novela 2009, Editorial Oriente, 2010). Ha ganado varios premios nacionales e internacionales de narrativa policial, el nacional de poesía Ciudad del Che, en 2010, y el Iberoamericano de la Décima, entre otros.

Lidia Meriño. (San Juan y Martínez, Pinar del Río, 1968). Poeta y narradora. Ha publicado los libros para niños y jóvenes *Villa*

Lomita y *En el estanque azul* (Cauce, 2002 y 2003), *El libro de todas las lunas* y *Cuando el tiempo salió a paseo* (Capiro, 2005 y 2007), *El día de par en par* (Sed de Belleza, 2008) y *Llovien-do* (El Mar y la Montaña, 2004). La colección Dienteche, de Ediciones Unión, reeditó *Cuando el tiempo salió de paseo* y el Grupo Editorial La Hoguera, de Bolivia, *En el estanque azul*. Obtuvo el Premio Alcorta en 2002 y el Regino E. Boti en 2004. Es miembro de la UNEAC.

Luis Mesa Fernández. (Remedios, Villa Clara, 1961). Dramaturgo, narrador y actor. Ha vivido en Argentina, Chile y Colombia, indistintamente. Ha trabajado en varias comunidades indígenas y marginales de América, como narrador oral, actor y titiritero. Cuentos suyos han aparecido en revistas de varios países. Ha escrito y llevado a escena varias obras de teatro.

Alberto Edel Morales Fuentes. (Cabaiguán, 1961). Poeta y narrador. Licenciado en Historia por la Universidad de La Habana, y Máster en Promoción Cultural. Coordina el Programa literario, académico y profesional de la Feria Internacional del Libro de La Habana. Es director fundador de la revista *La Letra del Escriba* y del Centro Cultural Dulce María Loynaz. Ha publicado, entre otros, los poemarios *Lejos de la corriente* (Benchomo, 2002 y Ediciones Unión, 2004), *Otro color, otras figuras geométricas* (Unicornio, 2009), *El juego de la memoria* (Benchomo, 2009). Aparece en la muestra colectiva *La estrella de Cuba. inventario de una expedición*. Como narrador ha dado a conocer el relato testimonial *Los pies en la tierra*, y la novela *Que te vuelva a encontrar* (Premio Razón de Ser a su proyecto). Artículos, entrevistas y textos de ficción suyos aparecen en numerosas antologías, publicaciones periódicas y sitios digitales de la Isla y de otros países.

Reinaldo Montero. (Ciego Montero, 1952). Poeta, narrador, dramaturgo y guionista de cine. Su obra narrativa entre otros títulos la integran la cuatrilogía Septeto Habanero, compuesta por *Fabriles*, *Don Juanes* (Premio Casa de las Américas), *Misiones*, y *Herejías y carnavales*; *La visita de la infanta* (Letras Cubanias, 2005, Premio Alejo Carpentier). Ha escrito numerosas

obras de teatro, entre ellas: *Aquiles y la tortuga; Los equívocos morales* (Premio Castilla-La Mancha); *Faustos, Ritos I y II; La violación;* y *Medea* (Premio Ítalo Calvino). Poemas, cuentos, fragmentos de novela, obras de teatro, artículos y ensayos suyos han aparecido en publicaciones periódicas cubanas y extranjeras. Posee la Distinción por la Cultura Nacional.

Rebeca Murga. (La Habana, 1973). Narradora y crítica literaria. Master en Educación. Coordinadora del taller para la creación de novela Carlos Loveira. Ha obtenido varios reconocimientos entre los que están el Premio Internacional de Relatos Policiacos de la Semana Negra de Gijón [España], 2004, y el Ciudad del Che, 2001 y 2003. Entre sus últimas publicaciones se cuentan *El esclavo y la palabra* (Capiro, 2010; San Librario [Bogotá], 2008), *Olor a canela* (Gente Nueva, 2009), *La enfermedad del beso y otras dolencias de amor* (Ediciones Unión, 2008).

Ernesto Peña. (Santa Clara, 1976). Poeta y narrador. Director de la revista cultural *Umbral*. Graduado de Filología por la Universidad Central de Las Villas. Ha publicado, entre otros, los libros *La hierba frondosa o los delirios de grandeza* (Capiro, 2003), *Vestigios de Síbaris* (Sed de Belleza 2005), *Interior de una casa inexistente* (Reina del Mar Editores, 2006). Su novela *Una Biblia perdida*, mereció el Premio Alejo Carpentier de novela, en 2010. Aparece en numerosas antologías de poesía y cuentos. Es miembro de la UNEAC.

Aramís Quintero. (Matanzas, 1948). Poeta, narrador, y ensayista. Reside en Santiago de Chile. Además de su obra para niños y jóvenes ha publicado los poemarios *Diálogos* (Letras Cubanas, 1981), *Una forma de hablar* (Ediciones Unión, 1986), *La sal estricta* (Ediciones Unión, 1996), *Voz de la madera* (Capiro, 1999) y *Caza perdida*, (Ediciones Unión, 2006), entre otros. Ha recibido el Premio Nacional de la Crítica en dos ocasiones y el Premio Ser Fiel.

Dean Luis Reyes. (Sancti Spíritus, 1972). Periodista y crítico de arte. Licenciado en Comunicación Social. Profesor de la Escuela Internacional de Cine y Televisión de San Antonio de los Baños. Mantiene un programa habitual de crítica cinematográfica por

la televisión nacional. Ha ejercido como reportero de prensa en temas culturales. Textos suyos aparecen en revistas especializadas. Ha obtenido Premios en concursos nacionales de crítica de cine y periodismo cultural. La editorial Cauce, en 2004, publicó su libro de teoría y crítica *Contra el documento*.

Zaida del Río. (Guadalupe, Villa Clara, 1954). Poeta, pintora, dibujante y ceramista. Además de su reconocida obra pictórica que ha merecido numerosos premios nacionales e internacionales, su poesía ha sido incluida en numerosas antologías cubanas y extranjeras. En 2004, Imágenes Editorial publicó su libro de poemas y dibujos *Altos de la Mina*.

Ricardo Riverón Rojas. (Zulueta, Villa Clara, 1949). Poeta, editor y periodista. Fundó la editorial Capiro, que dirigió hasta 2004. Fue director de la revista *Signos*. Ha publicado diversos libros de poesía y testimonio, entre ellos: *Pasando sobre mis huellas*, (Premio UNEAC de testimonio, 2001), *Lo común de las cosas* (poesía, Betania [Madrid], 2005), *Bajo una luz que no existe* (poesía, Letras Cubanas, 2005); *El ungüento de la Magdalena* (Premio Memoria, Ediciones La Memoria, 2008), e *Irrelevancia crónica* (testimonio, Capiro, 2010). Es vicepresidente de la Filial Provincial de la UNEAC en Villa Clara. Posee la Distinción por la Cultura Nacional.

Rolando Rodríguez. (Santa Clara, 1940). Ensayista, abogado e historiador. Doctor en Derecho por la Universidad de La Habana. Fue el presidente fundador del Instituto Cubano del Libro. Es asesor de la Secretaría del Consejo de Estado. Ha publicado *República angelical* (novela, 1989) y las monografías históricas *Bajo la piel de la manigua; La forja de una nación* (Premio de la Crítica); *Los Mangos de Baraguá contra el Pacto del Zanjón; Dos Ríos: a caballo y con el sol en la frente; Una edición memorable: El Diario del Che en Bolivia*; entre otros títulos. Posee la Distinción por la Cultura Nacional, el título de Hijo Ilustre de la ciudad de Santa Clara, y otros reconocimientos. Recibió el Premio Nacional de Ciencias Sociales.

Laura Ruiz. (Matanzas, 1966). Poeta, ensayista, narradora, dramaturga y editora. Licenciada en Historia. Dirige la *Revista*

del Vigía. Ha publicado, entre otros, los poemarios *Lo que fue la ciudad de mis sueños* (Bartleby Editores [España], 2000), *El camino sobre las aguas* (Ediciones Unión, 2004), *Los frutos ácidos* (Ediciones Matanzas, 2009, Premio Nacional de la Crítica), y *Hoy es domingo y mañana también* (noveleta para niños, Cauce, 2007). Ha obtenido, además los premios Hermanos Loynaz, en literatura infantil y Mención del Premio Guy Pérez Cisneros, para crítica de arte, en 2009. Es miembro de la UNEAC.

José Miguel Sánchez Gómez (Yoss). (La Habana, 1969). Narrador, ensayista y crítico. Licenciado en Biología por la Universidad de La Habana. Vocalista del grupo de *heavy metal* Tenaz. Tiene más de quince libros publicados, y ha sido antologador de varias recopilaciones de cuentos de ciencia ficción. Sus textos han aparecido en antologías cubanas y de otros países. Su obra literaria ha obtenido, entre otros, los Premios: David, de ciencia ficción; Revolución y Cultura; Ernest Hemingway; Pinos Nuevos; Luis Rogelio Nogueras, de ciencia ficción; Cuento de Amor; Faralluque; Calendario; Universidad Carlos III [España]; Domingo Santos; UPC de novela corta [España], además de varias menciones. Es miembro de la UNEAC.

Félix Sánchez Rodríguez. (Ceballos, Ciego de Ávila, 1955). Narrador y editor. Licenciado en Ciencias Sociales por la Escuela Superior del PCUS. Algunas de sus últimas obras son: *Lagri* (novela para niños, Editorial Ávila, 2000. Premio Eliseo Diego), *Memorias de la postguerra* (Premios La Casa Tomada, y Eliseo Diego), *Zugzwang* (Ediciones Unión, 2005. Premio Cirilo Villaverde de la UNEAC), *Los huéspedes deben llegar temprano* (cuento, Capiro, 2006. Premio Fundación de la Ciudad de Santa Clara). En 2010 obtuvo el Premio Iberoamericano de cuento Julio Cortázar con su obra «Los confines de la muerte». Es miembro de la UNEAC.

Francis Sánchez. (Ceballos, Ciego de Ávila, 1968). Poeta, narrador, ensayista y editor. Ha sido editor y Jefe de redacción de la revista cultural *Videncia*. Fundó la revista literaria electrónica *Árbol invertido*, y escribe el blog *Hombre en las nubes*. Ha publicado, entre otros poemarios, *Luces de la ausencia mía*

(Colección Arabuleila [España], 2001 y Ediciones Ávila, 2003. Premio Miguel de Cervantes), *Nuez sobre nuez* (Sed de Belleza, 2004), *Un pez sobre la roca* (El Mar y la Montaña, 2004. Premio Regino E. Boti), *Extraño niño que dormía sobre un lobo* (Letras Cubanás, 2006), *Caja negra* (Ediciones Unión, 2006); *Epitafios de nadie* (Editorial Oriente, 2008). Ha realizado varias antologías poéticas y publicado libros de cuentos y ensayos.

Arístides Vega Chapú. (Santa Clara, 1962). Poeta, narrador y promotor cultural. Labora en el Centro provincial del libro y la literatura de Villa Clara. Ha publicado, entre otros poemarios, *El signo del azar* (Capiro, 2002), *De lo que se supone* (Nave de Papel, [México], 2002), *Días a la deriva* (poesía, Reina del Mar Editores, 2002), *Sagradas pasiones* (Letras Cubanás, 2005), *Después del puente sobre las aguas* (Ediciones Matanzas, 2007) y *Que el gesto de mis manos no alcance* (antología personal, Ediciones Unión, 2008). Es autor de la novela *Un día más allá* (Bluebird Editions, [Estados Unidos], 2008, y Letras Cubanás, 2010), y dos novelas para jóvenes. Entre otros reconocimientos ha obtenido el Premio 13 de Marzo, Fundación de la Ciudad de Santa Clara, Concurso Internacional Nicolás Guillén [México], Manuel Navarro Luna, y Alcorta, de Literatura para niños y jóvenes. Posee la Distinción por la Cultura Nacional. Es miembro de la UNEAC.

Enid Vian. (Santiago de Cuba, 1948). Narradora, poeta y editora. Licenciada en Lengua y Literaturas Hispánicas por la Universidad de La Habana. Editora en la Editorial de Ciencias Sociales. Ha publicado, entre otras obras, *Che, miembro del río* (poesía, Letras Cubanás, 1986), *Oigo, ¿habla Migue?* (Ediciones Unión-Ediciones Ferilibro [República Dominicana], 2006), *Poesía de amor doméstico* (Ediciones Unión, 2004), *Diario de un personaje imaginario* (Editorial Oriente, 2005), *El misterio de las palomas errantes* (Gente Nueva, 2006). Integra el catálogo de autores latinoamericanos que editó Fundialectura. Aparece en *Internacional Companion Encyclopedia of Children's Literature*, de Peter Hunt y Sheila G. Banister (Taylor and Francis, 1996). Ha obtenido los Premios 13 de Marzo, 26 de Julio, Casa de las Américas e Ismaelillo. En cuatro ocasiones le ha sido otorgado el

premio La Rosa Blanca. Recibió, además, el Premio Magistral La Rosa Blanca por el conjunto de su obra. El Consejo de Estado le otorgó el diploma Centenario de *La Edad de Oro*, en 1989. Posee el Sello del Laureado y la Distinción por la Cultura Nacional.

Guillermo Vidal. (Las Tunas, 1952-2004). Narrador. Su obra ha merecido varios premios literarios. Publicó, entre otros textos narrativos, *Los iniciados* (cuento, Premio 13 de Marzo, de la Universidad de La Habana), *Se permuta esta casa* (Premio David), *Confabulaciones de la araña* (Premio UNEAC), *Las manzanas del paraíso* (Premio Internacional de Novela Casa de Teatro [República Dominicana]), *Los cuervos* (novela, Premio Dulce María Loynaz), *La saga del perseguido* (novela, Premio Alejo Carpentier), *Matarile* (novela, Letras Cubanas, 1993), *Los enemigos* (cuento, Ediciones Unión, 1994), *Donde nadie nos vea* (cuento, Editorial Oriente, 2001) y *El amo de las tumbas* (novela, Ed. Globo de España, 2002).

Índice

No hay que llorar: <i>la sobrevida contada por los sobrevivientes</i>	
JORGE ÁNGEL HERNÁNDEZ	7
Convocatoria a recordar el Período Especial	
ARÍSTIDES VEGA CHAPÚ	11
Mi doble Período Especial	
Félix Sánchez Rodríguez	13
«La vida que quemé con la inseguridad y la nostalgia»	
Lidia Meriño	19
Acceso limitado	
Rebeca Murga	27
Siempre tuve un sueño	
Emilio Comas Paret	28
Ya no podré subirme en una nave espacial	
Dean Luis Reyes	30
No puedo catalogarme como un sobreviviente	
Virgilio López Lemus	34
Soy un afortunado, un sobreviviente	
Ricardo Riverón Rojas	35
Catapultarse al décimo cielo	
Reinaldo Montero	38
Uvas reales, moradas, grandes...	
Arturo Arango	39
Conejo de azotea	
o de cuando me dediqué a la pesca en seco	
Yoss	40
Perros de la guerra	
Guillermo Vidal	41

La percepción del «sálvese quien pueda» <i>Aramís Quintero</i>	43
Me sorprendí mirando a los gorriones <i>Agustín Labrada Aguilera</i>	46
Regreso <i>Aitana Alberti</i>	49
El entrenamiento de los cubanos <i>Ernesto Peña</i>	54
Oscuras aceitunas <i>Laura Ruiz</i>	55
La noche cayendo sobre Centro Habana <i>Odette Alonso Yodú</i>	58
No se escuchaban siquiera las voces en la calle <i>Rolando Rodríguez</i>	60
Acostumbrado por entrenamiento <i>Luis Mesa Fernández</i>	66
Cuba especial <i>Manuel García Verdecia</i>	67
Figuras del naufragio <i>Lourdes González Herrero</i>	83
Mi pequeño premio <i>Laidi Fernández de Juan</i>	86
La levedad de los endemoniados <i>Víctor Hugo</i>	92
Como si el corazón del capitalismo estuviese allí <i>Francis Sánchez</i>	95
Caótico, contradictorio, demorado, difícil <i>Caridad Atencio</i>	102
El emplazamiento y la concentración <i>Alberto Garrandés</i>	105
Cuando me sentí un ser ruin <i>Luis Cabrera Delgado</i>	109

Con cara de mexicano <i>Otilio Carvajal</i>	111
Memoria de la niebla <i>Alberto Edel Morales Fuentes</i>	114
Período apagado y luminoso <i>Enid Vian</i>	118
Mis contrastes en los 90 <i>Lina de Feria</i>	121
Nuestros años infelices <i>Carlos Esquivel</i>	123
Una de policías <i>Lorenzo Lunar</i>	126
Dios puso su mano sobre nosotros <i>Zaida del Río</i>	128
A donde no quise volver <i>Arístides Vega Chapú</i>	129
<i>Autores</i>	150

